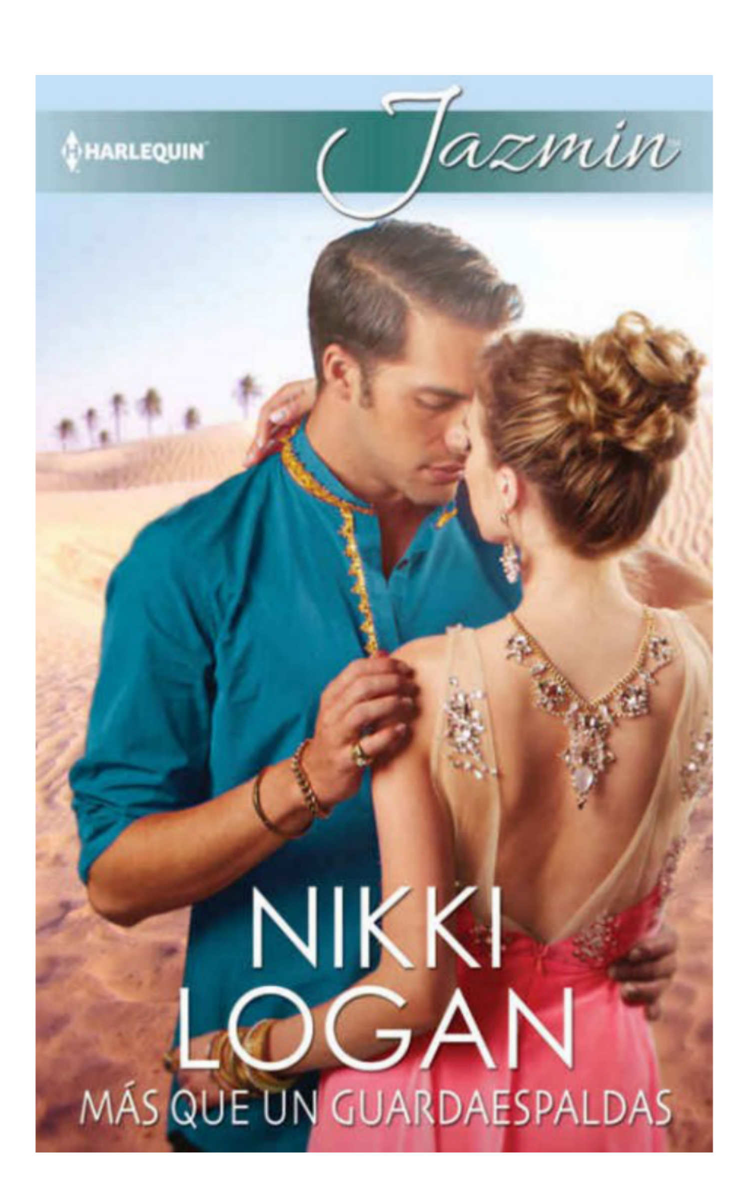

HARLEQUIN
Jazmín
NIKKI
LOGAN
MÁS QUE UN GUARDAESPALDAS



MÁS QUE UN GUARDAESPALDAS

NIKKI LOGAN



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

Más que un guardaespaldas, n.° 2591 —abril 2016 Título original: Bodyguard...to Bridegroom?
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8140-2 Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Brad Kruger tardó tres segundos en reconocer el rostro que buscaba de entre los pasajeros del vuelo procedente de Londres. Primero, descartó a los hombres y luego a las mujeres de más de cuarenta años y menos de dieciocho y, por último, a las lugareñas impecablemente vestidas que volvían al lujoso emirato desértico de Umm Khoreem. Eso limitaba a tres las pasajeras que podían ser su cliente y solo una de ellas tenía una melena larga, que le caía sobre los hombros desnudos. Allí estaba la que había bautizado como Aspirina, por el dolor de cabeza que le iba a provocar durante el mes siguiente.

Brad observó cómo Seraphina Blaise era conducida hasta un mostrador de inmigración que en aquel momento estaba libre, a pesar de las largas filas que había en los otros. Mientras le abrían la banda para que pasara, parecía ajena a aquel trato de favor. A pesar de que había dejado las Navidades británicas atrás, en algún punto sobre el Báltico se había cambiado a una vestimenta más acorde con el calor de la zona desértica, aunque no con la cultura.

—Allá vamos… —murmuró Brad.

Se apartó del pilar en el que había estado apoyado y dio un rodeo para acercarse hasta el oficial que la seguía.

Probablemente, su inapropiado atuendo había llamado la atención en Inmigración, y posiblemente también lo hicieran sus antecedentes penales. Umm Khoreem concedía visas a la llegada de aquellos que estaban de visita. Sin visa, no se permitía la entrada. Y a mucha gente le era denegada por mucho menos que una mala elección en su vestimenta o una actitud atrevida.

Un oficial tomó el pasaporte de la mujer y, después de hacerle algunas preguntas, se quedó varios minutos leyendo la pantalla mientras aquella morena de largas piernas se movía incómoda. Mientras esperaba, miró a su alrededor y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que había sido conducida a un mostrador vacío mientras todos los demás esperaban en largas filas.

Volvió a fijar su atención en el oficial y cambió de postura. La indiferencia con la que se había comportado hasta entonces desapareció. Sus hombros desnudos se pusieron tensos y se irguió. Quizá estaba recordando su último encuentro con las autoridades…

Brad llamó a uno de los agentes de inmigración, que se tomó su

tiempo para acercarse a él. Le mostró sus credenciales y en voz baja le dijo su nombre y el propósito que le había llevado allí. El hombre asintió y volvió a su puesto, antes de descolgar el teléfono. El oficial del puesto de al lado contestó, miró a su compañero y luego a Brad. Apenas reparó en él, pero no hacía falta más.

El oficial le pidió el equipaje a la mujer y un agente de aduanas se dispuso a inspeccionar el contenido de sus maletas de marca, sin ningún interés en particular más que ganar tiempo para completar el trámite de inmigración. Cuando el ordenador completó todo lo necesario, los hombres salieron de detrás del mostrador y le hicieron un gesto para que los siguiera. Ella se quedó donde estaba, a la espera de que acudiera alguien en su ayuda. Nadie apareció. Después de un momento, el más alto de los hombres volvió sobre sus pasos hasta ella y le señaló hacia la sala de entrevistas.

Quizá fue el «por favor» que Brad leyó en sus labios lo que la hizo ponerse en marcha. Fuera como fuese, el agente consiguió su objetivo y Seraphina Blaise comenzó a seguirlo mientras que otro la escoltaba. Justo antes de salir de la zona de llegadas, el hombre lo miró y le hizo un gesto con la cabeza a modo de permiso.

Brad se puso en acción de inmediato.

Dos ya le parecían demasiado y en aquel momento eran tres. El tercero era tan moreno e inexpresivo como los otros agentes, pero no llevaba la tradicional túnica ni turbante. Por su traje oscuro, parecía más bien un chófer o un agente de la CIA.

Los tres hombres se quedaron al otro lado de una cristalera insonorizada, hablando entre ellos. Los oficiales escuchaban atentamente mientras que el chófer hablaba y gesticulaba más que ellos.

—¿Hay algún problema? —preguntó, convencida de que podían escucharla.

Solo el chófer se molestó en mirarla un instante, antes de volver su atención a la conversación que mantenía con los empleados del aeropuerto.

Aquel no era su primer encontronazo con las autoridades, pero sí era el primero en un país conservador en el que las cosas se hacían de una manera diferente a Gran Bretaña. Aun así, decidió no mostrarse asustada, una regla que aplicaba en todos los aspectos de su vida.

—¿Podríamos empezar, por favor? —preguntó con cortesía—. Vienen a buscarme.

Esbozó una amplia sonrisa, en un intento de calmar los agitados latidos de su corazón. Pero la discusión continuó hasta que el agente más alto estrechó la mano del chófer y se acercó a la mesa en la que

estaban sus documentos esparcidos. Abrió su pasaporte y estampó la visa en él, antes de entregárselo al hombre trajeado.

Se sobresaltó cuando el cristal se quedó a oscuras y volvió a hacerlo unos segundos después, cuando la puerta de la habitación se abrió y el chófer apareció, con su bolsa de equipaje en una mano y su documentación en la otra.

—Bienvenida a Umm Khoreem —dijo sin más explicación.

Aunque compartiera bronceado y pelo oscuro con los otros oficiales, su acento no era árabe. Se quedó mirándolo, incapaz de moverse del sitio.

—Puede irse —añadió.

—¿Eso es todo? ¿Por qué me han retenido?

Tenía una vaga idea ya que sabía que aquellas horas en un laboratorio de Londres la perseguirían de por vida, pero quería oírselo decir. Además, quería descubrir de dónde era su acento. Pero al parecer no era hablador. El hombre se puso las gafas de sol, se dio la vuelta y se marchó con su maleta y su pasaporte. Ella se apresuró a seguirlo.

—Por favor, ¿podría devolverme…?

—Siga andando, señorita Blaise —dijo señalando hacia la salida—. Hasta que no pase esa puerta, no estará legalmente en el país.

Aquellas palabras le dieron la respuesta: australiano. Por la manera en que se comportaba, no podía ser personal del aeropuerto. Pero, entonces, ¿quién era? ¿Por qué debía seguir a un completo desconocido por un pasillo largo y oscuro?

—Disculpe, ¿qué es lo que acaba de pasar? —preguntó ella acelerando el paso mientras él avanzaba con sus cosas—. ¿Por qué me han dejado ir como si nada?

—No tenían otra opción cuando el jeque que gobierna el país es el que responde por usted.

Ella se paró en seco.

—¿Usted es un jeque?

—¿Parezco un jeque?

¿Cómo iba a saberlo? Quizá todos tuvieran los mismos rasgos y aquella barba.

—Entonces, ¿cómo…?

—El jeque Bakhsh Shakoor es mi jefe. Responde por usted.

Todo empezaba a tener sentido.

—¿Y por qué iba a importarle a ese jeque lo que me pase?

—Va a alojarse en su complejo hotelero más lujoso. No le agradaría saber que una de sus huéspedes ha sido detenida por un malentendido.

Un delito penal no era precisamente algo banal y por eso lo había declarado en el formulario de inmigración. Pero iba a gastarse una

fortuna en el mes que iba a pasar en el complejo hotelero del jeque en el desierto y ser expulsada del país por un tema burocrático tendría una consecuencia nefasta para el hotel. Teniendo en cuenta además que probablemente sería propietario del aeropuerto…

—¿No sabe lo que usted acaba de hacer, verdad?

—El jeque no tiene tiempo para nimiedades.

«Vaya manera de hacer sentir especial a una mujer».

—Así que ha decidido ser… creativo.

Apretó los labios al levantar la maleta y la empujó por delante de ellos hacia el lado del aeropuerto que oficialmente daba a Umm Khoreem, a la libertad.

—Les he dado algunas garantías —continuó él—. Nada que pueda estropear sus planes de tostarse al sol.

Sí, seguramente pensaba que había ido a Umm Khoreem por su sol invernal y no para huir de su vida y de la época del año que más detestaba.

—¿Qué clase de garantías?

El ritmo que imponía al recorrer la terminal del aeropuerto era difícil de seguir, aunque era maravilloso mover las piernas después de nueve horas en un avión abarrotado. Se apresuró a seguirlo mientras esquivaba a grupos de pasajeros.

—Mientras permanezca dentro del hotel Al-Saqr, será una invitada del jeque y estará bajo su protección. Bajo esa condición, han obviado su reciente percance y le han permitido la entrada a Umm Khoreem.

—Lo dice como si hubiera robado un banco.

—Se sorprendería si supiera lo mucho que sé de usted, señorita Blaise.

Se quedó mirándolo, tratando de averiguar si hablaba en serio. No había mucho que saber. No tenía antecedentes penales, salvo por una reciente condena por entrar ilegalmente en un laboratorio para defender a aquellos que no podían defenderse solos.

No había imaginado que su mes de exilio comenzaría con una discusión. Claro que tampoco siendo detenida. Una vez más, recordó lo diferente que era aquella cultura de la suya.

—Los límites del resort son amplios —continuó él—. Mientras permanezca dentro, estará bien.

Le fastidiaba que se ocuparan de ella.

—¿Y qué va a impedir que tome mi bolsa y desaparezca?

Desde donde estaban, se veían los edificios más altos de la capital.

Bruscamente el hombre se detuvo y a punto estuvo de arrollarlo. Unos impenetrables cristales oscuros se volvieron hacia ella.

—Yo —contestó—. También les he dado mi palabra.

—Así que ahora estoy retenida no solo por el jeque, sino por su chófer también.

—No soy un chófer, señorita Blaise. Formo parte de la escolta real.

¿Debía mostrarse impresionada por la palabra «real»? Ella misma era una celebridad entre la realeza y nunca había obtenido tratos de favor por ello, más bien todo lo contrario.

—Por lo que voy a ser su escolta durante el próximo mes —añadió.

Enseguida se arrepintió de todo lo que había pasado en los últimos quince minutos. No era culpa de aquel hombre que se hubiese dejado engañar por gente en quien creía que podía confiar, ni de que todo hubiera ocurrido justo antes de Navidad, la época del año que más detestaba. La idea de pasar las siguientes cuatro semanas discutiendo con alguien no le agradaba. Había ido allí para esconderse y no para provocar a los lugareños. Pero parecía más hábil creando conflictos que tendiendo puentes.

—Vaya, usted es el que sale peor parado —bromeó—. Va a tener que hacer de niñera durante un mes.

—No salgo mal parado. Ya lo verá cuando conozca dónde voy a pasar las próximas cuatro semanas.

Tardó unos segundos en ponerse en marcha, mientras él se dirigía a la salida. Luego, lo siguió moviéndose con toda la gracia que pudo reunir, a pesar de la bofetada de calor del aire desértico que sintió en la cara al abrirse las puertas.

Al otro lado de la ventanilla del lujoso todoterreno de Al-Saqr, la capital, Kafr Falaj, se mostraba en todo su esplendor. Era una ciudad espectacular fundada hacía apenas dos décadas, que había ganado terreno al desierto. Era una muestra de la supremacía del hombre sobre la naturaleza.

Claro que Sera prefería la supremacía de la naturaleza a la del hombre.

Por una página web de viajes había descubierto que su significado era ciudad de canales. Tenía su origen en una gran red de antiguas canalizaciones que rivalizaban con los acueductos romanos y que todavía llevaban agua desde los acuíferos subterráneos y las faldas de las montañas hacia la floreciente agricultura de aquel pueblo desértico. Un pueblo que se había convertido rápidamente en una ciudad. Por suerte, eso sería lo más cerca que estaría de Kafr Falaj y de sus numerosos residentes extranjeros. A donde se dirigían, apenas habría un puñado de extranjeros.

Había pasado un rato contemplando la ciudad y luego el desierto y, entre una cosa y otra, lo había estudiado a él, concentrado en la autopista. El corte de pelo, las solapas de su chaqueta, la barba cuidada, la cicatriz sobre su ceja izquierda… No habían hablado desde que la hiciera sentarse en el asiento trasero del gran todoterreno. Se

las había arreglado para pasarse al asiento del copiloto antes de que él rodeara el coche hasta su puerta. No le gustaba ir en el asiento de atrás a menos que no le quedara otra opción.

—Así que vamos a pasar cuatro semanas juntos —dijo Sera, simplemente por romper el silencio—. ¿Cómo debo llamarlo?

—¿Cómo llamaba a su último escolta?

—Russell —contestó ella sonriendo—. ¿Qué probabilidades hay de que…

Las oscuras gafas de sol se volvieron ligeramente.

—Puede llamarme Brad, señorita Blaise.

—Sabe que Blaise es un nombre artístico, ¿verdad? Como Madonna o Bono. Al parecer, era algo común en los ochenta.

—Eso tengo entendido.

—¿Le habría gustado un apellido diferente?

—Lo cierto es que preferiría que no me llamara por mi apellido.

—De acuerdo, Seraphina.

—No, por Dios. Es un nombre tan llamativo como Blaise. Estoy convencida de que el publicista de mi padre lo eligió.

—¿Cómo le gusta que la llamen?

—Sera.

—Muy bien. ¿Qué le parece si ponemos algunas reglas?

—Parece muy preocupado en cómo hacer las cosas.

—Es necesario establecer parámetros. Tengo que cumplir una misión.

Ella abrió el pequeño compartimento frigorífico que había en el asiento trasero y sacó una botella de agua.

—No me gustan los parámetros. ¿No ha leído el informe sobre mí? Seguro que había algún comentario al respecto.

De su padre, de Russell, del escolta que lo había precedido, de su tutor, de cualquiera de sus niñeras… ¿Hasta dónde quería retroceder en el tiempo?

—Lo cierto es que había bastantes.

Y le daba la impresión de que aquel hombre los habría leído todos.

De nuevo, la mirada impenetrable fija en la carretera.

—¿Qué le parece si pongo la primera regla, Brad?

—Adelante.

—¿Qué me dice si cada vez que nos tengamos que hablar nos quitamos las gafas de sol para vernos los ojos? —preguntó ella con una sonrisa.

El silencio se hizo tenso hasta que Brad bajó la cabeza ligeramente, se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo del pecho. Luego, se volvió para encontrarse con sus ojos. Su mirada la recorrió como si estuviera escaneando su ADN y, por un momento, deseó haberse quedado callada.

Sus ojos grises, combinados con su piel oscura, resultaban impactantes.

«Vas a tener que dejarte las gafas puestas».

—Se da cuenta de que forma parte de un arquetipo, ¿verdad?

Volvió su atención al tráfico y ella pudo respirar más tranquila.

—¿Un arquetipo?

—Como todo nuevo cliente, quiere controlarlo todo.

Ella reparó en los ocho carriles de la autovía que se abrían paso hacia el sur en mitad del desierto, a las afueras de la ciudad. De repente, lo injusto de su comentario la hizo reaccionar.

—Escuche, Brad, llevo toda mi vida al cuidado de profesionales. Ha habido un par de idiotas, pero la mayoría han sido personas agradables, incluso algunas encantadoras. Pero todos ellos cobraban por estar ahí. Creo que no es mucho pedir que nos miremos a los ojos cuando nos hablemos. Al menos para saber que es una persona de verdad.

Él fijó su mirada gris en la autopista hasta que finalmente llegó a algún tipo de conclusión y volvió a mirarla.

—Punto uno —dijo antes de volver la atención a la carretera—. Cortesía en todas sus formas.

Antes de que Sera pudiera deducir a qué se refería, cambió de carril.

—Punto dos —continuó—. Respetaré su libertad de movimientos mientras usted respete mi responsabilidad como su escolta.

—¿Es su manera de pedirme que haga todo lo que diga?

—Es mi manera de pedirle que no discuta conmigo porque sí.

Vaya. Al parecer era cierto que había leído el informe sobre ella.

—Me parece justo. Punto número tres: soy su responsabilidad, no su amiga. No se enfade si las cosas no son como le gustaría.

Lo último que quería durante el tiempo que iba a pasar en el desierto descansando era que le recordaran a su padre.

—Eso se me da bien, de hecho se me da muy bien. No estoy en esto para charlar.

—¿Algún comentario final?

—Punto cuatro —dijo él después de unos segundos—. Si necesita ayuda, acuda a mí. No importa lo que pase desde ahora hasta entonces. Me ocuparé de lo que sea.

De nuevo aquella palabra. Se habían ocupado de ella toda la vida.

—¿Está obsesionado con el control, verdad?

—Me pagan por velar por su seguridad —contestó él encogiéndose de hombros.

—De acuerdo: cortesía, cooperación, respeto y un protocolo para emergencias. Creo que lo tenemos todo cubierto. Aunque nos falta una contraseña. ¿Qué le parece capsicum?

—¿Capsicum? —repitió él arqueando las cejas.

—Ya sabe, por si acaso uno de nosotros necesita poner fin a este acuerdo —dijo—. Es una clase de pimiento rojo —añadió y le pareció advertir una pequeña curva en la comisura de sus labios a modo de sonrisa.

—¿Qué pasa si lo dice en un restaurante, mientras está ordenando la comanda?

—Los llamaría pimientos.

—¿Y si planta un jardín?

—¿En el desierto de Umm Khoreem?

—¿Y si estuviera escogiendo un color para la pared?

—Juro no dedicarme a la decoración hasta que no pase este mes.

Volvió a mirarla a los ojos. Esta vez había en ellos un brillo cálido.

¿Por qué aquella broma le hacía sentirse triunfadora? ¿Y en qué momento exactamente habían empezado a flirtear?

Capítulo 2

Cuanto más hablaba aquella mujer, Brad se sentía más a gusto con el mes que tenía por delante. No era una princesa desesperada dispuesta a agitar las manos cada vez que algo no saliera a su manera. Le daba la impresión de que lo que más le preocupaba era protegerse de sí misma.

Aun así, era la hija de una celebridad y él era su guardaespaldas, así que, siguiendo la costumbre, estudió los lujosos coches que mantenían su misma velocidad en la autopista, alejándose de Kafr Falaj. Todos ellos tenían los cristales opacos, por lo que no se veía a sus ocupantes. En otra situación, eso lo habría puesto nervioso, pero estaba en Umm Khoreem, donde un mar rico en petróleo lo separaba de todas las zonas de conflicto en las que había estado destinado. Además, estaba cuidando de la hija de un cantante de rock y no protegiendo a personal de Naciones Unidas. Aquellos días habían quedado atrás.

Hizo crujir los nudillos y volvió a mirar a su cliente, que seguía con la mirada perdida en las dunas que se divisaban en la distancia mientras avanzaban por la autopista de Al-Dhinn. Recordó el informe que la empresa de seguridad con sede en Londres para la que trabajaba le había enviado. Seraphina Blaise, de veinticuatro años, hija del líder de mediana edad de un grupo de música, *The Ravens,* que siempre que sacaba un nuevo álbum alcanzaba los primeros puestos de las listas. Blaise no parecía tan mayor como para tener una hija de aquella edad.

El informe estaba lleno de adjetivos como «apasionada» e «impulsiva», pero también comprometida y leal. Había referencias al arresto que había sufrido a comienzos de ese mismo año, así como a su excelencia académica, a sus labores de voluntariado y a su talento como fotógrafa. Él también tenía sus distinciones, todo un cajón lleno, pero no por eso era mejor persona. Quizá fuera preferible ignorar lo que ponía en el expediente de Sera y sacar sus propias conclusiones.

Tenía una lengua afilada, en consonancia con una mente despierta, y acababa de desafiarlo como nunca nadie antes había hecho.

Físicamente, parecía esculpida por un escultor postmoderno. Aquel puñado de piezas desemparejadas proporcionaban un curioso e intrigante resultado al unirse. Todo en ella era alargado: su rostro, su mentón, su pelo, sus dedos, sus piernas… Era más impactante que una

belleza clásica. Apenas llevaba joyas; la melena suelta sobre los hombros desnudos era el único accesorio que necesitaba.

Por otra parte, había viajado a un país conservador con los brazos y los hombros al descubierto. En otras circunstancias, lo habría achacado a la ignorancia, pero en Sera… Era imposible suponer que no se hubiera informado sobre la región que iba a visitar. Era como si estuviera desafiando a Umm Khoreem, provocando un debate de corte social.

Y tal vez así fuera. En su expediente constaban protestas sobre muchas cosas.

Por segunda vez en cuarenta minutos, Brad puso el intermitente y tomó el desvío de la carretera hacia Al-Saqr. Sera se irguió en su asiento y estiró el cuello para ver lo que tenían por delante. La mujer que había conocido en el aeropuerto se estaba convirtiendo en una criatura diferente, mucho más relajada. O quizá fuera la influencia del desierto.

—Todavía quedan quince minutos —murmuró Brad—. ¿Es la primera vez que visita el desierto?

Ella se recostó en el respaldo del asiento como si fuera una adolescente impaciente.

—Sin contar las veces que lo he sobrevolado, sí.

—Ya se dará cuenta de que no es como se lo imagina.

Sera se limitó a mirar el vasto espacio que tenían por delante y en el que no había nada.

Cinco minutos más tarde, Brad se detuvo ante la entrada de Al-Saqr. Cumpliendo las normas, el guarda salió de su garita e hizo una comprobación visual del vehículo, incluyendo los asientos traseros, antes de confirmar que el nombre de Sera estuviera en la lista de huéspedes. Luego, levantó la barrera para permitirles el paso. Sera reparó en la alambrada que se extendía en ambas direcciones más allá de donde la vista alcanzaba, y en el arma que colgaba del hombro del guarda. Por primera vez, temió por su seguridad.

—¿Hay muchos problemas por aquí?

—La alambrada es para preservar la vida salvaje —le aseguró.

Lo cierto era que le facilitaban el trabajo, puesto que las únicas personas a las que se les permitía la entrada a Al-Saqr eran huéspedes registrados, personal y proveedores. Aunque algo le decía que Sera iba a ser el centro de sus preocupaciones durante las siguientes cuatro semanas.

Aquel elegante cuello se estiró de nuevo al dejar atrás el asfalto y avanzar por un camino de tierra compactada. A su alrededor, el viento dibujaba formas geométricas en la arena. Al llegar a la cima de una duna, vio por primera vez el resort, en mitad de una vasta extensión de dunas doradas. Parecía un oasis.

—Es precioso —murmuró Sera.

El complejo hotelero se extendía a lo largo de la cresta de una cordillera de arena. Las palmeras de dátiles que evidenciaban la presencia de agua subterránea comenzaron a aparecer. Ocultos entre las dunas, a izquierda y derecha había pequeños edificios dispersos, que daban servicio al complejo. Por fin llegaron ante una extensión de palmeras y azufaifos que parecían emerger directamente de la arena. Brad la miró de reojo y vio una expresión de curiosidad en su rostro.

—Oh, vaya.

Le encantaba aquel momento, el instante en el que alguien veía por primera vez Al-Saqr. Aquel resort de lujo sería su hogar durante el mes siguiente. Se detuvo ante el acceso circular de entrada del edificio principal del resort y escudriñó el alrededor, a pesar de saber que nadie salvo personal autorizado y huéspedes podían estar dentro del complejo. Le resultaba imposible olvidar las viejas costumbres.

—Espere —le ordenó, tirando de la manilla de la puerta.

Al bajarse, sintió el calor seco y, sin dejar de prestar atención a posibles peligros, rodeó por delante el todoterreno para abrirle la puerta mientras dos empleados salían del edificio. El más bajo de ellos, vestido al uso tradicional, esbozó una amplia sonrisa y extendió su mano. El otro, de pelo rojizo, iba vestido de color caqui y con botas.

Saludaron a Brad con una ligera inclinación de cabeza y luego se quedaron a la espera de que le ofreciera el brazo a Sera para ayudarla a bajar del todoterreno.

Ella se acercó entusiasmada tan pronto como puso el pie en el suelo.

—Hola.

Brad cerró la puerta del todoterreno y adoptó la pose habitual de sus colegas, manos a la espalda y postura erguida, mientras se presentaban a Sera. Poco quedaba de la mujer del aeropuerto. Aquella Sera se había recogido el pelo en una coleta y se veía emoción en su cara. Había que ser muy insensible para no verse afectado por la belleza única de Al-Saqr. Parecía más una chiquilla que una mujer y volvió a sentir aquel extraño nudo en el estómago.

—Señorita Blaise, bienvenida —dijo el hombre más bajo, dándole una tarjeta—. Me llamo Aqil y soy el coordinador de relaciones con los huéspedes. Cualquier cosa que necesite, no dude en pedírmela.

—Yo soy Eric. Soy su guía asignado en Al-Saqr. La acompañaré en todas las actividades.

Dos empleados más acudieron con un carro y sacaron el equipaje de Sera del todoterreno, mientras Aqil y Eric la acompañaban al interior. Brad aspiró el aire frío que escapaba por las puertas, cortesía del mar de paneles solares colocados entre las dunas, fuera de la vista de los huéspedes. A pesar de las muchas veces que había estado allí, siempre

le daba la impresión de entrar en la cueva de Aladino, fría, oscura y un poco mística. El vestíbulo era un buen ejemplo de la arquitectura tradicional árabe y olía ligeramente a hierbas.

—Tendría que haber traído mi cámara —susurró Sera mirando a su alrededor.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Aqil sonriendo—. Tendrá ocasión de venir a este edificio muchas veces durante las próximas semanas. Por aquí, por favor.

La guiaron hasta la zona de recepción, a un extremo del vestíbulo, lleno de sofás tapizados y mesas antiguas. Eric volvió con una copa de un zumo de frutas para Sera.

—Póngase cómoda. Enseguida vuelvo —murmuró Brad.

No estaba seguro de si lo había oído. Estaba completamente absorta admirando la puerta en forma de arco y el hierro forjado de las ventanas. Aun así, se apartó un momento para hablar con Aqil y Eric.

—¿Cuál es el protocolo a seguir? —preguntó Aqil.

—Vigilancia permanente —respondió—. ¿En qué habitación está?

Aqil consultó el mapa que había desplegado sobre su mesa.

—La suite diez. Las contiguas están vacías.

La diez estaba bien, lo suficientemente apartada para mantener la privacidad, pero lo suficientemente cerca del edificio principal por si era necesaria una intervención rápida. Eso implicaba que él tendría que instalarse en la once, puerta con puerta. Al-Saqr tenía suites con varias habitaciones, pero ¿un hombre y una mujer no casados bajo un mismo techo en la península arábiga? No, ni aunque ella estuviera en serio peligro. Lo prioritario era su seguridad. No quería tener algo que lamentar. La fama hacía que la gente hiciera cosas raras y no estaba dispuesto a correr riesgos. Ya lo había hecho en el pasado.

—Que nadie entre en su suite a menos que yo esté presente —ordenó.

—Entendido.

Repasaron algunos otros detalles y volvieron junto a Sera, que se había sentado y disfrutaba del zumo.

—Todo esto es impresionante.

El nudo de su estómago se tensó. No quería reparar en la inocencia que se adivinaba bajo aquella fachada. Quería seguir creyendo que era una cliente altiva y arrogante porque así le resultaba más fácil detestarla.

—¿Lista para ver su habitación? —preguntó y, al verla reticente a dejar el zumo, añadió—: Es una bebida habitual aquí.

Sera se terminó el zumo de un sorbo y dejó la copa en la bandeja.

—Vamos.

Desde el aire, Al-Saqr debía de tener forma de escorpión, pensó Sera. Desde el edificio principal salían largos senderos arbolados en todas direcciones sobre la gran duna en la que el resort estaba construido. A lo largo de ellos y separadas a cierta distancia, estaban las suites individuales.

Las habitaciones recordaban por su forma a las jaimas, y sus paredes blancas y ventanas de madera oscura eran iguales a las del vestíbulo. Le gustaba aquel entorno. Nada le recordaría la prensa, ni su casa, ni la época del año.

—Ya hemos llegado —anunció Aqil.

Detuvo el carrito de golf a la sombra de una suite, con vistas al desierto. Tal y como estaban ubicadas las habitaciones, era fácil sentirse solo en el desierto. No había ningún otro ser humano a la vista. Sera se tomó su tiempo para bajarse del carrito, consciente de que Brad estaba revisando la habitación antes de que entrara. Sonrió a Aqil, que se encogió de hombros, y esperó paciente y en silencio junto a ella.

La espera mereció la pena. La estancia era fresca, oscura y olía muy bien, como la recepción del resort. Pero ahí era donde acababa todo parecido. Era una suite sencilla, pero resultaba más lujosa que cualquier otra en la que había estado. La habitación estaba llena de muebles de estilo tradicional en la que todo encajaba a la perfección sin resultar abarrotada. Había amplios sofás, una lujosa máquina de hacer café, un escritorio y una enorme cama en el centro. En tres de las seis paredes de la suite había puertas de cristal con gruesas cortinas de la misma seda que había visto un rato antes.

Aqil abrió una. Al otro lado, el desierto arábigo relucía dorado. Sus dunas se extendían perdiéndose en el horizonte, donde se adivinaba el contorno de las montañas. Justo delante, había una terraza con una piscina privada, la mitad en sombra y la mitad al sol.

La tensión que llevaba acumulada durante el último año empezó a desvanecerse.

—Este será su hogar durante el próximo mes —anunció Aqil—. Permítame que le enseñe todo.

Apenas tardaron unos minutos. No había nada que pudiera necesitar en lo que Al-Saqr no hubiera pensado.

—El señor Kruger está alojado en la suite de al lado, a su derecha —dijo Aqil al terminar el recorrido, entregándole a Brad una antigua llave de hierro igual que la de ella—. Su equipaje ya está allí.

En ese momento, el suyo estaba llegando. Aunque solo era una bolsa, se había excedido con el equipaje. Sería feliz pasando el mes en bañador, aunque tendría que ponerse un vestido de vez en cuando para ir a comer. A menos que comiera allí, pensó mirando la mesa que había junto a la piscina.

—Aqil, gracias. Esto es exactamente lo que necesitaba.

Silencio, tranquilidad, naturaleza… Era el lugar perfecto para descansar una temporada y sin rastro de la Navidad.

—Nos enorgullecemos de cumplir las necesidades de nuestros clientes, señorita Blaise —dijo Aqil. Luego se excusó y le dijo que le avisara si necesitaba algo.

Sera se apoyó en las cálidas puertas de cristal, cerró los ojos y trató de liberar la tensión. Cuando volvió a abrirlos, Brad seguía allí, a la espera de instrucciones.

Kruger, Brad Kruger. Un nombre sonoro para un hombre fuerte.

—Voy a sacar la cámara —dijo y se apartó del cristal—. Luego voy a darme un baño en la piscina y a descansar en la sala de estar, aunque no sé si en ese orden. ¿Por qué no va a instalarse en su habitación y vuelve más tarde para hablar de cómo nos organizarnos?

Él asintió y se fue, dejándola allí en medio del desierto, con su corazón entristecido.

Brad apartó la mirada de aquel paisaje familiar y se levantó del sofá. Solo había tardado unos minutos en deshacer su maleta y dejar sus artículos de aseo en el cuarto de baño.

Si la empresa de seguridad británica no le hubiera ordenado estar en permanente contacto con Sera, se iría a dormir a su apartamento de la ciudad y volvería cada mañana al resort para estar con ella. Pero en permanente contacto implicaba cercanía, así que iba a disfrutar gratis de las instalaciones de aquel hotel de seis estrellas durante un mes. Sus ojos volvieron a fijarse en la arena del desierto. Desde luego que había formas mucho peores de pasar la Navidad.

Un rato antes había oído el chapoteo de Sera en la piscina, así que suponía que estaría disfrutando de la vista. Había pensado que le vendría bien un poco de tranquilidad después de su accidentada llegada al país, así que después de deshacer la maleta se había ido a dar una vuelta por el perímetro de sus suites para matar el tiempo.

Por experiencia, sabía que las personas a las que se vigilaba no acababan de acostumbrarse a la idea de estar en permanente contacto con sus protectores, ni siquiera aquellos cuyas vidas dependían de un alto nivel de seguridad. Era difícil encontrar el equilibrio para que el cliente se sintiera cómodo y que a la vez no se relajara tanto como para exponerse a los peligros para cuya prevención había sido contratado. Tampoco había que permitir que el cliente confiara tanto en uno como para no hacer caso a su instinto. Ni demasiada dependencia ni demasiado afecto, le recordó el nudo de su estómago. Como ya había descubierto en sus propias carnes, ambas cosas podían resultar muy peligrosas.

El mejor equilibrio era una respetuosa indiferencia. Eso era lo que quería con Sera.

Su suite no había cambiado desde la última vez que había estado destinado en Al-Saqr. Tenía puertas de cristal en tres lados, una enorme puerta doble de madera hacia el lado público, un cercado para preservar la privacidad y el resto estaba abierto al desierto. La regla de oro allí era no interferir en las habitaciones. El personal no acudiría a la suite mientras Sera estuviera en ella.

Brad cerró con llave la suite número once y se acercó a la nueve para confirmar que estuviera vacía. Luego fue a la de Sera y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, contó hasta diez antes de volver a llamar. Nada.

—¿Sera?

«Espero que no se haya ido sola a pasear», pensó.

Solo porque en el todoterreno hubiera aceptado la regla número dos no significaba que fuera a cumplirla cuando conociera los encantos de aquel lugar tan especial. Rodeó la suite hasta una entrada que daba a la suya y que era usada por el personal de mantenimiento. Se oían sonidos de animales, alguno incluso que parecía un agudo quejido y que no reconocía.

—¿Sera? Voy a entrar por detrás.

Al llegar a la terraza, entendió por qué Sera no lo había oído. Estaba metida en la parte más profunda de la piscina, con la barbilla sobre los brazos doblados y apoyados en el borde y la mirada perdida en el desierto. Su melena larga parecía más oscura mojada y en sus orejas se veían unos auriculares. Siguió los cables blancos hasta el teléfono que estaba sobre las baldosas del borde de la piscina.

Algo en su postura le hizo detenerse. Entonces lo oyó. El extraño quejido que había atribuido a los animales del desierto no provenía de un pájaro exótico. Era Sera sollozando, tratando de amortiguar el sonido entre sus brazos. Se quedó de piedra contemplando su espalda y sus hombros y contuvo el impulso de acercarse a ella y comprobar que estuviera bien.

Una imagen se formó en su cabeza y le impidió moverse. Era la de un pequeño llorando, con el rostro desencajado y pegado al cristal trasero de un coche alejándose. Todavía la tenía clavada en el alma.

Las lágrimas de Sera podían ser por cualquier cosa: por el novio con el que había roto, por alguna mala noticia de casa… Por trabajo no podía ser porque el suyo no era un trabajo propiamente dicho. El dinero de su padre la había librado de las preocupaciones que la mayoría de la gente tenía.

Se fijó en las sacudidas de sus pálidos hombros. Era evidente que el dinero no le había dado la felicidad.

Fuera lo que fuese, no era asunto suyo, a menos que implicara

riesgo físico. Su misión era proteger a Sera durante cuatro semanas. Implicarse en su bienestar emocional no estaba incluido en sus obligaciones. Ni le pagaban por eso ni se le daba bien.

Retrocedió un paso, luego otro y desapareció igual que había llegado, dejando a Sera a solas con su dolor.

Capítulo 3

—¿Ha probado los plátanos? —preguntó Sera al abrir la puerta—. Están buenísimos. Dios mío, cuánto echaba de menos los plátanos.

Brad se sorprendió al ver la alegría de su rostro. Un cuarto de hora antes, la había visto llorar desconsoladamente. Quizá el desierto, con sus continuos cambios, fuera el lugar perfecto para ella.

—¿Acaso hay escasez de plátanos en el Reino Unido y yo no me he enterado?

Sera dio media vuelta y volvió al interior de su suite, dejando que la siguiera.

—Dejé de comerlos. Todos los plátanos llegan medio congelados desde África o Sudamérica. Hacía siglos que no tomaba uno tan bueno.

—¿Está bien?

Ella esbozó una sonrisa que parecía sincera. Eso significaba que se había recuperado rápidamente.

—Claro, ¿y usted?

—¿Necesita gotas? —preguntó, reparando en sus ojos enrojecidos.

—El agua de la piscina estaba salada —respondió ella, quitándole importancia.

Seraphina no necesitaba ni quería su ayuda.

Brad advirtió que no había deshecho su equipaje.

—¿Ya está instalada?

Ella sonrió.

—Me parece increíble. ¿Se ha fijado en la luz? Está continuamente cambiando. Van a ser unas fotos increíbles.

—¿Es lo que va a hacer?

—Voy a estar aquí un mes. Me volvería loca sin un objetivo. Además, me dedico a eso, ¿sabe?

Sí, lo sabía todo sobre sus fotografías. Ese había sido el motivo que la había llevado a salir en los periódicos en un comienzo. Había hecho fotos de animales en un laboratorio de investigaciones secretas y la habían pillado.

—Supongo que aprovecharé la mañana y la última hora de la tarde, cuando hace más fresco y la luz es más intensa —continuó ella—. ¿Tiene que estar conmigo las veinticuatro horas del día?

La fase de adaptación era siempre la más difícil y con Sera resultaba

aún más incómoda de lo habitual.

—Sí —le confirmó— Pero no me tendrá delante todo el tiempo.

—Probablemente me quede aquí las tres o cuatro horas más calurosas del día. Tendrá libre ese tiempo.

—Tal vez.

Todo dependía de lo que hiciera mientras estuviera sola. El Wi-Fi era un peligro. Solo con que entrara en algún blog provocador…

—Mi misión es protegerla, Sera —añadió—. Tengo que estar cerca por si algo ocurriera. No me voy a ir al bar a beber, sabiendo que puede necesitarme.

El modo en que lo estaba mirando le hizo recordar a la Sera del aeropuerto.

—Este sitio parece un fuerte. ¿Qué podría pasarme aquí?

Cualquier duda de si sabía el verdadero motivo por el que estaba allí se evaporó. Había llegado el momento de enseñar sus cartas.

—Mi cometido es asegurarme de que no se meta en problemas durante este mes.

—De hecho, esa es mi intención —dijo Sera—. Está aquí porque mi padre duda de mi capacidad para cumplir la promesa que le hice.

—La empresa de seguridad británica no quiere correr riesgos. Me pagan por protegerla las veinticuatro horas del día. Así estará a salvo de cualquier loco y me ocuparé de cualquier cuestión social que pueda surgir.

—¿Y si me comprometo a no publicar ningún manifiesto mientras estoy aquí? —bromeó ella.

No podía reírse con ella. Le habían contratado para restringir ese tipo de cosas.

—Cambiaré las contraseñas de sus aparatos a diario, incluso más a menudo si lo considero necesario.

—Por supuesto. ¿Por qué no me los quita directamente?

—Porque no es una niña.

La ironía de su comentario la hizo reír.

—Gracias por haberse fijado.

—Mi trabajo es crear un entorno sin riesgos, Sera. Soy su protector, no su padre. Ya tiene uno.

Parecía enfadada, pero no con él.

—No puede estar trabajando todo el día, Brad.

Tenía la sensación de que eso era lo que la estaba incomodando.

—No sabe que soy…

—No me preocupo por mí —lo interrumpió—. No me parece justo para usted. Siento que se tenga que molestar por algo que no va a pasar. Esta Navidad, tenía la esperanza de no alterar los planes de nadie.

¿Era su imaginación o había puesto énfasis en la palabra «esta»?

—No es ninguna molestia, es mi trabajo. Además, proteger a alguien no es lo mismo que hacer de chófer. Es simplemente estar atento a lo que pueda ocurrir.

—No va a pasar nada por mi culpa —afirmó con determinación en su mirada—. No importa lo que mi padre piense. Me temo que va a ser un mes muy aburrido para usted.

—No se preocupe, estaré bien —le aseguró—. Ya me buscaré la manera de entretenerme.

—Solo quiero que sepa que me parece bien que cuente con su espacio personal.

Brad no pudo evitar sonreír.

—Estoy seguro. Pero se me exige que invada el suyo.

Ella suspiró y se acercó a la mesilla para tomar su llave.

—Bueno, será mejor que nos acostumbremos. El resort ofrece un masaje en el spa para todos los que llegan en un vuelo internacional. Tengo cita dentro de media hora.

De vuelta al trabajo.

—Llamaré para que nos recoja el carrito de golf.

—Me gusta caminar. Quiero hacer fotos de camino. Y quizá después de comer también.

No era una petición, por muy amablemente que lo hubiera dicho. Aquella mujer siempre había tenido guardaespaldas, pero, por la tensión que se adivinaba en ella, no parecía gustarle. Por suerte a él sí. Unas instrucciones claras y directas eran presagio de que el cliente aceptaría la intromisión en su vida.

—Me parece bien.

Lo cierto era que los guardaespaldas solían ser aburridos. Había que estar alerta mientras los pensamientos deambulaban observando al cliente leyendo un libro o viendo a su hijo jugar un partido. Las consecuencias de perder la concentración podían ser muy malas. Prevenir era mejor que curar y lo sabía por experiencia.

Sera sacó la cámara y un amplio sombrero de paja de su equipaje , y se dirigió a la puerta.

—Vamos.

—¿Le ha hecho algo el suelo? —le preguntó Sera con voz ronca después de una hora en el spa.

Estaba envuelta en un gran albornoz, disfrutando de la sensación después del masaje.

Brad alzó sus ojos grises mientras se levantaba.

—Disculpe, ¿cómo dice?

Ella sonrió lentamente, pero al ver la expresión de Brad al mirarla, quiso asegurarse de que el albornoz estuviera bien cerrado y

arreglarse el pelo revuelto, pero se resistió.

—Está mirando el suelo con el ceño fruncido.

—Sí, parece que no estamos de acuerdo en algunos asuntos básicos.

Aquella risa grave le resultó más relajante que la hora de masaje o el rato que había estado llorando en la piscina. La sonrisa de aquel hombre era algo tan sorprendente y extraño como la luz del desierto.

—¿Se siente bien? —le preguntó Brad, poniéndose de nuevo en guardia.

—Increíblemente bien —contestó sonriendo.

«Increíble» estaba siendo su palabra favorita. El desierto era increíble, las suites eran increíbles, los masajes eran increíbles. Para alguien que encontraba con facilidad la belleza en todo lo que veía, le estaba costando manifestarlo con palabras. Seguro que tenía algo que ver con aquellos ojos.

No debería haberle ordenado que se quitara las gafas de sol.

—Esperaré junto a la puerta —dijo Brad, señalando hacia el vestuario.

La Sera que salió del vestuario quince minutos más tarde se parecía más a la mujer que le gustaba mostrar al resto del mundo. Se había tomado su tiempo para vestirse y atusarse el pelo con estilo, usando todos los productos que había encontrado a su alcance. El cuello y los brazos le brillaban por los aceites con los que le habían dado el masaje. Se sentía descansada y relajada.

Sera firmó su ficha en la recepción del spa, se dio la vuelta y salió por la puerta. Brad la siguió, cargando con su equipo fotográfico.

—No se olvide de comer. Un plátano no es comida suficiente, por muy bueno que estuviera.

—Después del masaje me he quedado muerta de hambre. Vamos a comer.

Se dirigieron al edificio principal del resort, deteniéndose por el camino para fotografiar a una joven gacela que se encontraron en medio de la arena, moviendo la cola sin parar. Sera captó el color del pelaje y la profundidad de sus ojos. Entonces, recordó los rugidos de su estómago.

Brad se había cambiado el traje por unos vaqueros oscuros y una camisa clara, pero se había dejado las gafas y se había puesto una gorra de béisbol. ¿Pensaría que así pasaría inadvertido entre los demás huéspedes? Teniendo en cuenta cómo se comportaba, probablemente el único sitio donde pasaría desapercibido sería entre las fuerzas de élite de los mercenarios árabes.

Sera se obligó a fijarse en el paisaje mientras paseaban por el camino sinuoso de piedra que se entrecruzaba con una corriente de agua que recorría todo el complejo. La luz era preciosa incluso en las horas centrales del día. Allí donde mirara, había una imagen digna de

capturar: ondas que el viento creaba sobre la arena, pájaros que nunca había visto, lagartijas…

Pero en aquel momento, lo único que le preocupaba era comer, en parte para distraerse del hombre que iba detrás de ella, muy cerca.

La siguió por la puerta que daba al corazón de Al-Saqr, cuyo suelo de piedra estaba cubierto de lujosas alfombras. El calor y los reflejos enseguida desaparecieron. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse al cambio y un poco más en divisar todo aquel espacio. El restaurante que había al fondo del edificio tenía un salón interior y una terraza con mesas protegidas con sombrillas y vistas al desierto.

—Prefiero fuera —dijo Sera cuando le preguntaron qué prefería.

Un minuto más tarde, estaba sentada en el extremo de la terraza que daba al desierto, con su zumo favorito en una mano y una jarra de agua helada en la mesa. Brad estaba sentado unas mesas más allá, apartado de su vista, pero controlando la situación.

Había otras seis personas disfrutando de una comida tardía, todas ellas parejas. Aquel era la clase de resort para ir de luna de miel o celebrar aniversarios, incluso Navidades románticas. Aun así, prefería pasar aquellas fiestas allí sola que en casa.

Llegó su comida y justo después la de Brad. Sera no se dio la vuelta, pero sentía su presencia. Eso le hizo olvidarse de la magnífica vista y de la deliciosa comida.

Cuando el camarero se acercó para retirarle el primer plato, Sera se echó hacia atrás en su silla, se levantó y se dirigió hacia él.

—Esto es una tontería. Venga y acompáñeme.

—Estoy trabajando, pero gracias.

—De acuerdo, ya ha dicho lo que su jefe quiere que diga. Ahora, acompáñeme.

—Atengámonos a lo acordado.

Su actitud solo sirvió para irritarla más, en parte porque no se estaba saliendo con la suya.

—¿Qué problema hay por charlar mientras comemos?

—Me pagan para que la siga, no para que la monopolice.

—No me siento monopolizada —replicó mirando a los otros comensales—. Estoy llamando la atención.

—¿No está acostumbrada a comer sola?

¿Hablaba en serio? Solía estar sola, incluso cuando tenía compañía. De pequeña, siempre había comido con una niñera. Las pocas conversaciones que habían mantenido se habían limitado a con qué mano tomar el tenedor y si podía dejarse parte de las alubias.

—Por si no se ha dado cuenta, este resort está lleno de parejas.

—¿Quiere que parezca que estamos juntos? —preguntó él recorriendo con la mirada el restaurante.

—Mire, yo soy la cliente y le estoy pidiendo que me acompañe… —

y mirando a su alrededor para inspirarse, añadió—: por mi seguridad.

No parecía conmovido lo más mínimo.

—De acuerdo, olvídelo —concluyó—. Volveré a mi preciosa vista y seguiré sin nadie con quien comentarlo.

Con esas, se giró y volvió a su sitio. Dio un largo sorbo a su zumo y se hundió aún más en su asiento. No estaba dispuesta a rogarle. En la vida había rogado a nadie que le hiciera compañía, por muy tentada que hubiera estado.

Sera descubrió que Brad se había acercado por el chirrido de la silla frente a la suya. Se colocó en el hueco que había hecho, dejó su vaso de agua en la mesa y se sentó frente a ella.

—El motivo por el que no hacemos esto —dijo él sin esperar ninguna respuesta—, es la incomodidad que se crea. ¿Y si más adelante prefiere cenar sola? ¿O si lo prefiero yo? Así no hay presión ni falsas expectativas por parte de ninguno. Todo resulta más sencillo.

—¿Piensa que voy a querer que cene conmigo? —preguntó mirándolo con recelo.

Él le sostuvo la mirada.

—No sería la primera cliente que entiende mal los términos del servicio de escolta. Las reglas existen por una razón.

—Si no puede arreglárselas con una *devorahombres*, eso es problema suyo —replicó girándose hacia el desierto.

—No me había dado cuenta de que estuviera incómoda.

—No lo estoy —dijo manteniendo la paciencia—. Quería… No me gusta intimar.

Porque, por su experiencia, podía ser rechazada y no merecía la pena correr el riesgo.

—¿Entonces?

—Aunque algún periódico me localizase aquí, en medio de la nada, sería imposible con esas enormes verjas y esos vigilantes armados que me hicieran fotos y que acabaran publicadas en un tabloide, junto a una historia inventada. Confiaba en poder relajarme, aprovechando que nadie sabe que estoy aquí.

—Nadie aquí la conoce —dijo él sin pestañear—, pero a mí, sí. Estos son mis colegas.

Tenía razón. Su petición de libertad ponía en un compromiso la profesionalidad de Brad.

—Lo siento, he hablado sin pensar. Quizá podría…

—Si me voy, llamará la atención más que si me quedo —murmuró interrumpiéndola—. Terminemos de comer, ¿le parece?

Sera se sintió obligada a decir algo interesante, aunque al parecer, él no estaba dispuesto a colaborar.

—¿Así que fue militar?

—Pasé diez años en las Fuerzas Especiales.

Apenas era una niña cuando él se había enfrentado al peligro por primera vez. ¿Sería por eso por lo que sentía que le faltaba el aire cuando estaba cerca de él?

—¿Diez años? Parece saber mucho sobre desiertos.

Brad detuvo el tenedor, a medio camino entre el plato y su boca.

—Más que la mayoría.

—¿Estuvo destinado en Oriente Medio?

—Mi unidad daba apoyo a Naciones Unidas. Teníamos la base en la capital, pero salíamos mucho al desierto.

—Suena muy interesante —comentó ella levantando la vista.

—Si por interesante entiende político y volátil, sí.

—¿Cuándo dejó las Naciones Unidas?

Sus ojos se oscurecieron.

—Hace justo dos años.

—¿Por qué se fue?

Brad fijó la mirada en el horizonte.

—Un error —murmuró—, un error que cometí.

Deseó seguir indagando, pero cada pregunta le hacía sentir como la *devorahombres* a la que antes se había referido.

—¿Y desde entonces trabaja para el jeque?

—En cuanto surgió la oportunidad me uní a su equipo.

—¿Por qué?

—Son los mejores.

—La competencia debió de ser dura.

—Soy muy competitivo.

¿Sería consciente de lo intrigante que resultaba su sonrisa?

—¿Siempre está destinado aquí?

—No. Pero Al-Saqr es la joya de la corona del jeque Bakhsh. En algún momento, todos sus invitados vienen aquí, lo que lo convierte en un trabajo muy agradable.

Ella se reclinó en su asiento y sonrió.

—¿Cuántos de ellos han estado a punto de ser deportados nada más llegar?

Brad trató de contener una sonrisa, pero no pudo. Al igual que la vez que había visto un amago de sonrisa, su rostro se transformó.

—Tiene el honor de ser la primera, mi primera.

La idea de ser la primera en algo de Brad despertó las mariposas de su estómago y tuvo que concentrarse para seguir con la conversación.

—¿Algún cliente ha supuesto un desafío?

—No sería profesional por mi parte contarlo.

—No hace falta que me dé nombres.

Él se quedó mirándola en silencio hasta que Sera cayó en la cuenta.

—¿De verdad soy la única? Llevamos aquí tres horas. ¿Cómo he podido suponerle un desafío en apenas tres horas?

—¿Cree que resuelvo problemas de inmigración todos los días?

—Bueno, no parecía muy preocupado.

«Molesto, sí».

—Mi trabajo es dar la sensación de que controlo la situación.

¿Por qué tenía que recordarle cada cinco minutos que le pagaban por estar con ella?

Una joven bien vestida apareció en la mesa con dos platos llenos de pequeños postres. Los dejó con una amable sonrisa y les preguntó si necesitaban algo antes de marcharse. Brad la siguió con la mirada. Sin ninguna razón en especial, se sintió molesta.

—¿Le parece bien si esta tarde hacemos fotos? En cuanto refresque.

—Como quiera.

Brad inclinó la cabeza y esperó a que Sera tomara el tenedor de postre. Le complació encantada y se deleitó en aquel exquisito y desconocido bocado. Durante los diez minutos siguientes siguieron comiendo en silencio.

—Su interés por la fotografía, ¿es por trabajo o por afición? —preguntó él.

No era la primera persona que asumía que alguien con dinero no necesitaba ni quería trabajar.

—No sé si he vendido suficientes fotos como para considerarlo un trabajo. Pero me lo tomo más en serio que si fuera solo una afición.

—¿Cómo lo descubrió?

El interés de Brad parecía sincero.

—No recuerdo de quién fue la idea, pero sí la emoción del día en que mi tutor me llevó a comprar mi primer equipo. Y también de los viernes por la tarde, cuando un fotógrafo profesional venía a enseñarme a usarlo.

—¿Recuerda cuál fue su primera fotografía?

—Un retrato de Blaise. Lo enmarqué y lo colgué de la pared.

Pero no porque fuera bueno, que no lo era, sino para ver a su padre todos los días.

—Luego hice un montón de retratos más de las personas que cuidaban de mí —añadió.

Solía enseñarles las buenas fotos, buscando sus elogios, pero no eran esas las que guardaba. Había empapelado las paredes de su habitación con instantáneas captadas cuando estaban desprevenidos, mientras se preparaban para la foto de verdad. En ellas reían y ponían caras, se comportaban con naturalidad. La fotografía le había permitido construir el mundo como quería que fuera y no como realmente era.

¿Quién quería contemplar una variedad de imágenes de personas guardando las distancias?

—Durante mi primera visita a Londres me dediqué a hacer fotos de animales que vivían en entornos urbanos. Ahí empecé a ver mejores resultados y me di cuenta de que las personas no eran lo mío. Eso me llevó a fotografiar a los animales que estaban en refugios para ayudarles a encontrar un nuevo hogar. Me gustaba.

Brad se quedó mirándola atentamente antes de hablar.

—¿Puedo preguntarle algo más?

—Depende —contestó ella sonriendo—. Espero que no se le escapen las lágrimas cuando se muera de aburrimiento.

Pero él no sonrió ante aquel comentario jocoso. Al contrario, su rostro volvió a ponerse muy serio hasta que volvió a aparecer su máscara profesional.

—¿Hay algo que deba saber? Me refiero a hace un rato, en la piscina.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. No debería sorprenderle que supiera que había estado llorando. Estaba entrenado para enterarse de todo. ¿Cómo contarle a alguien que acababa de conocer que llevaba todo el año conteniendo el llanto? Había estado soportando como había podido la vergüenza de su arresto y el disgusto que le había dado a su padre. A pesar de que los abogados de la familia habían mantenido el asunto de su arresto en privado, el juicio había sido público y la prensa lo había convertido en un circo.

Y a la vez que todo aquello, la traición de su novio.

Había vivido con ello desde el día en que se había enterado de lo que Mark había hecho y por qué.

Había puesto fin a su historia de cuatro meses mientras esperaban a la puerta del juzgado. No quería seguir al lado del hombre que la había llevado a ser arrestada. La había traicionado, aprovechándose de la publicidad que su nombre daría a la causa que dirigía sobre los derechos de los animales.

Lo cierto era que ella sola se había metido en aquel embrollo. Ella, con sus expectativas optimistas y su falta de criterio. Él simplemente se había limitado a abrirle la puerta metafóricamente hablando para lanzarla a los brazos de las autoridades.

—Llorar es bueno —bromeó Sera—. Es mejor sacarlo todo fuera que interiorizarlo.

—Así que eso fue… ¿una catarsis?

—Fue una descompresión. He pasado unos meses horribles. Tuvo suerte de que no empezara en el aeropuerto.

No entendía nada. Las tres arrugas que se le formaron en el entrecejo así lo confirmaban.

Sera inclinó la cabeza y se quedó mirándolo. Los hombres eran unas extrañas criaturas.

—Supongo que llorar no es muy profesional, ¿no?

—He llorado —respondió él sin pensar—. Pero no hizo que me sintiera mejor.

Sera supuso que no le agradaría que sintiera lástima o curiosidad, así que no preguntó.

—No tengo ningún problema —dijo ella—. Pero gracias por preocuparse.

Parecía tan sincero que Sera tuvo que concentrarse para contener la cálida sensación que se estaba despertando en su interior. Su trabajo era preocuparse, pero su interés no era genuino.

Nunca lo era.

—De acuerdo, pero recuerde…

—Que acuda a usted cuando lo necesite —lo interrumpió—. Regla número cuatro, no se me ha olvidado.

Se refería a si se sentía en peligro. Por un momento, le agradó pensar que tenía a alguien con quien contar. Pero para los asuntos emocionales, solo se tenía a sí misma.

—¿Qué quiere fotografiar hoy? —preguntó Brad, volviendo a un tema de conversación neutral y desviando la mirada hacia el desierto.

Era una buena idea. ¿En qué momento habían pasado de una charla entre desconocidos a una conversación trascendental?

—Todo —contestó Sera, enderezándose en su asiento—. Quizá podríamos empezar por explorar los alrededores, hacer un reconocimiento de la zona.

Él sonrió ante su intento de emplear su mismo lenguaje.

—Toda la zona cercada es terreno de Al-Saqr y representa el quince por ciento de todo Umm Khoreem. Eso es mucho terreno para explorar. ¿No preferiría tomárselo con calma?

—No. Tengo intención de mantenerme ocupada.

—La mayoría de la gente prefiere relajarse en Navidad.

—No soy como la mayoría.

De nuevo, recordó que, aunque era un hombre, no era su padre ni era Mark. No se merecía aquella actitud. Tan solo estaba haciendo su trabajo.

—Y tenemos todo un mes, mucho tiempo para descansar.

Luego, empezó a preguntarle sobre fotografía. Enseguida acabaron de comer. Todos los que estaban cuando llegaron ya se habían ido y un par de caras nuevas habían llegado.

Capítulo 4

Brad la siguió de cerca, fracasando en su intento de pasar desapercibido mientras Sera disfrutaba de la luz vespertina y de la calidad de las imágenes que estaba tomando. La arquitectura, la exótica flora, la vida salvaje… Aqil le había advertido de que algunas criaturas del desierto atravesaban libremente las vallas de seguridad llevadas por su curiosidad hacia el universo humano. Al menos, eran lo suficientemente prudentes como para no acercarse demasiado, aunque sí para ser fotografiados.

Tardaron casi media hora en recorrer los primeros cien metros desde el restaurante.

Brad no se quejó en ningún momento, aunque lo vio moverse de manera impaciente, cambiando el peso de una pierna a otra constantemente. Cada vez que lo hacía, ella se alejaba un poco más, antes de quedarse cautivada por otra cosa y detenerse de nuevo.

A cada rato, dejaba el camino pavimentado y se adentraba en alguna duna para tener la sensación de que estaba sola. Luego, sus huellas y las formas que dibujaban sobre la arena, la mantuvieron ocupada con su cámara otro cuarto de hora.

—Deje algo para mañana —dijo Brad, ocultando su mirada tras las gafas de sol.

—Estoy haciendo algunas fotos de prueba —replicó ella sonriendo —. Estoy estudiando el efecto de la luz sobre la arena. Puede volver a su piscina si quiere.

Aquello le valió un gruñido, que ignoró y siguió haciendo fotos. El sol fue cayendo y la luz se tornó más bonita, a pesar de que la mayoría de las formas de la arena dorada fueron desapareciendo por la acción del viento.

Aquel entorno cobraría vida por la mañana.

—Muy bien, volvamos —dijo ella—. Me apetece otro baño.

Algo le decía que iba a pasar mucho tiempo en aquella piscina.

Apenas tardaron unos minutos en llegar a su suite porque, a pesar de haber pasado horas haciendo fotos, habían acabado a escasos cincuenta metros de su puerta. Brad la abrió y revisó la habitación antes de dejar que entrara.

—¿Qué pasa si alguien me secuestra mientras está revisando la habitación? —preguntó mientras él comprobaba las puertas de cristal

que daban al exterior.

Hacer fotos era una manera de pasar el mes que tenía por delante. Tomar el pelo a Brad, otra.

—Todo es posible —contestó desde dentro—. La mayoría de la gente comete los crímenes en privado. Cualquiera podría pasar por aquí y llevársela a camello.

Los labios de Sera se curvaron. Resultaba sugerente la idea de ser apartada del resto del mundo por un atractivo moreno, atravesando aquellas arenas a lomos de un camello o de un poderoso caballo árabe.

Brad volvió y le hizo una seña para que entrara en la suite. Con expresión inocente, Sera pasó a su lado y él enseguida entornó los ojos.

Para eso se habían inventado las fantasías. Algo le decía que flirtear abiertamente estaba fuera de los protocolos establecidos.

—Voy a darle un rato libre hasta que se ponga el sol. Cenaremos nada más anochecer —dijo ella sin demasiada sutileza.

Quizá le viniera bien pasar un tiempo a solas para volver a poner bajo control sus hormonas. Además, estaba empezando a sentir el jet lag a pesar del masaje reparador.

—¿Por qué no pide que le traigan algo a la habitación? —sugirió él, leyéndole la mente.

Era una buena idea disfrutar de una deliciosa comida junto a la piscina.

Brad se acercó al escritorio y volvió con la carta del menú.

—Llamaré para pedir que lo traigan mientras va a cambiarse para nadar.

—Sorpréndame.

Tenía decidido prescindir de tomar decisiones durante aquel viaje y quería probar cosas nuevas.

Se encerró en el lujoso cuarto de baño y se puso un bañador azul. Luego, se soltó el pelo y dejó que la melena cayera sobre sus hombros.

Uno de los mayores placeres de tener el pelo largo era dejarlo caer por la espalda, mojado. Habiendo crecido sin madre y pasando largas temporadas lejos de su padre, había disfrutado de ese tipo de sensaciones.

—¿Sera…?

La voz de Brad sonó tan cercana que le pareció imposible que hubiera una puerta maciza de madera entre ellos.

—¿Quiere cenar en la terraza o en la habitación?

De repente, toda aquella situación parecía la de una pareja. Se había integrado con naturalidad en su rutina y ella ya se había adaptado a su presencia. Y no hacía ni veinticuatro horas que se conocían.

—En la terraza, por favor, para ver la puesta de sol.

Oyó su voz profunda, repitiendo su petición, probablemente a Aqil, y de repente se lo imaginó junto a su oreja.

—Solo para uno —añadió ella rápidamente, trabándose con las palabras.

Solo obtuvo silencio por respuesta.

Se quedó de piedra, hizo una mueca y contempló su expresión en el espejo del cuarto de baño.

«Eres la cliente. Puedes pedir lo que quieras», se dijo mirándose muy seria.

Le había pintado una imagen poco favorecedora de mujeres que se encariñaban demasiado con sus escoltas y no quería que pensara que la comida había sido algo más que compañía. Bueno, lo cierto era que él solo había hecho una referencia y ella se había imaginado lo demás.

No estaba desesperada por disfrutar de su compañía. Había comido sola en muchas ocasiones. Era prácticamente lo habitual. Aun así, no pudo evitar excusarse.

—Tengo una cita con las arenas doradas y el silencio.

Contuvo el aliento mientras esperaba y se negó a mirarse en el espejo de nuevo.

—Está bien, Sera —dijo Brad desde el otro lado de la puerta.

Sí, así era. Brad había sabido durante todo el tiempo por qué la comida no había sido una buena idea y ella había tardado en darse cuenta.

De acuerdo, su protocolo era el correcto. Aquello había sido una situación extraña.

***

Brad tomó una cerveza del minibar y se acomodó en una de las dos tumbonas de la terraza.

Los empleados del hotel que le habían llevado la cena, habían aprovechado para correr la gruesa cortina, creando un rincón acogedor durante la noche. En cuanto se habían ido, había dado cuenta de la comida y las había vuelto a abrir para disfrutar de la oscuridad. Aquello era lo que más le gustaba de trabajar en Al-Saqr, el cielo de noche, la oscuridad que solo se advertía lejos de las luces que las ciudades generaban.

Al menos, hasta que salía la luna.

Encendió las luces de la piscina, proyectando sombras sobre el toldo que tenía sobre la cabeza, mientras la brisa fresca nocturna soplaba sobre la superficie del agua. Apenas veía a más allá de dos metros de la piscina.

A su izquierda, una puerta se cerró en mitad del silencio y su mente se entretuvo con su vecina.

Sera era impredecible. Habitualmente tardaba un día en hacerse una idea general de la personalidad del cliente al que estaba protegiendo, pero ella variaba tanto como aquellas arenas que se extendían en la oscuridad. Tan pronto se mostraba segura y relajada, como se ponía a llorar en privado al minuto siguiente. Había pasado de verla radiante y risueña en el todoterreno a adormilada y muy atractiva, con el pelo revuelto, después del masaje. De manera torpe le había dicho que iba a cenar sola, para luego después, con una tímida cortesía, desdecirse. Era como si su forma de comportarse estuviera en guerra con su verdadero yo.

Brad había ahondado en su interior tratando de identificar aquella incómoda sensación y se había sorprendido al reconocerla. Sentía su orgullo herido, pero ¿por qué? Nunca comía con clientes. Era un alivio que las normas lo prohibieran. Se limitaba a observarlos mientras comían y se tomaba un tentempié cuando estaban reunidos o incluso en el baño. Las comidas completas las hacía como la mayoría de las cosas, más tarde y a solas.

¿Por qué entonces se sentía molesto de que una mujer hubiera optado por pretender su compañía? ¿Tan blando se había vuelto? ¿Acaso se sentía intrigado por aquella personalidad tan cambiante?

Dejó el botellín vacío en el suelo y con la otra mano se quitó la camiseta. Luego caminó en pantalones cortos hasta la pequeña piscina y dejó que el agua diluyera sus pensamientos. El sol fue poniéndose en el horizonte y la temperatura fue cayendo, cubriéndolo todo de rocío por la humedad que se evaporaba en la oscuridad.

Bajo el agua, solo había silencio y contuvo la respiración todo lo que pudo para liberar la tensión, lo cual era mucho tiempo gracias a la formación que había recibido en las Fuerzas Armadas.

Había entrado a formar parte de la guardia personal del jeque confiando en que participaría en importantes tareas de protección en las que emplearía las capacidades que había perfeccionado en el ejercito. Quería ser la sombra de aquellos desconocidos que tan solo confiaban en él para velar por su seguridad y con los que no había riesgos de forjar vínculos.

Esa estrategia le había servido en los últimos dos años. Casi había logrado superar el dolor de aquel día en El Cairo, el día en que había aprendido a no implicarse con los clientes.

Respetuosa indiferencia. Debería hacerse tatuar aquellas palabras en un lugar visible.

Cuatro semanas seguidas con el mismo cliente complicaba las cosas. Y con alguien como Sera, que conseguía sacarlo de sus casillas…

El instinto de supervivencia lo obligó a salir a la superficie y se quedó flotando boca arriba, observando las sombras cambiantes del toldo. Al rato salió del agua, se secó y se llevó dentro el botellín vacío

para tomar otro.

Sera fue testigo de la migración nocturna de los órices al empezar a ocultarse el sol tras las dunas. Un pequeño grupo había pasado el día descansando en una zona sombría, alrededor de una poza de agua, pero tan pronto la sombra había desaparecido, ellos también lo habían hecho. Se habían levantado y habían empezado su marcha.

Era lógico que los órices y las gacelas descansaran durante las horas más calientes del día y que estuvieran activos durante el fresco de la noche, por lo que las cosas cambiaban si quería fotografiarlos. Pero también convertía la noche en un buen momento para salir a la arena a explorar sin tener que preocuparse de las criaturas que merodeaban alrededor del resort a la espera de encontrar comida.

Se alejó unos metros de su suite para fotografiar el extraordinario cielo estrellado. Era como si alguien hubiera esparcido purpurina sobre un fondo oscuro. Nunca antes había visto tantas estrellas. No era fácil encontrar una superficie firme sobre la que colocar el equipo, así que volvió dentro a por una guía, una revista doblada y un plato vacío para poner encima de la arena su trípode. Luego se colocó a un metro mientras la cámara tomaba fotos con el diafragma abierto. Sería entretenido verlas en el ordenador cuando hiciera demasiado calor para estar fuera.

Cuanto más ascendía la luna, más veían sus ojos. Estaba segura de que a su alrededor había criaturas que podían verla con tanta claridad como si fuera de día, mientras que para ella eran tan solo unas sombras. Poco a poco se fue distanciando de su suite para hacer más fotografías, incluyendo de su suite. Enseguida se arrepintió de haber apagado las luces a la vista de la bonita composición que la claridad de la suite número once formaba. Pero volver para encender la suya no le pareció necesario teniendo la de Brad encendida. Podía tomar algunas imágenes de prueba en aquel momento y fotografiar la suya al día siguiente.

Separó la cámara del trípode, dejó el resto del equipo delante de la piscina y se alejó unos veinte metros hacia la izquierda para tomar una foto de la suite de Brad. A través del objetivo vio que no estaba, aunque había dejado un botellín de cerveza en la terraza. Probablemente se había tomado algo antes de irse al restaurante a cenar a solas, tal y como ella había establecido.

Con sus habilidades sociales, era un milagro que se las arreglara para hacer amigos y más aún para mantenerlos. Aunque lo cierto era que muchos de ellos se había aprovechado de esa amistad cuando les había convenido.

Encuadró la imagen con la piscina delante y la habitación iluminada

detrás, y disparó. Al levantar el dedo del disparador, el agua de la piscina se movió y de repente surgió del agua Brad. Así que estaba allí.

Contuvo una exclamación de sorpresa y apartó la cámara del ojo, pero eso no le impidió ver a Brad tumbarse de espaldas sobre el agua y quedarse flotando. Transmitía paz y serenidad, nada de lo que había visto en él hasta ese momento. Se giró instintivamente, pero tardó en apartar los ojos mientras el cuerpo fornido de Brad salía de la piscina y se envolvía en una de las enormes toallas del hotel.

Finalmente se volvió, se hundió en la arena y soltó una risita mientras se le disparaba la adrenalina.

«¿No te parece suficiente el delito de allanamiento, Sera? ¿Quieres incluir entre tus antecedentes penales el de acosadora?».

A su espalda, oyó cerrarse la puerta de la suite de Brad. Incluso a aquella distancia, el silencio amplificaba cualquier sonido. Se giró lentamente al oír de nuevo la puerta y lo vio tumbarse en una de las hamacas. Iba vestido con un pantalón de chándal y un jersey, y tenía una cerveza en una mano y un libro en la otra.

Así que le gustaba leer…

¿Por qué le extrañaba tanto? Estaba claro que aquel hombre tenía formación para haber llegado tan lejos. Pero una cosa era saber leer y otra disfrutar leyendo.

A Brad parecía gustarle y eso no lo esperaba.

Aunque no estaba segura de qué era lo que esperaba, no estaba acostumbrada a saber mucho de la gente que trabajaba con ella. Más bien, para ella.

En la oscuridad, dio media vuelta y volvió junto al equipo fotográfico. No tardó mucho en quedarse nuevamente fascinada al ver cómo la luz de la luna se reflejaba en la arena. Pero mientras sus dedos se movían mecánicamente, su mente apenas prestaba atención. Estaba muy ocupada pensando en el instante en que había visto a Brad mojado, saliendo de la piscina.

Cuando estaba de servicio, Brad se movía como si estuviera en una misión. Medía cada paso y observaba todo a su alrededor, siempre como si llegara tarde a algún sitio. Pero fuera de servicio, Brad parecía relajarse. Había salido de la piscina y había vuelto a atravesar las puertas como si no hubiera sitio mejor en el que estar que en aquella terraza, bebiendo una cerveza y leyendo una novela.

Aquello le gustaba. Casi deseaba estar en la hamaca de al lado, haciendo exactamente lo mismo, disfrutar del silencio y de la lectura.

«No te encariñes», le habría advertido su padre.

Como si necesitara que se lo recordaran. Ya había aprendido a no encariñarse con nadie. En su mundo, la gente iba y venía, pero nadie se quedaba. Era ley de vida. Las personas a las que les pagaban por sus

servicios, solían marcharse en busca de otra cosa. Eran empleados, no amigos.

—¡Sera!

Unas fuertes manos la obligaron a darse la vuelta y se encontró con un Brad furioso.

—Estoy a menos de un minuto de la suite —dijo rápidamente poniéndose a la defensiva.

—En medio de la oscuridad y sola.

—Pero le he visto —dijo y se sonrojó al caer en la cuenta—. Aunque no creo que me hubiera oído si me hubiera pasado algo.

—Le podía haber pasado cualquier cosa en lo que hubiera tardado en llegar.

—No me salga otra vez con la historia de que me pueden secuestrar y llevarme a camello.

¿De verdad pensaba que los malos podían aparecer y llevársela a rastras al desierto?

—Hay víboras y escorpiones. Un minuto para llegar y dos para llevarla de vuelta. Esos son tres de los seis minutos de vida tras una picadura. Aunque esto sea un resort, no deja de ser un entorno salvaje, lleno de peligros.

—Vaya.

Sera bajó la vista a sus pies.

—¿Por qué le cuesta tanto acatar instrucciones tan sencillas?

—Son sencillas de establecer, pero difíciles de cumplir. Solo quería hacer unas fotos nocturnas.

—Haberme llamado.

—No es mi lacayo, Brad. Se ha ganado su descanso.

—Entonces, mañana por la noche hará esas fotos y yo a cambio me tomo unas horas libres a mitad del día.

—No funciona así, Brad. Cuando surge la inspiración…

—Algo me dice que siempre está inspirada, Sera. Mi cometido es asegurarme de que está a salvo y no permitir que ande vagando entre los peligros de las dunas.

—Un poco exagerado, ¿no le parece? Estoy a apenas cien metros de la suite. Confíe un poco en mí.

—Me gustaría, pero de momento no lo estamos haciendo muy bien.

Ahí estaba la decepción, la desilusión de su padre en boca de Brad. Nunca importaba cuáles fueran sus intenciones.

—Apenas se tarda noventa segundos en volver a la seguridad —dijo enfadada.

Recogió el equipo y enfiló cuesta arriba la duna, camino de su suite. Esta vez, tardó más de los noventa segundos que había tardado en bajar y llegó a la senda empedrada de la suite, resoplando.

—Voy a quedarme aquí —anunció Brad mientras ella entraba en su

terraza y trataba de abrir la puerta cargada con el equipo fotográfico.

Él la empujó por ella.

—Por supuesto que no —dijo Sera al pasar a su lado—. Tiene una magnífica suite al lado.

—Que usaré cuando esté seguro de que no va a tomar una decisión equivocada.

La siguió al interior de la suite hasta que ella se dio media vuelta y lo detuvo poniendo las manos en su pecho. Bajo el fino jersey que llevaba, su pecho era tan fuerte como le había parecido a través del objetivo. Enseguida apartó las manos.

—¿No hablaba en serio, verdad?

—Completamente —contestó él, clavándole sus ojos grises.

—No puede quedarse aquí.

—¿Por qué no?

—¡Porque va en contra de la ley! —exclamó.

Era verdad. Sería difícil convencer a las autoridades árabes de que un hombre soltero como él pasaría la noche en el sofá de la habitación de una mujer soltera como ella.

—Entonces, en la terraza.

—¿Toda la noche?

—Si eso supone estar cerca la próxima vez que la visiten las musas, sí.

El suave silbido de aire entre sus labios era una señal de lo que pensaba de la idea.

—¿Y qué va a impedir que salga por la puerta principal?

Brad atravesó la habitación y cerró la puerta desde dentro antes de guardarse la llave en el bolsillo.

¿Estaba de broma? No solo era prisionera dentro del resort, sino que también lo era en su propia suite.

—¿Qué pasa si hay un incendio? —preguntó mirándolo.

—La salvaré.

—Qué heroico.

—Vivo para servir.

La cámara de Sera rebotó en el colchón al dejarla caer. Tras ella, Brad se volvió y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo voy a dormir sabiendo que está ahí fuera?

—Estará a salvo —farfulló.

Brad salió y cerró la puerta de cristal, haciéndole una seña para que echara el cierre desde dentro. Luego, se acomodó en una tumbona de la terraza y ella se quedó mirándolo hasta que comprendió que no se daría cuenta de lo molesta que estaba.

Muy bien, si quería jugar a los soldados, adelante. Estaban en Arabia, al comienzo del invierno. Pasaría frío durante la noche, pero no moriría helado, aunque fuera australiano.

Tomó el pijama al pasar junto a la cama y se fue al cuarto de baño para cambiarse. Luego se cepilló los dientes y el pelo. Al volver, su mirada se dirigió a la silueta que estaba en su terraza, frotándose las manos contra los pantalones del chándal. Brad se giró justo cuando salía a la terraza, con un cojín en una mano y una manta en la otra. Sin mediar palabra, se los lanzó al regazo antes de volver al interior, cerrar la puerta y correr las cortinas. Quería alejarlo de su cabeza, como las cortinas alejaban de la habitación la claridad de la luna.

Capítulo 5

Pasar las noches en la terraza se convirtió en una costumbre para Brad durante la siguiente semana. Al-Saqr era tan lujoso que incluso el mobiliario exterior era lo suficientemente confortable como para dormir en él. Al menos, en la terraza, podría seguir a Sera la siguiente vez que la inspiración la asaltase y la arrastrara fuera de su suite.

De momento no había vuelto a pasar. Era evidente que su presencia le mataba la pasión.

Desde aquella primera noche en la que al levantar la vista del libro la había distinguido en la oscuridad del desierto, había pasado de dormir con un cojín y la manta de un sofá a hacerlo con una de las enormes almohadas del hotel, una manta de lana, una cerveza, el libro y una lámpara de lectura.

Sera había aceptado que permaneciera allí y tenía un corazón demasiado blando como para ponérselo difícil, a pesar de lo que durante el día pretendía hacerle creer.

Entre su constante actividad y la distancia que Brad se empeñaba en mantener, era increíble que sus miradas se encontrasen. Aun así, por la noche, Sera se mostraba como realmente era. Ni frágil ni sarcástica ni enfadada. En ella, había también compasión y empatía.

Entre sueños cambió de postura y se colocó sobre su lado izquierdo. Unos segundos más tarde, un ligero sonido lo hizo abrir los ojos. El resplandor dorado anunciaba el amanecer. Al fijar la vista, parpadeó sorprendido.

Un unicornio bebía agua de la piscina de Sera, blanco y luminoso a la luz del alba, difuminado por el vapor y las sombras que se proyectaban sobre su rostro angular. Su largo cuerno ascendía interminable en espiral. La imagen era preciosa, pero completamente imposible.

Brad levantó la cabeza de la almohada y los ojos del unicornio se clavaron en él. Permaneció inmóvil mientras la criatura continuaba bebiendo sin apartar los ojos de aquel inesperado ser humano. Continuaron así durante unos minutos, en los cuales el sol asomó por el horizonte y la luz del amanecer cambió completamente.

No eran sombras lo que veía en su rostro, sino manchas negras. También distinguió dos cuernos en vez de uno, igual de largos y puntiagudos.

Si el órice se sorprendió al encontrarse a un hombre durmiendo en la terraza de la piscina, no lo demostró. Cuando sus ojos se fijaron en algo a sus espaldas, Brad no pudo evitar girarse para seguir su mirada.

Sera estaba allí, recién levantada y medio adormilada, con sus largos dedos apoyados en el cristal empañado de la puerta de su suite, con una expresión de asombro infantil.

Debería estarse fijando en sus largas piernas desnudas o en la forma de sus pechos oprimidos bajo el pijama de algodón contra el cristal. Pero, al igual que el órice, no podía quitar los ojos de los suyos y de la felicidad que irradiaban. No salió corriendo a por la cámara. Se limitó a sonreír y a mirar fijamente. Se la veía radiante y traspuesta, completamente ajena a la presencia de Brad. Estaba observando a la bestia, mientras un hombre la observaba a ella, a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Pero no podía evitarlo.

Al poco, el órice se cansó de mirarla y sorbió su último trago. Brad se dio cuenta al ver que Sera seguía con la mirada al animal y luego estiraba el cuello para verlo desaparecer por la duna. Solo entonces volvió la vista hacia él, irradiando felicidad. La sonrisa que le dedicó hirió su corazón. Se la veía joven y entusiasmada.

No parecía importarle que un desconocido la estuviera viendo en pijama. Solo buscaba a alguien con quien compartir aquel momento mágico.

Entonces, el mundo real se interpuso, el entusiasmo se desvaneció y se retiró del cristal a regañadientes, casi en contra de su voluntad, hasta que solo quedó de ella el hueco abierto entre las cortinas y las huellas de sus dedos sobre el cristal.

Brad se quedó con la sensación de que las mañanas no volverían a ser las mismas sin un unicornio y sin aquella imagen desaliñada.

Sera estaba saliendo del cuarto de baño cuando vio la sombra de Brad en la puerta de la terraza. Dio unos golpes en el cristal y luego en su reloj. Las puertas, al abrirlas tirando hacia dentro, dejaron pasar el fresco aire de la mañana.

—Sigue levantada —dijo él.

—A las siete de la mañana se pueden ver halcones —contestó ella—. Por eso estaba levantada tan pronto.

—¿Se alegra de lo que ha visto?

—Si me hubiera dicho lo que ocurría cada mañana, habría hecho un esfuerzo por levantarme más temprano.

—También ha sido la primera vez que veía al órice —dijo entrando —. Ha sido impresionante, ¿verdad? No parecía muy sorprendido de verme. Supongo que ha estado viniendo cada mañana a beber, cuando todavía no había amanecido y yo seguía durmiendo.

—¿Por qué estando vacía su suite y la del otro lado?

—Quizá es un animal de costumbres. A pesar de las personas que van y vienen, esa es su piscina —respondió—. El carrito estará aquí en diez minutos. Voy a ir a mi habitación a cambiarme. Nos encontraremos en la puerta.

Le dio la llave de la puerta y salió corriendo por la piscina, rodeando los arbustos que cercaban sus suites.

Cuando Sera salió de su habitación, Eric estaba llegando en el carrito y Brad ya estaba esperando junto a la puerta, vestido de manera informal con unos pantalones cargo y una camisa ligera.

—Buenos días —dijo Eric alegremente, después de saludar a Brad con una inclinación de cabeza—. ¿Cómo ha dormido?

—Como un tronco —respondió Sera—. No sé si será la cama, la oscuridad o el agua de aquí. Nunca había dormido tan bien como en este lugar.

Eric rio.

—¿Cuándo va a relajarse y disfrutar de la calma? —le preguntó Brad mientras se dirigían al centro del complejo.

Era una pregunta razonable. Ya había disfrutado de la mitad de las actividades que el hotel ofrecía, algunas de ellas dos veces, y no había dejado de hacer fotografías en los ratos libres.

—Estoy relajada, duermo mucho y nado.

Él frunció el ceño.

—Hacer fotografías desde la piscina no es nadar.

—Pero es divertido y la diversión es un placer, ¿no?

Por el gruñido que dejó escapar, no parecía muy convencido.

—Me pregunto cuándo va a dejar de estar tan activa.

No era una conversación que le apeteciera antes de desayunar y menos con un hombre al que le gustaba estar al mando de todo.

—Dejaré de estar tan activa cuando este lugar y este desierto dejen de parecerme interesantes.

—De acuerdo. Asumo que no será pronto.

Llegaron al centro del resort y Eric los condujo a pie hasta un pequeño anfiteatro sobre la arena. Allí, varias aves de rapiña y un grupo de huéspedes esperaban para la demostración diaria. Las aves habían sido confiscadas en la aduana. Cuando alguien era sorprendido traficando con aves, los animales eran enviados a Al-Saqr. Allí podían estirar las alas un par de veces al día y vivir como auténticas estrellas.

—Tienen su propia seguridad —explicó Eric, probablemente por milésima vez—. Este es un halcón sacre, la especie que da su nombre a Al-Saqr. Estas aves llevan tres milenios volando por los cielos del desierto.

Eran unas aves fuertes y rápidas. Cada una de ellas voló en círculo sobre el anfiteatro y volvió junto al adiestrador para regodearse con su

cebo. Sera aprendió sobre sus costumbres y la larga historia de los halcones en el desierto, mientras volaban alto. Ninguna de ellas trató de escapar aunque el aparato de rastreo que llevaban en sus patas sugería que podían hacerlo en cualquier momento. Lo mejor de todo era que durante las exhibiciones de vuelo, Sera y los demás huéspedes del hotel podían hacer todas las fotos que quisieran.

—Omar es un búho real —explicó Eric a los presentes, mostrando al ave que tenía en el brazo—. Llegó a Al-Saqr siendo un polluelo. No conoció a sus padres. De hecho, nunca ha visto a otro búho.

Al instante sintió simpatía por Omar.

Ella también se había criado al cuidado de otros. Varias veces al año veía a su padre, quien había conocido a su madre durante el tiempo suficiente como para dejarla embarazada durante una gira europea. Cuarenta y dos semanas más tarde, sus abogados habían recogido a la pequeña Sera. Se había esforzado al máximo y había destinado el dinero y el personal necesario para criarla, pero estando de gira medio año y grabando discos el otro medio resultaba difícil mantener una relación fluida entre padre e hija.

—A pesar de ser un búho, Omar se comporta como un águila ratonera porque se crio con una.

Eric podía estar hablando de ella. Ya de pequeña se comportaba como un adulto porque se había criado con una batería de profesionales bien entrenados en la lujosa casa de campo de su padre. Era lo suficientemente grande como para que una niña nunca se cansara de descubrir cosas nuevas y lo suficientemente alejada para satisfacer la preocupación de su padre en temas de seguridad. Tal era la fama de Blaise en la cima de su carrera que incluso su hija pequeña era considerada un objetivo.

—No sabe ulular —continuó Eric, deslizando un dedo por el plumaje de Omar—, porque nadie le ha enseñado.

Sintió que algo en ella se rompía. Pobre Omar.

Cuando por fin había cumplido trece años y la popularidad de su padre había decaído un poco, había podido poner un pie por primera vez en un colegio de verdad, con niños de verdad. La solitaria heredera de una estrella de rock, educada en casa, encajaba allí como Omar entre los otros búhos. No tenía ni idea de cómo comportarse como una adolescente más. Al final resultó ser una muchacha con brillantes resultados académicos, pero sin amigos.

—Aquí ha tenido los mejores cuidados —aseguró Eric con una sonrisa—, pero no queremos que se encariñe de nosotros. Cualquiera de nosotros podría marcharse en un momento dado y ¿en qué situación quedaría si dependiera de nosotros? Por eso dejamos que tomara como figura materna al águila ratonera.

La fractura que había sentido en su interior al enterarse de la

incapacidad de Omar de relacionarse con los de su especie amenazó con hacerse más profunda. Al instante, su cuerpo se tensó y su pulso se aceleró. Se puso de pie y Omar, con su extraordinario sentido del oído y su amplio campo de visión, encrespó las plumas. Eric la miró preocupado.

Brad se acercó raudo a ella y pronunció su nombre desde su espalda.

—Me duele la cabeza —dijo para justificarse ante los demás huéspedes del hotel que la estaban mirando.

Pidió disculpas a Eric, que sonrió y continuó con su explicación, y se fue del anfiteatro.

—¿Sera?

Brad estaba justo detrás, perfectamente situado para ser testigo de su humillación.

—Me duele la cabeza —repitió.

Era más sencillo mentir. ¿Cómo explicar que un ave cautiva había abierto una herida en su alma?

Se puso en camino hacia el edificio principal del resort, avanzando por una duna empinada, hundiéndose en la arena al subir. La respiración entrecortada no favorecía la angustia que sentía.

—¿Sera? —dijo Brad corriendo a su lado—. ¿No le ha gustado la exhibición, las aves?

—¿Por qué no iba a gustarme? —preguntó girando la cabeza por encima de su hombro.

—Por su preocupación por el bienestar de los animales.

No podía culpar a Brad por llegar a esa conclusión, después de haber sido tan ingenua como para dejarse convencer por la asociación de protección de animales de Mark para fotografiar animales de laboratorio y meterse en problemas. Los titulares de los tabloides se le vinieron a la cabeza.

—No, no me molesta que estén viviendo aquí.

—¿Entonces…?

—Me duele la cabeza.

Brad subió la duna detrás de ella. Seguramente había un camino más cómodo en alguna parte, pero, en aquel momento, lo único que quería era alejarse de aquellos ojos curiosos inmediatamente.

—¿Por qué no vamos a que coma algo? —sugirió Brad.

Era evidente que no se le ocurría una forma mejor de tratar a una mujer neurótica que proponiéndole comer, en aquel oscuro y tranquilo restaurante, con baños… Claro que ese era uno de los pocos sitios al que Brad no podía seguirla.

—De acuerdo.

Casi en la cima de la duna, la adelantó y la tomó de la mano para ayudarla. En los escalones que daban a la plataforma del restaurante,

Sera se excusó y sin esperar a que contestara, soltó su mano.

—Necesito asearme.

El cuarto de baño era tan elegante como el resto del complejo y olía a las especias del zoco. Pero aquel agradable aroma no le ayudó a apartar los pensamientos que daban vueltas en su cabeza. Como la mayoría de los clientes del hotel estaba durmiendo o disfrutando de las actividades tempranas, tenía todo aquel espacio para ella, así que se dejó caer en una de las butacas y hundió el rostro entre las manos.

«No queremos que Omar se encariñe de nosotros».

¿Era así como funcionaba? Le daban cariño al ave, pero no demasiado para que Omar no sintiera apego por ellos.

«Cualquiera de nosotros podría marcharse en un momento dado y ¿en qué situación quedaría?».

Para ellos, era un trabajo y los trabajos cambiaban. Gracias a la interminable cuenta bancaria de su padre y al constante desfile de personal cualificado, había llegado a la edad adulta de una pieza. Aquellas personas habían sido muy agradables, profesionales y entregadas, pero no habían estado dispuestas a quedarse. De la misma manera que el personal de Al-Saqr se preocupaba por Omar, pero sin encariñarse demasiado por si acaso tenían que marcharse.

Su vida se resumía de la misma manera. Observando la dulce expresión de Omar lo había visto muy claro.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Voy!

Sera se levantó, se acercó a los lavabos y abrió un grifo. Apenas tardó unos segundos en lavarse las manos y la cara, y unos cuantos más en secarse. Se tomó un momento más para serenarse antes de salir y encontrarse con la intensa mirada de Brad. Luego, volvió al restaurante seguida de cerca por él y se sentó en una mesa de la terraza. Al contemplar las arenas doradas y la brillante luz de la mañana se sintió mejor, pero ver a la gente salir de la exhibición de aves al pie de la duna, la incomodó. Se había perdido la oportunidad de fotografiar a Omar. Brad apartó la silla que había frente a ella y se sentó.

Sera respiró hondo.

—Me gustaría…

—Comer sola —la interrumpió, terminando la frase—. Lo sé. Me iré tan pronto me asegure de que está bien. ¿Necesita que llame a un médico?

Lo cierto era que había estado a punto de disculparse por marcharse tan precipitadamente de la exhibición, y por su mal humor de toda la semana.

—¿Por un dolor de cabeza? Debe de ser por el sol.

La mentira estaba yendo demasiado lejos.

—Apenas son las siete.
—Entonces, supongo que será por el cansancio.
—Le dijo a Eric que había dormido como un tronco.
—Brad…
—Sera, no voy a marcharme hasta que esté seguro de que no me necesita.
Ella se quedó observándolo, decidiendo qué contarle. ¿No le había dicho que acudiera a él? Probablemente no se había referido a eso, pero en aquel momento era lo que necesitaba, alguien en quien confiar.

—Es por Omar —comenzó Sera.
Brad tardó un momento en caer en la cuenta.
—¿El búho?
—Su historia me ha impresionado.
Brad la miró con el ceño fruncido. ¿Un búho había causado aquella reacción? ¿Acaso siempre tenía las emociones a flor de piel?
—¿El qué concretamente?
—Que nadie le enseñara a ulular.
Brad tomó las cartas que le entregó el joven camarero y las dejó directamente sobre la mesa para concentrarse en lo que acababa de decir. El muchacho captó la indirecta y desapareció.
—Parece que ha sobrevivido bastante bien sin hacerlo —replicó Brad, desesperado por entenderla.
—Es un búho, Brad. Se supone que tiene que saber ulular.
—No conoce a otros búhos, así que no sabe que debería ulular. No creo que él sea consciente de esa carencia.
Sus ojos marrones lo miraron indecisos. Pero aquella expresión enseguida desapareció.
—¿A alguien se le ha pasado por la cabeza que han criado un ave privándolo de todo cariño? Yo fui criada por niñeras, tutores, guardaespaldas… ¿Cree que alguno de ellos se paró a pensar que si no me enseñaban a ulular nadie más lo haría?
Así que aquello tenía que ver con su infancia.
—Tal vez pensaban que era lo mejor para usted —dijo, consciente de que él formaba parte de ese grupo de personas.
También sabía que había una línea que no debía cruzar. Llevaba toda su vida profesional evitando cruzarla.
—¿Cómo puede ser lo mejor para un niño mantener la distancia? —preguntó.
—Si se encariñaban demasiado…
—No me malinterprete —lo interrumpió rápidamente—. Con el tiempo, llegó a gustarme que mantuvieran las distancias. Así no se me

rompía el corazón cada vez que un empleado se marchaba —dijo y respiró hondo—. Pero hágaselo entender a una niña de siete años.

Podía imaginarse lo que habría sufrido. Claro que Sera no tenía ni idea de lo que podía haber pasado si alguno de aquellos empleados se hubiera encariñado con ella.

—¿Y si soy como Omar? ¿Y si no me doy cuenta de que me falta algo? ¿Y si hay cosas que no conozco y que las mujeres normales suelen hacer?

—¿Mujeres normales?

—Sí, mujeres criadas en familias normales, con padres normales.

—¿En vez de criadas por estrellas de rock millonarias en casas de campo?

—En vez de criadas en una burbuja por personal contratado.

Sera se inclinó sobre las cartas del menú que no habían abierto.

—Ha debido de salir con muchas mujeres…

Brad ya había tenido suficiente. Tenía que poner fin a aquello.

—Sera, la normalidad no existe. Las personas somos muy diferentes.

—Pero en una escala del uno al diez, ¿qué número me daría?

Él arqueó una ceja.

—¿Quiere que la compare con otras mujeres? ¿De verdad quiere un número?

Al parecer, estaba convencida de que su infancia la había convertido en alguien… defectuoso. Sera se quedó mirándolo fijamente. Él se echó hacia delante, muy serio.

—Su talento como fotógrafa no es normal —continuó Brad—. La manera en que puede cambiar de personalidad en pocos segundos, no es normal. Su interés en los detalles más insignificantes, no es normal. Su capacidad de mantener esta conversación y luego comportarse como una completa desconocido, no es normal.

Ella frunció el ceño, sin saber muy bien si sentirse ofendida o no.

—He conocido a mujeres a las que no les apasionaba nada o fingían que les gustaban las mismas cosas que a mí solo para hacerse las interesantes. En este desierto, solo verían sol y arena y una oportunidad de broncearse. ¿Quiere que la compare con ellas?

—¿Por qué está tan enfadado?

Buena pregunta. Pero había algo que le resultaba molesto en la idea de que la gente que la había criado hubiera convertido a una mujer tan fuerte y completa en una persona insegura. Porque él también se había ocupado de un niño.

—He conocido mujeres que han sido unas madres extraordinarias y que darían su vida por sus hijos; mujeres soldado capaces de disparar a un hombre sin siquiera pestañear; mujeres que se enfrentan a enfermedades terribles. ¿Quiere que compare su vida privilegiada con la de ellas?

Ella apretó los labios y se rodeó con los brazos por la cintura.

—Los privilegios no son lo único que…

—Mire, olvide…

—No hay nada que pueda considerarse normal, Sera —dijo, consciente del impacto que le estaba provocando su frustración—. No hay una escala con la que medir. La única manera de que Omar el búho descubra su incapacidad para ulular es diciéndoselo. ¿Y qué va a conseguir ululando? ¿Llamar a una novia que no conoce? ¿Defender un territorio que ya tiene protegido? La vida de Omar es lo que es y, en su vida, ulular no es fundamental. Le va bien sin saber. Ser diferente es lo que lo convierte en alguien atractivo para los que lo conocen. Él es simplemente… Omar.

—Eso es.

Lo cual no significaba que a Sera le faltara algo por culpa de la infancia que había tenido. Ella era como era.

—¿Le he incomodado?

Él respiró hondo y trató de controlar sus emociones.

—No.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Todo el mundo carga con algo, Sera, todo el mundo. Somos el resultado de nuestra infancia, pero eso no debería condicionar nuestros actos y tampoco es excusa para justificar los desastres en los que hayamos podido convertir nuestras vidas.

Ella se enderezó en su asiento y sintió un escalofrío por la frialdad de su comentario, a pesar de la calidez de la mañana.

—Cuénteme lo del laboratorio —le pidió él sin más.

De pronto sentía la necesidad de conocer lo que había pasado.

—¿A qué viene ese interés? —preguntó ella entornando los ojos.

Pero no podía decírselo, no cuando ni él mismo entendía por qué. Puso las manos sobre la mesa, dispuesto a levantarse.

—Tiene razón, no es asuntó mío. La dejaré desayunar tranquilamente.

—No —dijo rápidamente, alargando la mano hacia el otro lado de la mesa—. Quédese, por favor.

Se quedó, aunque tardó en decidirse.

Enseguida el camarero les tomó la comanda y, al poco rato, volvió con un desayuno rico en proteínas para Brad y una variedad de delicias locales para ella. Mientras comían, hablaron del órice de aquella mañana y de las aves que acababan de ver. Al principio, fue una conversación superficial y cortés, como si ambos siguieran afectados por lo que había pasado apenas unos minutos antes. Pero cuanto más charlaron, más cómodos se fueron encontrando. Aunque

para Sera, había algo en Brad que la impedía relajarse del todo.

—Pensé que íbamos a darles un hogar a los animales de laboratorio —dijo, después de que el camarero les sirviera los cafés—. Y que actuábamos lícitamente.

—¿No sabía que no contaban con autorización para entrar?

—Debería haberlo sabido. Admito mi responsabilidad —dijo encogiéndose de hombros—. Confundí la política con la pasión.

—Explíqueme eso.

No tenía ningún derecho a preguntar, pero durante la última hora se lo había ganado. Aunque fuera tan solo para descubrir aquella mala experiencia.

—Confié en las personas equivocadas, incluyendo a amigos y un novio, y resultó que estaban más interesados en mis contactos que en mis habilidades fotográficas. Fin de la historia.

—¿Un novio? ¿Mark Ryder?

Al oír su nombre, sintió una punzada en el pecho.

—¿De qué conoce a Mark?

—De su informe. Estaba subrayado dos veces. ¿Qué pasó?

—Pensó que su causa por los derechos de los animales tendría más repercusión si estaba conmigo.

—Tenía razón. Todo el mundo se enteró de esa historia. Consiguió un cambio para esos animales.

—Cierto —dijo ella.

—Y ahora está en el desierto, tratando de olvidarlo.

Hacía que sonara muy cobarde.

—El momento no fue bueno —murmuró—. La banda de mi padre estaba lanzando un nuevo álbum de cara a la Navidad y…

—Espere —la interrumpió alzando la mano—. ¿Está aquí exiliada, prácticamente bajo custodia, porque su padre no quería que la mala prensa afectara a sus ventas?

—Fue idea de su productora… Mi padre me pidió que lo hiciera, así que aquí estoy, tratando de no defraudarle —dijo y respiró hondo—. Por desgracia, su presencia significa que no confía en mí lo suficiente.

En caso contrario, nunca habría contratado a aquella empresa londinense para que se encargara de su protección en Umm Khoreem.

Brad se recostó en su asiento.

—Con razón no ha sido precisamente amable conmigo. Debo hacérselo recordar a diario.

—Siento haber sido tan… descortés. No es culpa suya.

Él rio.

—Al menos, me siento aliviado. Me tengo por un tipo agradable.

Ella le sonrió mientras él bajaba la cabeza para doblar la servilleta. Ya podía volver a respirar.

—Al final, su gente quería que me fuera de Londres para que la

prensa perdiera el interés, y a mí me pareció bien. No me gusta demasiado la Navidad y *The Ravens* habían sido contratados para actuar ante no sé qué millonario.

—Así que su padre va a pasar las fiestas con alguien que no es de la familia —comentó Brad.

—Sí, y aprovechando que estarán en Nueva York, van a hacer una gran actuación el día de Fin de Año.

—Eso apesta.

Aquella expresión tan escueta como sincera, le provocó la risa.

—Buena manera de resumirlo.

Lo cierto era que su padre pasaba la Navidad en casa una vez cada tres años. Pero cuando lo hacía, se le olvidaba todo lo demás. En el fondo, seguía siendo un chiquillo de siete años.

—¿Es por eso que eligió una zona árabe para ocultarse, en donde diciembre es un mes más?

No pudo seguir sosteniendo su mirada y desvió la vista hacia la arena dorada.

—Esa era la idea.

—Bueno, lo que Londres se pierde, Al-Saqr lo gana. Aunque debo decirle que aquí no se ignora completamente la Navidad gracias a los visitantes extranjeros. Al menos, habrá menús especiales.

La risa de Sera resonó entre los sonidos de los demás comensales.

—Mientras no canten *Feliz Navidad* en la radio y pongan películas tiernas en la televisión, estaré bien.

Brad se quedó mirándola, hasta que ella se movió incómoda en su asiento.

—¿Qué pasa?

—Estaba intentando imaginármela con una expresión más alegre.

Sera dobló cuidadosamente la servilleta y la dejó sobre la mesa.

—Si la ve, avíseme. Nos quedaremos sorprendidos los dos.

Capítulo 6

El responsable de seguridad iba a llamarle la atención. Su jefe estaba empezando a inquietarse por la manera en que Brad estaba desempeñado su cometido de vigilar a Sera, con aquellas cenas íntimas y pasando las noches en la terraza de la piscina. Entendía que lo que estaba haciendo era necesario para cumplir su misión, pero Brad era el paradigma de la disciplina. Era conocido por actuar siempre dentro de los límites.

Él mismo estaba empezando a inquietarse. Había aprendido en sus propias carnes a no intimar con los clientes, pero cada día junto a Sera se le hacía más difícil no saltarse las reglas.

«Hágaselo entender a una niña de siete años», le había dicho y le había descrito una infancia solitaria. Brad se había esforzado en no fundir la imagen de una Sera de siete años con aquella otra pequeña carita. No quería hacer paralelismos entre lo que había pasado en Egipto y Sera, ni empatizar con ella la relación con su padre. La empatía llevaba a la compasión y esta no tenía cabida en aquel trabajo.

Se acercó a ella por detrás cuando entraron en el edificio principal del resort para encontrarse con Eric. Habían quedado con el guía para dar un paseo a camello. Sera había elegido un día con pocos turistas para poder disfrutar mejor de la arena y los camellos. Brad suponía que no debía de ser fácil disparar fotos con una docena de pares de pies tropezando con cualquier cosa. Había tenido que esperar semana y media para encontrar un día en el que solo otra pareja había contratado aquel paseo por el desierto a la puesta de sol.

—Hola, pequeños —dijo Sera.

Parecía estar saludando a un puñado de cachorros. Los cinco camellos estaban arrodillados en fila, y había otro más apartado, como si se tratara de un enorme perro. Los cuatro del medio llevaban una serie de correajes que completaban con tejidos estampados, y bozales en el hocico. El primero y el último no llevaban monturas, tan solo un fajo de alfombras enrolladas y sujetas por un par de cuerdas. A simple vista, todos los camellos parecían iguales, pero fijándose bien, eran muy diferentes. El de Sera era del color de la miel, mientras que el de Brad era más claro.

Eric les explicó unas nociones básicas de seguridad y luego le

ofreció el brazo a Sera para ayudarla a montar. Con el camello arrodillado, apenas le hacía falta. Se agarró a la silla, se apoyó en los brazos y pasó sus interminables piernas por encima del pomo como si fuera una gimnasta. Brad esperó hasta que estuvo bien sentada antes de pasarle la cámara. Luego se acercó a su camello y se subió.

Salim, el guía de los camellos, recorrió la fila para asegurarse de que todos estuvieran bien sentados. Al pasar a su lado, Brad lo miró a los ojos.

—Sea muy cuidadoso hoy —murmuró.

Salim arqueó una ceja, miró a Sera y asintió.

—Relájese, Brad —dijo Sera—. Si alguien intenta secuestrarme en un camello, saldré corriendo con el mío.

Tras ellos, Eric arreó al suyo para que se pusiera de pie y se encaramó sobre él. Salim hizo lo mismo con el primero y se sentó bastante atrás en la montura, rodeando con una pierna la joroba, lo que le permitía mayor comodidad con la ropa tradicional que vestía. Justo detrás de Salim, la pareja se montó en el camello que compartían.

«Pobre Sera, otra pareja».

Aquel pensamiento surgió antes de que pudiera evitarlo. Por su propia salud mental, no debía olvidar que Sera era tan solo una cliente.

Salim soltó un silbido y los camellos se levantaron, estirando primero las rodillas de sus patas traseras a la vez que soportaban su peso sobre las delanteras, antes de incorporarse completamente. Salim gritó al camello de Sera por quedarse demasiado tiempo sobre los codos, y ella y su cámara se quedaron bamboleando. Los ojos de Brad se fijaron en la arena y empezó a valorar rápidamente las consecuencias de una caída hasta que el animal por fin se levantó y ella pudo soltarse del pomo de la silla.

Sera buscó aferrarse a algo con los pies, pero cejó en su empeño ante la falta de estribos, y simplemente dejó colgando las piernas. Brad conocía aquella sensación. Los estribos daban sensación de equilibrio y fuerza, además de la capacidad de poder saltar en caso de tener que hacerlo. Sin ellos, uno se sentía como una carga y aumentaba la posibilidad de caer a la arena de bruces.

Una vez la pareja se hubo subido a su camello, Salim arreó al primero y los demás lo siguieron. Eric esperó un momento a que la caravana se pusiera en marcha antes de colocarse justo detrás de Sera. Brad sintió que todo su cuerpo se tensaba, a pesar de que su cabeza le decía que era tan solo Eric, al que pagaban por atenderla.

—Es precioso —le dijo Sera.

Para poder dejar las manos libres y tener dispuesta la cámara, hizo fuerza con ambas rodillas para sujetarse del movimiento bamboleante

del camello al andar. Una vez que se acostumbró al vaivén, la vio relajarse y disfrutar del paseo por las dunas, mientras el sol se ponía en el horizonte. Todos miraban para adelante y eso impedía seguir una conversación. Pero durante los veinte minutos que tardaron en llegar al punto de destino, Sera se giró de tanto en tanto para sonreírle.

Cada vez que lo hacía, su corazón se endurecía.

Al llegar ante una gran duna, Eric y Salim ayudaron a la pareja a bajarse. Brad dio una palmada a su camello y luego se acercó hasta Sera para hacerse cargo de su equipo fotográfico y que así pudiera bajarse. Al pasar junto a la cabeza del camello, su mirada se cruzó con la de Salim. Ambos desviaron la vista.

La duna que tenían delante era dura y compacta, pero la arena de la superficie estaba suelta. Eso hacía que la subida fuera más dura, por lo que, cuando llegaron a media altura al puesto de bebidas que tenían preparado, se habían quedado sin aliento.

—¿Agua o champán? —preguntó Eric a Sera, ofreciéndole una copa de cada.

Sera se decantó por el champán.

Eric le entregó una botella de agua a Brad.

—Creo que es la primera vez que la veo beber desde que ha llegado aquí —murmuró Brad.

Había asumido que no bebía alcohol, pero quizá no lo había hecho por las prohibiciones locales, aunque no se aplicaran dentro de los límites de Al-Saqr.

—Estamos en medio del desierto —dijo ella—. El sol se está poniendo y en breve las estrellas brillarán. ¿Se le ocurre un momento mejor para disfrutar de una copa de champán? Además, ¿no quería que me relajara?

—Por supuesto. Creo que debería servirle otra copa.

Miró hacia la pareja que, en actitud cariñosa, ascendía hacia la cima de la duna con una botella de champán en la mano. Sera tomó un sorbo y luego empezó a subir hasta un punto desde el que se veía la puesta de sol.

Brad la siguió.

—Deme…

Le tomó la copa y a cambio le entregó el equipo fotográfico. Ella le dio las gracias y enseguida se puso a hacer las primeras fotos. Al sol todavía le quedaba para desaparecer por el horizonte, pero la luz cambiaba rápidamente y eso conllevaba continuos ajustes en la cámara. Así que se dio prisa. De vez en cuando le pasaba el champán y ella daba un sorbo antes de volver a colocarse detrás del objetivo.

—¿Eso es contaminación? —preguntó ella, mirando el velo rosado que cubría todo.

—Es arena —le explicó—. Sopla desde el mar por el día y las corrientes nocturnas la devuelven. Es el precio de vivir en un país desértico.

Su sonrisa rivalizó con la preciosa luz de la puesta de sol que la cubría. Brad tuvo que respirar hondo para controlar su pulso, mientras ella seguía haciendo fotos.

—El efecto es estupendo.

La docena de dunas doradas que los separaba del resort empezaron a cambiar de forma tan pronto como el sol tocó el horizonte. Era fácil entender por qué la gente lo llamaba «mar de arena». Detrás, las suites de estilo beduino de Al-Saqr y, al fondo, el enorme sol besando el horizonte. Sera no dejó de capturar aquellas imágenes y se olvidó del champán.

En lo alto de la duna, se veía el perfil a contraluz de la pareja que había ido con ellos. Sera apuntó con su cámara e hizo unos cuantos disparos antes de que los dos desconocidos se fundieran en un abrazo.

De repente, el sol quedó oculto entre las arenas del horizonte y todo cambió.

Lo que antes había sido rosa cambió a un morado azulado y la nitidez de todo lo que les rodeaba cambió. El hombre encargado del puesto de bebidas encendió un par de antorchas y sacó una bandeja de deliciosos aperitivos.

Brad tomó el objetivo de Sera y lo bajó.

—Suficiente. Se está perdiendo todo lo bueno.

Ella no protestó y miró a su alrededor como si acabara de despertarse de la siesta. Guardó el equipo en su bolsa, se acabó lo poco que le quedaba de champán y lo siguió hasta el puesto del que emanaba un delicioso aroma a queso de cabra, pinchos de carne y pan.

—Voy a mandar por correo electrónico un par de imágenes a la dirección del resort —le dijo a Eric—. ¿Puede asegurarse de que se las hagan llegar? Quizá sean el recuerdo de su proposición de matrimonio.

Eric asintió sonriente y se marchó.

—¿Cree que le ha pedido matrimonio? ¿Cómo lo sabe?

Sera se giró y lo miró sorprendida.

—¿Acaso lo duda?

Tenía razón. En aquel entorno y ante aquellas vistas sería un momento muy romántico y difícil de olvidar.

—¿Qué plan tiene pensado para mañana? —preguntó él en tono más alto del necesario.

Sera sonrió como si adivinara lo incómodo que se sentía. Luego le apretó el brazo y pasó por su lado para acercarse a la mesa donde estaba la comida. Él se quedó observándola no muy lejos. Con los

guías en animada conversación y la pareja inmersa en su conversación, Sera no tenía con quien hablar más que con él.

De repente, entendió lo que su infancia debió de ser, con toda aquella gente a su alrededor solo porque los pagaban para que hicieran su trabajo y con los que no podía compartir experiencias como aquella.

«No seas tonto. Habla con ella».

—¿Quiere ir a ver los camellos? —preguntó él.

Su mirada se encendió y asintió entusiasmada. Brad se sintió satisfecho y se dio cuenta de que le agradaba complacerla.

Volvió a hacerse cargo de la cámara para que pudiera terminar de comer y caminó junto a ella al bajar la duna. Salim también había encendido unas antorchas abajo, y un resplandor rojizo bañaba a los animales. Al acercarse, dos de los camellos protestaron.

—Todavía no vamos a subirnos —les aseguró Sera y dirigiéndose a Salim, añadió—: ¿Puedo acariciarlos?

Salim dirigió la mirada un instante a Brad, antes de levantarse de la cálida arena.

—Les gustará.

Ver a los camellos de cerca fue toda una experiencia, aunque no pudo evitar reparar en que Brad se había apartado de ella para dejarla a solas con el guía. Normalmente la seguía como si fueran gemelos siameses, pero allí, donde no había riesgo alguno, se fundió con las sombras de la noche mientras el hombre le presentaba a los animales.

Su ausencia llamó su atención.

—¿Tienen nombres?

Salim fue señalando uno a uno a cada camello, pronunciando sus nombres en árabe y explicando algunos detalles de su personalidad. Luego, contestó las preguntas que Sera le hizo sobre sus cuidados.

—Habla muy bien mi idioma —comentó.

—Aprendí de niño —contestó mirando nervioso hacia Brad.

Salim inclinó la cabeza y se retiró aliviado, dejándola a solas con los camellos. Sera paseó entre los animales, acariciando sus caras y mirándolos a los ojos, mientras tomaba nota mental de las fotos que les haría. Sus pasos en la arena eran silenciosos y, al pasar junto al camello que estaba más cerca de Brad, lo vio hablando en voz baja con el guía.

Nada más verla, se separaron. Era la primera vez que había pillado a Brad con la guardia bajada. Pero antes de que pudiera hablar, oyó que los demás volvían. Diez minutos más tarde, la caravana se puso en marcha. Brad se daba cuenta de que no dejaba de mirarlo, pero finalmente Sera se subió al camello sin preguntar nada.

El balanceo del caminar del camello ayudó a que durante el viaje de vuelta se le olvidara aquella curiosidad que le había asaltado, pero nada más llegar al resort volvió a acordarse. Sera le dio las gracias al cuidador de camellos y luego se despidió de Eric. Brad permaneció en guardia y apenas cruzó la mirada con Salim.

¿Qué estaba pasando?

Sera se dirigió hacia su suite, girándose continuamente para mirarlo. La expresión de Brad era indescifrable y su mirada distante. En un momento dado, aceleró el paso para sacarle ventaja, se dio media vuelta y, sin decir nada, se quedó mirándolo.

—Eso ha sido muy descortés.

No era exactamente la manera en que quería empezar la conversación, pero era tan buena como cualquier otra.

—¿A qué se refiere?

—A no darle las gracias al guía de los camellos.

—Lo superará —replicó Brad, entornando los ojos.

—Cualquiera pensaría que tiene un problema con ese hombre.

—¿Me está acusando de no respetar su cultura, Sera? Lo dice la mujer que llegó al país ligera de ropa y que escandalizó la sala de llegadas del aeropuerto.

—Me estoy refiriendo a su actitud retraída. Venga, ¿qué pasa?

—Lo que pase no es asunto suyo, Sera.

—Tiene razón —dijo ella dando un paso atrás.

Luego enfiló hacia el edificio principal del resort, lo atravesó y se dirigió hacia sus suites. Al llegar, esperó en silencio a que Brad abriera la puerta y revisara la habitación, antes de pasar a su lado y dejar el equipo fotográfico.

—No voy a cenar —anunció.

—De acuerdo —replicó sin intentar siquiera retenerla.

—Hasta mañana.

—Muy bien —dijo Brad y su mirada se volvió gélida.

Permaneció inmóvil y Sera hizo lo mismo.

—Le dejaré una cerveza en la terraza.

Aquel comentario hizo que Brad desviara la mirada hacia las cortinas que los empleados del hotel habían cerrado. Algo le decía que aquella iba a ser la primera noche en que Sera las dejara así. No pudo evitar hacer conjeturas, pero era un profesional y sabía muy bien controlar sus emociones.

—Está bien, Sera. La veré por la mañana.

En cuanto se marchó, la vergüenza se apoderó de ella. Brad tenía razón, no era asunto suyo lo que hubiera entre él y el hombre de los camellos. Le había picado la curiosidad, aunque no era algo que le quitara el sueño. Había algo que se le hacía injusto. A pesar de sus intentos por mantener una conversación, él permanecía como un libro

cerrado.

Cuanto más trataba Brad de mantener sus secretos, más decepcionada se sentía. Ni siquiera quería conocerlos, tan solo pretendía que confiara en ella lo suficiente como para contárselos.

«¿Es eso o lo que realmente quieres es poder confiar en él?».

Ya debería tenerlo superado. Había confiado en Mark y en sus amigos, y al final había resultado que no habían sido dignos de su confianza.

«Digno de su confianza». Aquella expresión resonó en su cabeza. ¿Qué era lo que pretendía con Brad? ¿Acaso quería ponerlo a prueba? Solo iba a compartir con él unas cuantas semanas.

Al parecer, no había aprendido nada desde su infancia.

Aquella mujer era exasperante.

Brad se dejó caer en la hamaca y se bebió de un trago media cerveza, a pesar de que no le apetecía. Pero al menos tenía las manos ocupadas y eso le impedía volver y enzarzarse en una discusión. Cuanto más intentaba mantener la distancia con Sera, más parecía encontrar la manera de sacarlo de sus casillas, ya fuera consciente o inconscientemente. Era como si aquella mujer que había sido rechazada por su padre y traicionada por un novio caradura, pretendiera ganarse su afecto.

Había conseguido que se sintiera como un canalla por mantener los límites que debía respetar.

No había sido una buena idea ir a montar en camello. Pero en situaciones desesperadas había que adoptar medidas desesperadas. En aquel momento, viendo a Sera tan perdida y frágil, no pudo dejar de imaginársela entre sus brazos.

No era la primera persona con la que se encariñaba.

«¿Cómo puede ser lo mejor para un niño mantener la distancia?». Las palabras de Sera volvían a dar vueltas en su cabeza. Había querido decirle que tampoco era necesariamente mejor para el niño fomentar la cercanía.

No había sido bueno para un niño llamado Matteo. Había estado a punto de costarle la vida.

Entablar una amistad con alguien que iba a estar en su vida tan poco tiempo no iba a hacerle ningún bien a Sera, y menos aún con la infancia y el batallón de cuidadores que había tenido. «Al menos para saber que es una persona de verdad». Ahora entendía mejor aquel comentario que le había hecho, teniendo en cuenta esos supuestos amigos que la habían arrastrado a aquella protesta por los derechos de los animales. Se habían aprovechado de su fama para conseguir publicidad. Y toda la gente con la que se había relacionado en su

infancia, se había mostrado distante con ella.

Era evidente que aquello de la respetuosa indiferencia no estaba funcionando. Ninguno de los dos era capaz de mostrarse indiferente. Al menos, de momento.

Capítulo 7

El sonido de una zambullida en la piscina era fácil de reconocer, a pesar de que Brad tratara de que no se oyera. Sera estaba tras las cortinas cerradas, pensando. Le debía una disculpa y el momento adecuado para hacerlo sería por la mañana.

Pero ambos seguían despiertos y ya la había visto en pijama.

Pasó entre las cortinas y corrió suavemente la cerradura, antes de abrir la puerta.

Brad estaba en la piscina, apoyado en la pared más alejada, ajeno a su presencia, observando la oscuridad, mientras el vapor de la piscina se disipaba en el frío aire del desierto. Cuando Sera se giró tras cerrar la puerta, dejó su distracción y la observó aparecer. Ella respiró hondo, se sentó al borde de la piscina y metió las piernas en el agua. La temperatura era la misma que la de la cama que acababa de dejar, pero la sensación resultaba más cálida. Claro que quizá fuera la imagen de un Brad semidesnudo.

—¿No puede dormir? —preguntó él desde el otro lado de la piscina.

No, su cabeza estaba demasiado ocupada, pero se limitó a encogerse de hombros.

Brad se dio la vuelta para mirarla, soportando el peso de su cuerpo en la parte más profunda con sus brazos. El brillo del agua sobre sus músculos resaltaban su fuerza, haciendo imposible apartar la mirada. De nuevo, el embrujo del desierto.

—Siento haber estado tan callada antes —dijo ella, elevando la voz para que se oyera por encima del sonido de la cascada desde el otro extremo de la piscina.

—No tiene que comportarse de ninguna manera especial conmigo. No me debe ninguna disculpa.

—¿Porque es su trabajo? —preguntó sin apartar la vista del agua.

—Porque no es asunto mío —contestó.

—¿Y si quiero que hablemos? —dijo levantando la mirada.

—Entonces, la escucharé —respondió encogiéndose de hombros.

Sera se quedó mirando las ondas en la superficie del agua que formaban sus piernas al moverse. No sabía muy bien por dónde empezar.

—Sé que no es razonable esperar que confíe en mí solo porque se lo pida. Le he contado cosas de mi vida y esperaba que hiciera lo mismo.

Ya sabe, como si fuéramos amigos.

Dicho en voz alta, aquello sonaba patético.

—Sera, usted es una cliente.

—Lo sé. Sé que no tengo derecho a esperar de usted otra cosa que no sea protección. Solo pensaba que conociéndonos mejor estaríamos más a gusto los dos.

—¿Acaso la hago sentir incómoda?

—No, no… No me ha quedado bien el comentario. Nos quedan unas semanas juntos y creo que sería una buena idea que no permaneciéramos en nuestros cascarones. No puedo sentirme cómoda sin saber nada de usted.

—Pregúnteme lo que quiera.

—Me ha contado algunos detalles, pero eso no es suficiente para conocerlo.

—«Soy su responsabilidad, no su amiga» —dijo él recordando las palabras de Sera—. Esa regla la puso usted.

Brad dejó el borde de la piscina y nadó lentamente hasta el centro, pero sin acercarse a ella. Se quedó allí, hundido hasta la nariz, de tal manera que solo asomaban sus ojos.

—Sí, lo dije.

—¿No lo decía en serio?

—Claro que sí.

Así había sido en aquel momento, pero a lo largo de los últimos diez días las cosas habían cambiado.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Un ruido de fuera llamó su atención y aprovechó la excusa para pensar la respuesta.

—¿No debería confiar en usted como escolta?

Brad salió lentamente del agua, sin desviar la mirada.

—¿No confía en mí?

—Apenas lo conozco y, sin embargo, usted lo sabe todo sobre mí. Incluso cosas que probablemente no sepa de mí misma. No me parece justo.

—¿Así que quiere que nos igualemos?

—Solo quiero conocerlo un poco más, Brad.

—¿Por qué?

Su mirada la incomodó.

—Porque estamos compartiendo unas semanas de nuestras vidas.

—Por lo que me ha contado, diría que está acostumbrada a que la gente mantenga las distancias.

—Así es —dijo sintiendo un puñetazo en el estómago.

—Pero no le gusta —replicó él, acercándose un poco—. Sabe que no puede haber nada entre nosotros, ¿verdad?

—No le estaba ofreciendo una aventura. Solo quería conocerlo

mejor.

Pero empezaba a parecerle una idea estúpida.

Sera se levantó del borde de la piscina y, de una brazada, Brad llegó a tiempo de agarrarla por el tobillo e impedir que se levantara. Su pierna rozó su pecho y se estremeció. El agua la salpicó y se mojó el trasero al volver a sentarse. Pero no le importó. Apenas había reparado en ello.

Solo podía pensar en su mano sujetándola por la pierna.

—Relájese, Sera —dijo soltándola—. Solo pretendía recordarle las normas. ¿Qué quiere saber? Si puedo, se lo contaré.

—¿Qué se trae entre manos con el guía de los camellos?

Él se quedó mirándola fijamente.

—Salim y yo no interferimos en el trabajo del otro.

—¿Es amigo suyo?

—Es tío mío. Es primo de mi madre.

Aquella sorpresa la dejó sin palabras durante unos segundos. ¿Brad era medio beduino?

—¿Qué está haciendo en Al-Saqr?

—Trabajar. Se ha ocupado de los camellos desde que el resort abrió. Está ubicado en el límite de las tierras tribales. Gracias a él conseguí entrar a formar parte del equipo de seguridad del jeque.

¿Un guía de camellos?

—Debe de estar bien relacionado para que sus recomendaciones lleguen tan alto.

—Los beduinos no se miden por el papel que desempeñan, sino por quiénes son. La familia de Salim es incluso más antigua que la del jeque.

—Así que cuando viene al resorte, ¿finge no conocerlo?

—No es un secreto, pero no vamos por ahí contando que somos familia. Por supuesto que los directivos lo saben, pero nadie más. Salim pidió que así fuera y yo lo respeto.

—Así que es primo de su madre. ¿De ella ha heredado sus rasgos?

—Creció cerca de la frontera.

—¿Y la familia de su padre es australiana? —preguntó y él asintió con su cabeza medio sumergida—. ¿Creció allí y ahora vive aquí?

Brad emergió lentamente del agua.

—Trabajo aquí como miles de expatriados.

Sera no pudo evitar preguntarse si se consideraba australiano o árabe.

—¿Lejos de su familia?

—Tengo mucha familia aquí.

—Pero sus padres…

—El mundo es muy grande, Sera. La mayoría de la gente deja su casa a los veintitantos…

Muchas veces había pensado que vivía en una burbuja y se sintió avergonzada de que nunca se le hubiera ocurrido explotar aquella burbuja y salir. ¿Sería que no estaba preparada para conocer el mundo real?

—Su conocimiento de la cultura árabe, ¿es gracias a su madre?

—Mi madre renunció a su cultura al casarse con mi padre por decisión propia. Lo que sé, lo he aprendido de mi tío.

—Por eso se sentía tan identificado con Omar, porque usted también fue criado lejos de su cultura.

—Me criaron como me criaron. Si mi madre hubiera practicado su cultura, supongo que yo también lo hubiera hecho. Pero no lo hizo y no creo que me haya afectado.

—No sabe lo que daría por conocer a las dos ramas de mi familia — dijo después de unos segundos y suspiró.

La expresión de los ojos de Brad se suavizó. ¿Sería por comprensión o remordimiento?

—La entiendo. Casi era un adulto cuando conocí a Salim y a su familia. Ellos me tratan como un hijo.

—Puede que tenga hermanos y yo ni siquiera lo sepa —murmuró ella después de una larga pausa.

Brad se quedó mirándola.

—¿Por qué no le pregunta a su padre?

—Estoy segura de que me lo diría, pero creo que ni él mismo lo sabe —dijo sintiéndose avergonzada, como de costumbre, al recordar su concepción—. Ni siquiera sabía el apellido de mi madre.

Brad levantó la cabeza al oír aquello.

—¿O sea que se hizo cargo de un bebé que le entregó una desconocida y dio por sentado que era suyo?

—Mi madre contactó con él a través de un abogado y le mandó los resultados de la prueba de ADN que él confirmó. Aunque no le hizo falta porque, al parecer, era la viva imagen de él de bebé.

—He visto a su padre en Internet. No encuentro parecido alguno.

—Por el maquillaje de las actuaciones —replicó ella encogiéndose de hombros—. En los escenarios, todo es humo y espejos. Cuando sale a pasear nadie lo reconoce. Es curioso.

—Contésteme una cosa, Sera —dijo él entornando los ojos—. ¿No serán sus inquietudes una forma de llamar la atención de su padre?

Aquel comentario la hizo sentirse como si tuviera diez años.

—¿Mis inquietudes? —repitió riendo—. He participado en varias protestas y he recaudado dinero para diversas causas…

—Y la han arrestado en un laboratorio secreto. Solo me preguntaba si siempre ha tenido tanta… conciencia social.

Sera se quedó mirándolo y se preguntó qué pensaría de sus interminables intentos de ser una niña sobresaliente.

—Fui una buena estudiante. Me gustaba esforzarme. No fumaba, ni bebía, ni iba a fiestas. Estudiaba mucho y destacaba en los estudios.

—No es precisamente la manera de hacerse amigos cuando se es adolescente.

—No me interesaba tener amigos, solo buscaba el respeto de mis profesores, de mis cuidadores,…

—¿De su padre?

—Desde luego.

—¿Funcionó?

—No. No le interesaba que fuera una buena niña, así que me esforcé en ser traviesa.

—Por eso toma parte en causas sociales.

Sera inclinó la cabeza.

—Pensé que le agradaría que hubiera heredado su sentido de la justicia social.

—¿Y funcionó?

—No. Creo que era más una actitud forzada de cara a la galería que real.

Al equipo de relaciones públicas de su padre no le agradaba verla por el mismo camino, por el desvío de atención que eso suponía.

—¿Sabe? Teniendo en cuenta todo lo que le ha pasado, es una mujer muy fuerte.

Ella rio.

—No, no lo soy.

Brad la tomó del pie y apretó, como si fuera su mano.

—Más de lo que cree —afirmó con tanta rotundidad que a punto estuvo de creerlo—. De no ser así, no querría confiar en nadie estando tan reciente el asunto del laboratorio.

—Se refiere a Mark.

—Siento lo que le ha pasado, Sera, no se lo merece.

—Me lo busqué yo sola.

—No se culpe. Ganarse su confianza para aprovecharse de su fama fue un acto muy ruin. Dice más de su repugnante ex que de usted. Anótese puntos por superarlo y continuar con su vida.

No quería sentirse alentada por sus palabras. Él tampoco lo querría.

Brad removió suavemente el agua a su alrededor.

—Fíjese —añadió él y esbozó una amplia sonrisa—, estamos teniendo una conversación normal.

Había algo en la fuerza de la mano que le sujetaba el pie, en su medio sonrisa y en aquellos ojos grises que la miraban intensamente. Se quedó sin palabras. Porque para hablar era necesario respirar, ¿no? Lo único que le funcionaban eran los ojos, arrastrados por una insondable corriente.

Brad le soltó el pie y se dio impulso contra la pared de la piscina

para volver a la seguridad que le proporcionaba su centro. De vuelta a la distancia profesional.

—¿Celebra la Navidad? —preguntó ella sin pensarlo—. Ya sabe, familia, comidas, regalos,…

—Si eso es lo que entiende por Navidad, sí, con la familia de mi padre. Evidentemente, este año no.

—Lo siento.

—Les llamaré y los veré por videoconferencia —dijo y entornó los ojos—. A menos que tenga algún plan para ese día.

—Oh, no —replicó Sera sacudiendo la cabeza—. No quiero estropearle la Navidad a nadie. Ya lo he hecho bastantes veces en mi vida.

Se quedó mirándola por encima del vapor que escapaba de la piscina.

—¿Cómo eran sus Navidades?

—Tranquilas. A menos que ocurriera un milagro y mi padre decidiera volver a casa. Entonces, eran completamente diferentes. Llenaba la casa de amigos y era una locura.

—Así que incluso cuando su padre estaba en casa, se las arreglaba para estropearle las Navidades. ¿Y cómo eran cuando no estaba?

—Se organizaban turnos —respondió—. Así nadie pasaba todo el día de Navidad cuidándome. Por la mañana estaba con la niñera, por la tarde con el profesor y por la noche me acompañaban los de seguridad. Y lo mismo al día siguiente. Funcionaba bien y estaba acompañada durante las fiestas.

—Supongo que no era mala idea.

—Excepto por el hecho de que apartaba a tres personas de sus familias para estar conmigo esos días. Nunca me pareció un buen arreglo.

—Porque suponía hacerle lo mismo a otros niños que lo que la música de su padre le hacía a usted, ¿verdad?

¿Cuándo la había entendido alguien tan fácilmente?

Se quedaron mirándose. Los ojos de Brad habían perdido la calidez y sintió un estremecimiento.

—Bueno, no se preocupe por mí —añadió él rápidamente yéndose a la parte más profunda de la piscina—. No me importa perdérmela. Todavía estoy quemando el pavo del año pasado en el gimnasio.

Había llegado el momento de marcharse. Aunque durante el día fuera su terraza, por la noche, teniendo en cuenta que Brad dormía allí, era su dormitorio. Había entrado sin llamar y, aunque se había mostrado dispuesto a contestar sus preguntas, no tenía obligación de complacer a sus hormonas alteradas.

—¿Cree que ahora podrá dormir? —preguntó Brad.

—Creo que sí —respondió, sacando las piernas de la piscina y

sentándose sobre ellas—. Gracias por la charla.

Él asintió con un gesto muy militar. Echaba de menos al Brad anterior. Al menos, le quedaba el consuelo de que estaba escondido en algún rincón.

Sera se levantó y, al hacerlo, la fina arena que cubría todo, mezclada con el agua de la piscina, la traicionó y le hizo perder el equilibrio. Al caer junto al borde de la piscina, sintió un fuerte golpe en el trasero y se mordió la lengua con los dientes, antes de ir a parar al fondo. Luego empezó a agitarse en el agua como si fuera una niña que no supiese nadar, hasta que unas manos fuertes la sujetaron.

—Ya la tengo.

Brad la ayudó a enderezarse mientras ella tosía y se apartaba el pelo del rostro. Una punzada de dolor se extendía desde la base de su espalda y, en cuanto pudo recuperar el aliento, soltó una maldición muy poco elegante. Fue después de secarse los ojos cuando miró hacia abajo y descubrió que sus pechos se adivinaban bajo su pijama mojado. Rápidamente, se hundió en el agua para ocultarse.

—¿Está bien?

Estaba todavía demasiado aturdida para hablar, así que asintió y se concentró en recuperar la respiración. Brad la estaba recorriendo con sus manos, comprobando brazos y piernas. Luego, le echó hacia atrás la cabeza para verle las pupilas. Ella dejó que la examinara, pero sin salir del agua.

—¿No se ha golpeado la cabeza, verdad?

—No.

—Venga, salgamos del agua.

Trató de apartarse de él, pero los movimientos debajo del agua eran lentos. Brad frunció el ceño al verla apartarse de sus brazos.

—No puedo… —jadeó, mirando hacia abajo.

Fue entonces cuando Brad se dio cuenta de lo transparente que se había vuelto aquel pijama azul, a pesar de que todo lo que estaba bajo el agua se veía oscuro. Sus mejillas se sonrojaron.

¿Todavía había hombres que se sonrojaban?

—Espere, le buscaré una toalla.

Brad subió los escalones, tomó una de las toallas que los empleados cambiaban cada día y se la ofreció, colocándola estratégicamente entre el pijama transparente y su vista.

—Salga sujetándose a la barandilla.

Acercó sus piernas temblorosas a la base de la escalera, se agarró con fuerza a la barandilla y subió los cuatro escalones hasta el suelo de madera. El dolor se incrementó a cada paso que dio fuera del agua.

Brad se giró ligeramente sin dejar de ofrecerle la toalla y ella se acercó directamente a sus brazos. Cuando la estrecharon con toda su fuerza y calidez, imaginó que era el abrazo que tan desesperadamente

necesitaba. Él la atrajo hacia su pecho y la envolvió con la toalla.

—¿Cree que se ha roto algo?

Envuelta por la toalla y por aquel hombre mojado, le resultó difícil recordar que su preocupación era meramente profesional.

—Creo que me he hecho daño en el coxis.

El crac que había oído al golpearse en el borde de la piscina sugería precisamente eso.

—Vaya a ducharse y le echaré un vistazo.

—De ninguna manera.

—Tengo que saber si se ha roto algo.

—A menos que tenga vista de rayos X, no creo que pueda hacerlo simplemente mirando.

—Tiene razón. Llamaré a recepción.

¿Qué hora era? ¿Las dos de la mañana?

—¡No! Mire, pase. Lo resolveremos aquí.

Fue dejando un rastro de agua por el suelo y las alfombras al dirigirse al cuarto de baño. Brad rebuscó entre su ropa y le ofreció unas prendas secas a través de la puerta.

—Tenga cuidado.

—Ha sido solo una caída, Brad. No soy una inválida.

Aunque lo cierto era que se sentía así. El dolor de su coxis todavía hacía que le temblaran las piernas, especialmente al agacharse para quitarse los pantalones y la ropa interior. Después de ducharse, se puso la camiseta y los leggings que Brad le había llevado. Se secó el pelo con la toalla y luego se peinó. Fue a salir por la puerta, pero en el último momento volvió para pintarse los ojos y aplicarse un poco de brillo en los labios. Solo porque fuera un desastre, no tenía que parecerlo.

Brad se levantó de su asiento sin mirarla a la cara y se acercó a ella.

—Le he preparado una bolsa de hielo.

Sera tomó la bolsa que le ofrecía y se giró para apretarla contra el final de su espalda.

Al momento, dejó escapar un gruñido. Quizá después de todo se había fracturado algo.

—A la cama —le ordenó Brad frunciendo el ceño.

Aquellas palabras la hicieron sonreír y él la miró preocupado.

—Estoy bien. No me he dado ningún golpe en la cabeza.

La ayudó a colocar las almohadas y los cojines para que se tumbara sobre el costado y no sobre la zona dolorida.

—Voy a bajarle la ropa interior.

Una risita escapó de labios de ella.

—Hablo en serio, Sera.

—Lo sé, por eso me parece tan divertido.

—Me reiré cuando esté seguro de que no se ha roto la espalda

estando bajo mi protección.

—Es mi trasero, Brad. Está diseñado para recibir golpes.

De nuevo volvió a sonreír por el doble sentido de aquel comentario. Quizá fueran los efectos retardados del golpe. Brad la hizo rodar hasta ponerse de lado y le quitó la bolsa de hielo. Luego, sus dedos cálidos le bajaron un poco los leggings y las bragas, y se afanó en presionar la base de su columna.

Sus roces eran suaves y debió de interpretar sus estremecimientos como dolor, lo que le hizo tardar en llegar a un veredicto.

—Creo que no se ha roto nada —dijo volviendo a colocar la bolsa de hielo en la espalda.

—¿Qué experiencia tiene en coxis rotos?

—Tuve que diagnosticar algunas fracturas mientras estuve en el ejército —contestó él.

De repente, su cabeza se llenó de imágenes de Brad, sucio y sudoroso en alguna zona de conflicto, aplicando primeros auxilios a algún compañero cubierto de sangre y con algún brazo o pierna rotos.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—De nada.

Mantuvo el hielo en el mismo sitio, haciendo una suave presión con la mano, y Sera se dio por vencida en sus inútiles intentos de darse la vuelta en la cama y se relajó junto al calor que desprendían su muslo y cadera. Después de la sensación de sus dedos cálidos, el frío del hielo resultaba un agradable contraste.

—Siento todo esto —dijo ella—. No ha sido a propósito.

—Si pensara que era un plan para acabar medio desnuda en mis brazos, entonces pensaría que no se le da bien el papel de mujer fatal.

De repente recordó que había estado entre sus brazos, separados tan solo por una toalla y su pijama mojado, y agachó la cara para evitar que la viera sonrojarse. Pero no era por vergüenza. Brad volvió a cambiar de sitio la bolsa de hielo y apoyó los dedos en la cadera de Sera para ayudarse a sujetarla en la zona dolorida. Luego, volvió a moverse ligeramente, inclinándose sobre ella, y tomó un vaso de agua del estante que había sobre el cabecero.

—Tenga, tómeselas. Probablemente sentirá más dolor antes de que empiece a mejorar.

No solía tomar analgésicos, pero algo le decía que Brad sabía mucho de lesiones. Se incorporó sobre un codo para tomarse las dos pequeñas pastillas blancas y luego se las tragó con un buen sorbo de agua.

Brad le retiró el vaso y ella volvió a acomodarse sobre él.

—Seguiré sujetando el hielo hasta que se duerma —murmuró—. Cierre los ojos.

Aquello resultaba tentador.

—¿Y si usted también se queda dormido?

—Entonces el golpe que me dé cuando caiga al suelo nos despertará a los dos y tendrá que sujetar el hielo contra mi trasero.

La idea de sujetar algo contra aquellos músculos le provocó una sonrisa, pero no estaba de humor para mantener una conversación. Se acurrucó contra él y cerró los ojos. Sintió el calor de su otra mano sobre la cabeza y, unos segundos después, el suave roce de sus dedos apartándole un mechón de pelo.

Probablemente pensaba que estaba dormida. Diez segundos más así y lo estaría. Quizá fuera la medicina o el dolor, el caso fue que no pudo evitar que una lágrima se le escapara por las delicadas caricias de Brad. Pero mientras no viera su rostro, era libre de disfrutar de su roce y dejar correr todas las lágrimas que quisiera.

Y eso fue lo que hizo hasta que el sueño se apoderó de ella.

Capítulo 8

Sin nadie que la despertara para participar en alguna actividad temprana como aprender tiro con arco o ver amanecer desde un globo, Sera durmió hasta tarde.

Tan pronto como se había quedado dormida, Brad había llamado para cancelar la actividad de la mañana y pedir que les llevaran a la habitación el desayuno en vez de acudir al restaurante. Fuera lo que fuese que la señorita Independencia tuviera en mente para ese día, se iba a llevar una decepción. Iba a quedarse en la habitación y él con ella para asegurarse de que cooperara. Aunque le había asegurado que no se había hecho daño en la cabeza, se había llevado un buen golpe en la espalda al caer en el bordillo de la piscina.

Seguramente cuando se despertara estaría muy dolorida. Entre sus interminables sesiones de fotos, las actividades y los paseos por el desierto, no había parado desde que llegara. Claro que, después de que le contara cómo solían ser sus Navidades, estaba empezando a encontrarle sentido.

Brad cambió el peso de su cuerpo de la pierna izquierda a la derecha. Estaba al fondo de la suite de Sera y solo había salido un momento para cambiarse en su habitación, a eso de las tres de la madrugada. Desde entonces, había permanecido apartado de la cama, cumpliendo con su trabajo. El simple hecho de observarla mientras dormía lo hacía sentirse rastrero, a pesar de que sus intenciones eran buenas.

Si no hubiera sido por él, Sera no se habría lastimado. Lo que tenía que haber hecho nada más verla salir de su suite era haberla mandado de vuelta dentro o haber puesto alguna excusa y haberse marchado. Lo que no debería haber permitido era que le hiciera preguntas, ya que le había hecho llegar al convencimiento de que mantener una relación cordial con los clientes era más conveniente que mantener una fría distancia profesional. ¿Acaso no había aprendido en El Cairo que no era así?

Oyó un gemido que provenía de debajo de la colcha. Había bajado la temperatura de la habitación para que se acurrucara bajo aquel edredón y cayera en un profundo sueño. Lo primero que asomó fue su pelo revuelto y luego sus ojos con el maquillaje corrido.

—Buenos días —dijo él rápidamente para que supiera que estaba en

la habitación—. Pensé que no iba a despertarse.

Mentira. Había estado sentado allí en silencio, confiando en que durmiera hasta tarde. La única razón por la que había corrido las cortinas era para que la luz la despertara, ya que en quince minutos les traerían el desayuno. Casi era la hora de comer.

—Espere…

Se acercó a ella y apiló las almohadas de la misma manera que la noche anterior. Pero ella se opuso, impidiéndoselo con las manos.

—Necesito… —dijo señalando hacia el cuarto de baño.

Entonces, Brad apartó todas las barreras para que pudiera salir fácilmente de la cama. Al poco rato, cuando salió del baño, se había peinado y lavado la cara.

Estaba guapa, pero no podía decírselo.

Sera entornó los ojos por la brillante luz que invadía la suite.

—¿Qué hora es?

—Hora de comer algo. La comida llegará en cualquier momento.

Se estaba poniendo la bata cuando llamaron a la puerta. Allí estaba el desayuno, y también su guía. Eric no pareció sorprenderse al encontrar a Brad allí con ella.

—Me he enterado de su caída —dijo entrando detrás del camarero, que enseguida dispuso el desayuno en el comedor de la terraza—. ¿Está bien?

—Lo estaré.

Sera esbozó una sonrisa forzada y Brad pensó que le vendría bien otra dosis de analgésicos.

—Ha sido buena idea cancelar la excursión en coche por las dunas. Dos horas de traqueteo subiendo y bajando no le habría resultado divertido. Aunque se habría distraído haciendo fotos.

—Espero poder hacer esa excursión otro día. Me apetecía mucho.

—Cuando quiera. Me encanta recorrer las dunas.

—Gracias por venir a verla —dijo Brad cuando la conversación decayó.

—Lo cierto es que he venido por otro motivo —anunció Eric, despertando el interés de ambos—. Traigo una invitación.

Brad se puso rígido.

—¿De quién? —preguntó Sera, dando un paso al frente.

—De Salim, el guía de los camellos.

Sera miró un instante hacia Brad.

—Vaya, qué inesperado.

Eso era lo que su tío le había murmurado la noche anterior en el desierto. Una reunión familiar. Pero invitar a un cliente, a esa cliente… ¿En qué demonios estaba pensando?

—Escuche —dijo Eric, mirando de soslayo al camarero y bajando la voz—. Salim es un buen hombre. Puede meterse en problemas por

esto, pero en la cultura beduina una invitación es algo muy importante. Así que le he prometido que se la traería yo personalmente para mantener la discreción. Salim adora lo que hace y los huéspedes de Al-Saqr disfrutan con las actividades que organiza. Si lo expulsaran, todo el mundo saldría perdiendo, empezando por su familia.

—¿Me está pidiendo que guarde el secreto? —preguntó Sera, mirando a Brad de nuevo.

—Yo… Sí, supongo que sí. Puedo avisar en recepción que esta noche va a ir a Kafr Falaj. Yo mismo puedo llevarla al campamento de Salim y traerla de vuelta.

El problema era que Aqil sabía que Sera no podía salir de los límites de Al-Saqr sin riesgo a ser deportada.

—Eso no será necesario —dijo Brad—. Sera está demasiado dolorida para asistir.

—No estoy tan dolorida como para no poder sentarme en un todoterreno e ir a cenar —argumentó ella indignada—. No creo que vaya a mandar camellos para recogernos —añadió y de repente consideró que esa idea era posible—. ¿O sí?

—Sera, no lo conoce…

—Para eso son las invitaciones a cenar, para conocer a la gente.

—La hospitalidad beduina es inigualable —intervino Eric—. Es la manera en que tradicionalmente las tribus han intercambiado información y así prosperar. Lo llevan en el ADN. Es todo un honor ser invitado.

Brad sabía muy bien lo que estaba pasando. Su tío tenía muchos contactos en el resort y hasta sus oídos debía de haber llegado las cenas que había compartido con Sera y el asunto de dormir en su terraza. Era evidente que estaba buscando la oportunidad de comprobar por sí mismo que todo iba bien.

—Por favor, dígale que lamentamos…

—Me gustaría ir, Eric. Gracias —dijo Sera interrumpiendo a Brad—, pero no puedo salir de Al-Saqr, así que siento tener que declinar la invitación.

Parecía contenta de haber encontrado la forma de poner fin al dilema, pero no había quedado resuelto.

El rostro de Eric se iluminó.

—Salim es uno de los sabios de la tribu Bani Khalid. Sus tierras abarcan estos desiertos, así que tiene derechos sobre ellas.

Sera se giró confundida hacia Brad.

—El campamento de Salim está dentro de los límites —le explicó y suspiró.

—Bueno, entonces dígale a Salim que será un honor asistir —dijo Sera sonriendo.

—Sera…

—No tiene que venir si no quiere, Brad.

—Mi cometido es protegerla.

—Bien. Estoy segura de que será bienvenido. Yo responderé por usted —añadió divertida.

El camarero regresó de la terraza y le hizo una señal a Eric para indicarle que el desayuno ya estaba servido. Unos instantes más tarde, Sera y Brad se quedaron a solas en la suite.

—¿Por qué ha dicho que sí? —preguntó él cuando pasó a su lado en dirección a la terraza.

Ella se volvió, fingiendo sorpresa.

—Porque un sabio beduino me ha invitado a cenar y no creo que la oportunidad vuelva a repetirse nunca.

—¿No será que quiere husmear un poco más en mi familia?

—Vaya, alguien se cree muy interesante —murmuró.

—Sera…

—Relájese, Brad. Estará a salvo. Una tribu entera lo protegerá de mi infinita curiosidad.

Sera colocó un cojín en su asiento y se sentó encima.

—Eso no es lo que me preocupa.

No podía contarle qué era lo que realmente le preocupaba. Verla inmersa en la vida de su familia era una manera de romper su determinación de mantenerse alejado de ella.

—Su secreto está a salvo conmigo, si es eso lo que le preocupa. Además, creo que rechazar la invitación habría llamado más la atención, ¿no le parece?

—Los beduinos se conocen todos, Sera. Todo lo que hago le afecta a mi tío y viceversa. Es solo que no quiero que se crucen ciertos límites. No me gusta esto.

Eric tenía razón en una cosa. Una invitación era algo muy serio. En cuanto tuviera la oportunidad, llamaría a su tío y averiguaría qué estaba pasando. Quedaban siete horas para que Sera descubriera lo dolorida que estaba realmente. Quizá el sentido común la hiciera entrar en razón. Claro que también podía surgir una isla en mitad del desierto.

***

En aquella época del año, el sol se ponía a las cinco de la tarde, pero de camino al campamento de su tío había suficiente luz como para distinguir el puñado de jaimas que conformaban el campamento, con sus altos techos tejidos y sus frentes abiertos. Con el sol poniéndose, las sombras de las jaimas proyectadas sobre las dunas hacían que el conjunto pareciera una maqueta.

—¿Vive aquí la familia de Salim? —preguntó Sera, levantándose de su asiento para ver mejor—. ¿En el desierto?

—Algunos beduinos se han integrado en la cultura moderna —dijo Brad, frotándose el cuello—. Otros se niegan. La tribu de mi tío combina las dos posturas. Trabajan y se ganan la vida gracias a la sociedad contemporánea, pero pasan todo su tiempo libre aquí en sus tierras. Hoy ha sido el día de descanso de mi tío y sus hermanos, así que se han venido tan pronto como han podido. Aquí es donde más a gusto se sienten.

Media docena de hombres con turbantes y sandalias merodeaban por la jaima más grande, mientras que, alrededor del campamento, había docenas de niños y niñas jugando.

—Normalmente, las mujeres beduinas de más de dieciséis años se retiran a una de las tiendas cuando vienen extraños, pero en ocasiones especiales se unen. Mi tío cree que no voy a perderla de vista, así que esta noche estarán todos juntos. Es prácticamente una fiesta —dijo Brad y, al ver su expresión, rápidamente añadió—: No sienta lástima por ellas. Aaliyah dice que la conversación de los hombres es aburrida comparada con la de la jaima de las mujeres. No creo que se den prisa en aparecer, excepto que quieran conocerla y saciar su curiosidad.

—¿Aaliyah?

—Mi prima.

—¿Cuántos hijos tiene su tío?

—Siete, tres hijas y cuatro hijos.

Sera volvió la vista hacia el campamento y sintió que el corazón se le encogía. ¿Cómo habría sido ella de haber tenido tantos hermanos?

—Son muchas bocas que alimentar.

—La familia lo es todo en la cultura beduina. Los lazos de sangre se protegen con ferocidad.

El todoterreno traqueteó por el camino de arena y finalmente se detuvo entre las dunas, en el centro del campamento de Salim. El propio Salim salió a recibirlos con los brazos abiertos.

—Si alguien le da algo, tómelo —murmuró Brad mientras se quitaban el cinturón—. Y coma todo lo que le pongan delante.

—Bienvenidos, amigos.

Salim le ofreció la mano a Sera para ayudarla a bajar. Parecía un hombre completamente diferente al que había conocido durante el paseo a camello de la noche anterior. Era evidente que estaba al mando.

—Siento lo de su caída. Intentaremos que se sienta a gusto entre nosotros.

—Gracias por invitarme, Salim. Es un honor.

Brad se apresuró a rodear el todoterreno y llegó junto a Sera en el momento en el que ponía el pie en el suelo.

—Usted también es bienvenido a mi hogar, señor Kruger.

—Ahórrate la saliva, tío. Ya lo sabe.

—¿De veras? Bueno, eso facilita las cosas para todos. No me fiaba mucho de tus primos más pequeños —dijo y se volvió hacia Sera—. No saben ni guardar sus propios deseos.

—Venga, le presentaré a mi familia, señorita Blaise.

—Por favor, llámeme Sera.

Era toda una novedad ser el centro de atención, pero no por ser quien era o por quien era su padre. Varias docenas de ojos oscuros y curiosos seguían cada uno de sus movimientos y los de Brad. De pronto, una joven muy bella se acercó.

—Es mi hija mayor, Aaliyah —dijo Salim—. Ella hará de traductora para los miembros de la familia que no hablan su idioma.

A lo lejos, un puñado de mujeres salió de una jaima, vestidas con chilabas oscuras, y se acercó al grupo. Aaliyah estaba espectacularmente vestida con capas de telas verdes y azules. Llevaba un velo cubriéndole su pelo negro y recogido bajo su barbilla. Eran dos generaciones de mujeres beduinas, tres incluyendo las niñas, cada una con un aspecto muy diferente.

¿Lamentaba Salim aquellos cambios en su cultura o los aceptaba con la misma naturalidad que los cambios en las arenas que los rodeaban?

Los siguientes veinte minutos fueron un trasiego de caras y nombres que nunca recordaría mientras se dirigían desde el todoterreno a la jaima principal. Estaba cerrada a los lados y abierta por el frente y la parte trasera, para permitir la circulación del aire. Unas enormes alfombras colocadas directamente sobre la arena, creaban un suelo suave y confortable. Cinco mesas bajas rodeadas de cojines llenaban aquel espacio.

Todo resultaba muy acogedor.

Un buen puñado de cojines había sido preparado para ella y su coxis dolorido, y se sentó agradecida. No había vuelto a tomar analgésicos desde por la mañana. Una mujer completamente cubierta se acercó y le puso un pequeño tarro entre las manos, murmurando unas palabras en árabe que Aaliyah le tradujo.

—Mi madre desea que use esto en su zona dolorida. Le aliviará el dolor mientras esté aquí con nosotros esta noche.

Tras un intercambio de gestos, Sera comprendió lo que la mujer quería que hiciera: darse el ungüento allí mismo. Aaliyah y su madre se acercaron para hacer de pantalla y que pudiera aplicárselo discretamente.

—*Mukhaddir*…

Sera abrió el bote y con un par de dedos tomó un poco. Luego, deslizó la mano bajo la camisa, separó un poco la cintura del pantalón

y se untó aquella mezcla en la base de la columna vertebral. Al principio, lo único que sintió fue un cosquilleo placentero, pero tras unos minutos, empezó a surtir pleno efecto.

—Está hecho con *ruta* y pulpa de granada —le explicó Aaliyah mientras Sera suspiraba de alivio—. Mi familia solo usa medicinas naturales, lo que nos da la naturaleza.

Debía de ser toda una proeza encontrar algo en aquellas montañas arenosas.

—Por favor, dile a tu madre que le estoy muy agradecida.

Miró a su alrededor en busca de Brad y lo vio rodeado de los miembros masculinos de la familia de Salim, todos hablando a la vez. Al cruzarse con su mirada, se apresuró a acercarse a ella.

¿Seguía preocupado por su seguridad, incluso allí con su familia?

—¿Está bien? —susurró ella.

Brad se sentó a su lado, aceptando la invitación de Salim. Al momento, les sirvieron unas bandejas de manjares deliciosos y una jarra de zumo recién hecho.

—Estoy bien —mintió.

Al instante se sintió culpable por haberlo obligado a ir, por incluirse en aquel apartado de su vida sin ningún derecho a hacerlo. Disimulando entre los cojines, alargó la mano y rozó suavemente la suya a modo de disculpa. Él la apartó.

Sera se irguió y disimuló su rubor observando los intentos de Aaliyah de reunir a todos los niños en otra jaima para pasar la noche. Desde donde estaban sentados, Sera tenía una vista excelente del desierto, mientras los últimos rayos de sol iluminaban la arena. No tardó mucho en aplacar su orgullo herido.

Tan pronto como el sol desapareció, una docena de braseros devolvieron la calidez a la jaima. Unas antorchas se encendieron fuera y uno de los familiares de Salim empezó a tocar un instrumento de cuerda. Aquella era la música perfecta para acompañar la conversación. Aaliyah fue traduciendo las preguntas de Sera y las respuestas de su familia. Después, le explicó cada plato que les traían: un aperitivo hecho con leche de camello y canela, bandejas con carne de cordero y antílope, y el aromático café especiado con cardamomo que constantemente les servían.

—Mi familia se dedica a criar camellos y caballos principalmente —le explicó Brad—. Así se ganan la vida. Salim es conocido por su talento con los caballos difíciles.

—Tiene que montar uno de mis caballos árabes —anunció Salim en voz alta—. Yo mismo elegiré uno para usted.

Miró a Brad, que la estaba observando, y de pronto recordó que no debía cometer ningún error, por nimio que fuera. No quería dañar la buena relación entre tío y sobrino.

—Me encantaría —repuso Sera sonriendo—. En cuanto pueda sentarme sin sentir dolor.

—Le buscaremos uno tan bonito y valiente como usted —dijo Salim con una expresión tan impenetrable como la de su sobrino—. ¿Estás de acuerdo, Bradley?

Brad parecía haberse quedado sin palabras ante el comentario de su tío.

—Desde luego.

Sera se recostó sobre los cojines, perpleja ante la reticencia de Brad de hacerle un cumplido, pero más sorprendida aún al ver una expresión de picardía en los ojos de Salim.

Durante la siguiente media hora, los hombres se pusieron a hablar de las virtudes de los todoterrenos y después salieron a ver los que habían adquirido recientemente.

—La manera de llegar al corazón de un hombre es a través de su vehículo —dijo Aaliyah mientras observaban a los hombres marcharse —. Hubo un tiempo en que eran los camellos, cuando nuestras vidas dependían de ellos y no de máquinas.

La idea de quedarse atrapada en aquellas arenas sin una manera de atravesar el desierto no resultaba sugerente. La arena y el sol podían disecar a cualquiera en un día.

Los hombres regresaron y se sirvió más comida, esta vez una deliciosa carne en pan de pita, y se retomó la conversación. Aunque Aaliyah se esforzó en irle traduciendo, al rato se limitó a hacerlo cuando hablaban a los invitados o acerca de ellos. Eso le dio a Sera la oportunidad de relajarse y observar el ambiente.

—Su familia es increíble —dijo—. Nunca he estado en algo así. Hay tanta…

«Complicidad, cariño…».

—¿Comida? —propuso Brad.

Al instante, le acercaron algunas bandejas más. Sera dejó de preguntar qué era cada cosa y se limitó a disfrutar de aquella inmersión cultural. Confiaba en que Brad impediría que comiera algo de lo que luego se arrepintiera.

Confianza. La idea la pilló por sorpresa, pero sí, ahí estaba. Confiaba en él para su seguridad, para su alimentación y para sus huesos rotos. Aunque no supiera mucho de Brad Kruger, a lo largo de las últimas veinticuatro horas, se había establecido entre ellos confianza. Al menos, por su parte.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja a Brad al aparecer otra fuente ante ellos.

—Es *fagah*, una especie de trufa del desierto. Dicen que se forman durante las tormentas eléctricas, cuando hay rayos. La electricidad produce alteraciones en el ambiente y en la arena, y así es como se

forman los *fagah*. Cuantas más tormentas, mayor es la cosecha.

Era imposible no sentirse seducida por su voz queda y sus evocadoras palabras.

—A los niños les gusta competir para ver quién encuentra los más grandes —continuó, acercándose más a ella para hacerse oír—. Escarban entre las fisuras de la arena hasta que descubren la joya del desierto. El *fagah* es un modo que tienen los beduinos de obsequiar a sus invitados.

Aquellas descripciones se convirtieron en imágenes en su cabeza, y deseó salir y ponerse a escarbar ella misma, además de quedarse allí para siempre.

—Qué bonita leyenda —dijo ella tomando el tenedor—. Y qué comida tan deliciosa.

—Esta cultura tiene muchas cosas buenas —replicó, manteniendo su mirada.

En un momento dado, Salim murmuró algo a Aaliyah, que se levantó y se fue al fondo de la jaima en donde otra mujer la esperaba. Juntas se sentaron en una alfombra al lado del músico mientras un joven adolescente se les unía con una flauta. Lo que siguió fue una bonita melodía de cuerda, viento y dos voces, que no necesitó de traducción para que Sera se quedara embelesada.

Después, Salim se levantó y empezó a hablar en beduino, con voz profunda y resonante. Sin Aaliyah a su lado, no tuvo traducción, pero la cadencia del discurso hacía adivinar que se trataba de un poema.

Siguieron más historias y más música. Aaliyah regresó en el momento en que Salim narraba una historia acerca del origen de su tribu y de cómo el desierto se había convertido en el hogar de los beduinos.

Brad rozó la mano de Aaliyah y se hizo cargo de la traducción, acercándose al oído de Sera para no molestar a Salim en su alocución.

—Ahora está hablando del código de honor beduino —susurró Brad —. Es la base de todo su sistema social y judicial.

Sera sintió que se le erizaba el vello de la nuca y miró de reojo a Brad, cuya mirada estaba puesta en su tío. Sus ojos oscuros resplandecían con respeto y cariño. Luego, se quedó estudiando su mentón, sus labios,…

Al terminar su discurso, todos los presentes aplaudieron a Salim. Luego, se acercó a Brad y le dijo algo en voz baja.

Brad se levantó y entrelazó el brazo derecho de su tío con su izquierdo. El gesto resultaba muy varonil, a la vez que afectuoso.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Sera a Aaliyah.

—*Ibn'amm* significa «hijo de mis tíos». Está reconociendo a Brad como miembro de la familia e hijo de beduinos.

Los ojos de Brad brillaron de la emoción mientras los dos hombres

se fundían en un abrazo. Todos a su alrededor rompieron en vítores. Pero a Sera le resultaba imposible unirse a ellos. Nunca había conocido tanto amor y se sintió apenada.

Sacaron los narguiles y el aroma de la esencia de manzana del tabaco invadió la jaima. Después se sirvió el café.

Sin que ella se percatara, Salim debió de hacer una señal porque enseguida todos dieron por concluida la velada. Brad la ayudó a levantarse y de repente todo fueron despedidas. Sera tomó el bote con el ungüento y una alfombra del mismo estilo que el de las jaimas que le habían regalado. Aaliyah le entregó su pañuelo.

—Lo único que proporciona más placer a los beduinos que tener cosas bonitas, es regalarlas —le explicó—. Nuestro mayor orgullo es compartir nuestra hospitalidad.

Luego, condujeron de vuelta por las dunas, bajo la luz de la luna.

—Ha sido una noche extraordinaria —dijo Sera, rompiendo el silencio—. Su tío tiene madera de político.

—Es un insulto dar una orden a un beduino, así que Salim ha conseguido un delicado equilibrio entre diplomacia y generosidad, y ha sabido ganarse el respeto de su gente.

—Y de su sobrino.

—Es imposible no hacerlo. Es un hombre progresista a pesar de lo tradicional que es su cultura. Para él los hijos son recursos y no ve razón para no dar una educación a sus hijas. Aaliyah es un buen ejemplo de la sabiduría de Salim. Ha heredado el mismo talento que su padre para los caballos.

—Es evidente que hay buenos genes en la familia —comentó Sera—. Gracias por llevarme, Brad.

—No la he llevado, Sera. No ha sido una cita.

—Sí, lo sé. Pero me ha dejado ir.

—La invitaron a usted y yo no soy quién para decirle si puede ir o no. No soy su cuidador.

Sera se giró lentamente para mirarlo. ¿Por qué de repente se mostraba tan distante?

—No, claro que no. Brad, ¿qué pasa? ¿Por qué actúa de forma tan extraña desde que Eric me trajo la invitación de Salim? ¿Está enfadado porque acepté?

—No pasa nada, Sera, no estoy enfadado.

—¿Entonces?

—Son mi familia. Se ha mezclado con mi familia sin pararse a pensar.

—Su tío me invitó. Si no quería que fuera, habérmelo dicho.

—Estoy convencido de que se lo dije.

—Ni que fuera una acosadora. Ha sido una invitación para cenar, Brad, eso es todo.

—No debía haberse mezclado en mis asuntos personales.

—Entiendo que según las normas beduinas de educación, no ha podido impedir que su tío me invitara, pero no es culpa mía que lo hiciera.

—Usted aceptó, a pesar de que sabía que quería mantener una relación profesional entre nosotros.

—Venga, por favor… ¿Qué piensa que voy a hacer con esta familiaridad que ha surgido entre nosotros?

—Soy un buen profesional, Sera. No me gusta intimar con los clientes.

—No deja de decir eso. Estoy empezando a preguntarme a quién quiere convencer.

Brad apretó los labios y mantuvo la vista fija en la carretera.

Sera se dedicó a estudiar desde su ventanilla el oscuro desierto, sintiéndose cada vez más humillada. Solo había pretendido vivir de cerca la cultura. Además, habría sido descortés rechazar la invitación. Al menos, eso era lo que se había dicho. Pero las palabras de Brad le habían caído encima como una losa.

¿Tan deseosa estaba de pertenecer a algo o a alguien que se había inmiscuido en su mundo?

—Lléveme a casa —le pidió.

Apoyó la mejilla en el frío cuero del asiento y se quedó mirando la belleza del desierto por la noche.

Curioso que pudiera considerar un país tan lejos del suyo su casa.

Capítulo 9

Brad detuvo el todoterreno en la entrada de Al-Saqr y se bajó para abrirle la puerta, pero ella salió antes.

—Quiero volver andando a mi suite —dijo Sera sin esperar respuesta, y se puso en marcha.

Brad adoptó su posición habitual y la siguió detrás y a su izquierda, convirtiéndose en una sombra más de la noche. Volvía a ser un profesional, a pesar de haber estado charlando y riendo, de haber compartido algo especial durante la velada. Al menos, así había sido para ella.

Cuando llegaron a su suite, él abrió en silencio y luego se apartó para dejarla pasar. La habitación estaba iluminada suavemente con las luces de las hornacinas que los empleados del hotel habían dejado encendidas. Las cortinas difuminaban la claridad, dándole un ambiente cálido a la estancia, además de romántico. Después de la conversación que habían tenido un rato antes, ¿pensaría que había sido idea suya para seducirlo?

—Voy a tomar un café en la piscina —dijo ella—. Creo que a mi espalda le vendría bien un baño caliente.

—Entonces, ahora mismo vuelvo.

Sera preparó café antes de meterse en el cuarto de baño y ponerse el bañador. Cuando salió a la terraza, con el café en la mano, Brad ya estaba allí, en bañador y camiseta.

—Parece que esta noche va a hacer frío —comentó ella mirándolo.

De repente se sentía cohibida. Aunque ya la había visto en la piscina muchas veces, el simple hecho de quitarse el albornoz ante él le parecía la danza de los siete velos. ¿La acusaría de hacerlo demasiado provocativamente?

—No hace falta que siga durmiendo aquí, Brad —dijo al verlo dejar sus cosas en la tumbona que hacía las veces de cama—. No voy a salir de expedición nocturna sin avisarlo, ya he aprendido la lección.

—No se trata de eso. Desde aquí puedo responder mejor.

—¿A qué? —preguntó ella, probando la temperatura del agua con el pie—. ¿A un intento de asesinato, de secuestro? Creo que a estas alturas, ya me he ganado un poco de confianza.

¿Qué demonios tenía que hacer para ganarse el respeto de hombres como Brad o su padre?

—Estoy bien aquí fuera.
—¿Y si insisto? ¿Y si le ordeno que vuelva a su habitación?
—Me resultaría sospechoso por qué quiere quedarse sin protección. Y si me voy, no estaría haciendo mi trabajo.
—Como quiera.
Se quitó torpemente el albornoz y lo dejó a un lado.
El agua le llegaba por el cuello, cuando oyó que él también se metía.
—Si vuelve a caerse, puede que acabe con algo más que unos cardenales.
Se dio la vuelta para mirarlo. Se había colocado en el escalón más bajo de la piscina, a una distancia prudencial de ella.
—Creo que puedo arreglármelas para flotar en la piscina sin que me pase nada.
Él se encogió de hombros y ella intentó no fijarse en cómo el agua se deslizaba por su piel.
—Ahora estoy dentro.
Sera apoyó los codos en el borde de la piscina de tal manera que se quedó flotando, y estiró sus músculos doloridos.
—Si va a quedarse, quisiera hablar de lo de esta noche.
—No me apetece especialmente, pero si hay algo que quiera comentar, adelante.
—Antes me dio a entender que era una especie de acosadora simplemente por haber aceptado la invitación de su tío. Como si pretendiera inmiscuirme en su vida a propósito.
—¿Acaso no es así?
—Fui no porque fuera su familia, Brad. Lo hubiera disfrutado igual si hubiera sido la familia de Aqil o de cualquier otra persona.
—Pero no era otra, sino mi familia.
—Pensé que durante las últimas semanas nos habíamos hecho amigos y que al menos nos concederíamos el beneficio de la duda.
—No somos amigos, Sera. No es así como funciona.
—Desde mi punto de vista, estaba funcionando bien.
—No desde el mío —dijo él caminando hacia el centro de la piscina —. A mí no me funciona. Me distrae de mi trabajo.
—¿Cómo? No ha pasado nada. Está haciendo muy bien su trabajo.
—Lo he visto en otras ocasiones, Sera. El afecto es una distracción emocional. No necesito complicaciones.
—¿Complicaciones? —repitió ella, tratando de no mostrarse celosa.
—Querida, usted solo trae complicaciones.
Se abrió una puerta a la esperanza. Aquellas palabras no eran las de un hombre impasible. Se dio impulso en la pared de la piscina y se dirigió hacia él.
—Hábleme de ella —dijo tocando con los pies los baldosines del

suelo.
—¿De quién?
—De quien sea que tanto le afectó. ¿La relación terminó mal?
—¿Otra vez pretende inmiscuirse en mi vida privada?
—Solo quiero llegar a comprenderlo.
Brad puso los ojos en blanco, pero no parecía molesto. Parecía estar buscando algo, tal vez una vía de escape. ¿Por qué no me deja hacer mi trabajo? ¿Por qué no puede ser una cliente normal y respetuosa?
—No soy normal, Brad. Creo que eso ya lo habíamos hablado —replicó ella desafiante, manteniéndole la mirada—. ¿Quién era ella?
—No era una mujer.
—¿Un hombre entonces?
—Un niño —le corrigió enseguida—. Matteo, el hijo de siete años de una familia diplomática a quien fui asignado en Egipto. Nos hicimos amigos, era una especie de hermano mayor para él.
—¿Qué pasó?
—Sufrió. Me pilló fuera de juego.
—¿No se dio cuenta de algo?
Era difícil de imaginar. Siempre estaba muy atento.
—No. Sus padres trabajaban en la embajada, y contaban con su propio contingente de seguridad. Eso suponía que la mayoría del tiempo estaba con Matteo. Lo llevaba al colegio, al parque…
—Pasaba mucho tiempo con él.
Él asintió.
—Siempre hay riesgo de encariñarse cuando hay un contacto tan diario. Era un buen chico. Me admiraba como si fuera un superhéroe.
El afecto que se adivinaba en su mirada hizo que se lo imaginara como padre. Rápidamente Sera apartó aquel pensamiento de la cabeza.
—Está hablando de él en tiempo pasado.
—Cuando las cosas se pusieron feas, la ONU sacó a sus diplomáticos de allí, pero no a sus fuerzas. Nos quedamos para proteger los edificios evacuados.
—¿Así que tuvo que despedirse de Matteo?
—No me había dado cuenta de lo mucho que se había encariñado. Cuando llegó el momento de marcharse, no quiso hacerlo. No quería dejarme allí en peligro y las órdenes me impedían marcharme con ellos. Así que salió corriendo para evitar que el coche arrancara, justo en el momento en que los rebeldes se empezaban a arremolinar en la embajada.
—Oh, Brad…
Brad adivinó lo que estaba imaginando y rápidamente la corrigió.
—No, lo encontré. Tuve que meterlo por la fuerza en el todoterreno, a pesar de sus gritos. Tuve que hacerle daño, Sera. Fue…

—¿Pero sobrevivió, verdad?

—Un minuto más y no lo habría logrado. El tiroteo empezó. Tardé una semana en confirmar que toda la familia había logrado salir del país. Pensé que los habían matado a todos.

—Pero no fue así.

Su respiración tardó unos segundos en volver a la normalidad.

—No importa. Aquel día aprendí la lección. Las normas existen por una buena razón.

Se puso de pie en la piscina, dejando que el vapor escapara de su piel. Sera recordó cómo le había acariciado el pelo la noche anterior hasta quedarse dormida.

—Dudo que Matteo estuviera de acuerdo con eso. Yo me crié sola.

—Sera, solo porque aquellas personas mantuvieran una distancia profesional no significa que no se preocuparan por usted.

—La gente no puede ignorar sus sentimientos.

—Pueden evitar mostrarlos.

—¿Le gustaría haber hecho eso con Matteo? —preguntó ella después de unos segundos, acercándose a Brad—. ¿Es eso lo que está haciendo conmigo?

Él se apartó un par de pasos.

—Déjelo, Sera.

¿Acaso no se daba cuenta de lo difícil que era aquello para ella?

—No le veo salir de la piscina.

—Mi trabajo…

—Es quedarse en un rincón de la terraza y estar atento al entorno, lo sé —lo interrumpió—. Pero aun así, aquí está, en la piscina, observándome.

—Eso es fácil de remediar.

Pero antes de que pudiera moverse, lo había acorralado, bloqueándole la salida con su cuerpo. Como a cualquier otra criatura del desierto, no le gustaba sentirse acorralado.

—¿No acepta un no por respuesta, verdad, Sera?

Ella se mantuvo en su sitio, a pesar de que sintió su cuerpo estremecerse. El instinto la hacía avanzar, un instinto que normalmente ignoraba.

—¿O es que pretende demostrar a todos lo que pasaron por su infancia lo equivocados que estaban?

—¿A qué se refiere?

—A que piensa que se merecía su afecto.

—¿Acaso cree que no?

—No, no es eso lo que digo. Por supuesto que se merecía su cariño.

—¿Y el suyo no?

—No soy especial, créame.

—¿Cree que pretendo exorcizar un poco de mi infancia flirteando

con usted?

—Creo que tiene que ser sincera con lo que está proponiendo.

—¿De veras tengo que explicarlo?

Brad ya no podía dar un paso más atrás en la piscina. Sera lo rodeó con sus brazos por los hombros y él la atrajo para acercarla a sus labios.

—¿De veras tengo que explicar lo harta que estoy de luchar contra esto que ha surgido entre nosotros? —murmuró ella.

—Sera…

—Nunca he sentido una atracción así por nadie —confesó.

Ella inhaló junto a su boca, consciente de cómo cada parte de su cuerpo se acoplaba al de él. Unió sus labios a la comisura de su boca, pero él permaneció inmóvil, como una estatua de piedra.

—¿Tienes idea de lo difícil que es para mí abrirme así o de lo doloroso que resulta que te apartes?

Se quedó así un momento más antes de empujarse contra su pecho para apartarse y volver al agua.

—Si alguno de nosotros tiene que ser sincero con sus motivaciones —dijo ella mientras se dirigía a los escalones—, no creo que sea yo.

Tenía el pie en el escalón del medio y, antes de que pudiera subir al siguiente, unos fuertes brazos la rodearon por la cintura y tiraron de ella hacia la piscina. Sintió el agua en su rostro, pero Brad no estaba dispuesto a dejar que se ahogara. Además, para ahogarse, tenía que tragar agua y tenía los labios sellados por los de él.

—No me estaba apartando por ti, sino por mí, Sera, para detenerme —dijo sin soltarla.

—Era yo la que estaba saliendo de la piscina —le recordó ella.

—Lo sé.

De nuevo, Brad buscó sus labios y esta vez se sincronizaron a la perfección, robándole la respiración. Incluso el cosquilleo de su barba le resultaba excitante. Ya fuera por la fuerza con la que la estrechaba entre sus brazos o por el sabor de su boca o por aquel beso interminable, Sera empezó a ver manchas negras. Se apartó y respiró hondo. En cuanto hubo recuperado el aliento, volvió junto a él. Brad tomó su rostro entre las manos y volvió a besarla. Sera estrechó su cuerpo contra el de él, imaginando cómo sería retozar con él en aquella enorme cama y sentir su peso sobre ella. El pecho de Brad subía y bajaba al compás de su respiración agitada. Al cabo de un rato, se echó hacia atrás para poder hablar.

—Eres una mujer inteligente, creativa, guapa —dijo junto a su piel, antes de apartarla un poco más—. Y yo me lo voy a perder.

Sera tardó unos segundos en encontrar sentido a sus palabras.

—Vete dentro, Sera.

¿Sola?

Entonces entendió lo que estaba ocurriendo. La había besado, pero el momento ya había pasado. Volvía a encerrarse en su caparazón.

Las mismas sensaciones que había sentido de niña al ser rechazada, volvieron a aflorar. Sentía ganas de discutir, de gritar, de suplicar e incluso de deslumbrar. Pero ya de niña había acabado harta de mostrarse encantadora y no estaba dispuesta a humillarse a esas alturas.

Ya lo había hecho echándosele encima.

—Como ya te he dicho, creo que ya es hora de que vuelvas a dormir en tu habitación. Te prometo que no saldré de mi suite.

—Sera, escucha…

Ella se cruzó de brazos. De repente sintió frío a pesar de la calidez del agua de la piscina.

—Te ordeno como cliente que vuelvas a tu habitación ahora mismo. ¿O tengo que llamar a tus superiores para que te lo ordenen ellos?

Un puñado de emociones asomaron a sus ojos: lástima, arrepentimiento, confusión… Y finalmente, conformidad. Por encima de todo era un profesional.

—¿Estarás bien?

—Si hay algo que sepa hacer bien es recuperarme rápidamente —respondió ella, haciendo un esfuerzo por reunir toda la fuerza que le quedaba.

Había vivido muchos momentos como aquel a lo largo de su vida cada vez que había acercado a alguien.

Salió de la piscina, se envolvió con el albornoz y volvió al interior de su suite goteando agua. Necesitaba apartarse de Brad, de sus opiniones y de su tristeza, antes de que se sintiera realmente avergonzada.

En cuanto cerró la puerta y corrió las cortinas, dejó caer el albornoz al suelo y se fue derecha al baño, acariciándose los labios. Luego se metió en la ducha, abrió el grifo del agua caliente y se quedó allí hasta que se le pasó el frío.

El agua arrastró sus lágrimas de humillación y, cuando empezó a sollozar, se metió en la boca una pequeña toalla para evitar que el sonido llegara a través del silencio de la noche al hombre de la suite de al lado.

Capítulo 10

El convoy de todoterrenos de Al-Saqr subió a lo alto de una duna, la más alta que se podía divisar fuera de la zona protegida, mientras que el sol naciente bañaba con su luz espectacular todo el desierto. Era uno de los paisajes más bonitos que Brad había visto jamás.

Sera debería estar embelesada y sin parar de hacer fotos.

Eric se había esforzado en hacerle agradable la excursión, pero a pesar de los vaivenes del vehículo o de lo impresionante que fuera la vista, Sera no levantó ni una ceja. Aunque Brad no podía comprobarlo desde el asiento trasero, lo adivinó por la manera en que Eric no dejaba de observarla. Varias veces lo miró a él por el espejo retrovisor, preocupado.

Cuando el convoy de tres vehículos llegó a lo más alto de la duna más elevada y se detuvo allí para hacer una parada de media hora, al menos hizo una foto con su móvil. Aquello fue peor que no hacer ninguna. Su costoso equipo fotográfico permaneció guardado en la bolsa, en la parte frontal del todoterreno.

Debería haber aprovechado la oportunidad o haber cancelado la excursión. Las dunas serpenteaban a lo largo de todo el horizonte, pero no era eso lo que Sera estaba mirando. Solo tenía ojos para una cosa. Había un pequeño y solitario árbol en la base de aquella enorme duna. Parecía una pequeña mancha verde en medio de toda aquella arena dorada.

—¿Puedo bajar allí? —le preguntó a Eric, señalando el árbol.

Eric lo miró para pedirle permiso y Brad asintió.

—Baje por la cresta y permanezca en la sombra. La recogeremos al bajar. ¡Tenga cuidado! —exclamó Eric al verla ponerse en marcha—. Está más lejos de lo que parece.

Brad enseguida la siguió, pero ella lo hizo detenerse levantando con firmeza la mano y sin mirarlo a la cara.

—Te veré abajo —le ordenó.

Seguramente debería haberse negado. Estaban en el desierto, un lugar lleno de escorpiones, víboras y otras criaturas. Pero en aquel momento, él era el mayor peligro para Sera. Así que dejó que se marchara y ella empezó a bajar por la duna.

—Si empieza a dolerte la espalda, levanta los brazos —dijo él—. Iremos a recogerte en el todoterreno.

No dio muestras de haberlo escuchado, mientras la arena caía en cascada ante ella.

—Arranque el vehículo —le ordenó Brad a Eric—. Si pasa algo, bajaremos de inmediato. Esté preparado.

Eric obedeció y Brad se acercó al borde de la duna y clavó sus ojos en Sera, mientras bajaba la montaña de arena. Bajo el sol y sin una gorra para protegerse, empezó a sudar. Sera tardó una eternidad en bajar y finalmente llegó junto al árbol y se sentó apoyándose en su tronco.

Se sentía incómodo con Sera y solo podía culparse a sí mismo.

Había habido un montón de oportunidades de que las cosas hubieran sido de otra manera. Podía haber dejado que las autoridades la deportaran a Londres después del incidente del aeropuerto. Podía haber rechazado desde el principio sus intentos de entablar una amistad y haberse esforzado en mantener las distancias. Podía haberse apartado de ella en cada comida. No debería haber permitido que le afectara tanto.

Pero la había besado, había puesto sus manos sobre ella porque era así de idiota.

Lo único que había pretendido la noche anterior había sido borrar el dolor que había visto en su cara al apartarse de ella. ¿Acaso no se había dado cuenta de que una mujer guapa, mojada y prácticamente desnuda, con fuego en la mirada y avanzando hacia él en el agua era toda una fantasía? Eso lo había asustado en aquel momento.

Además, Sera lo había visto dudar. Besarla no había sido una buena idea, pero ¿qué clase de hombre habría sido si la hubiera dejado salir de la piscina pensando que sentía repulsa por ella?

Había puesto fin a aquel beso antes de que hubiera sido demasiado tarde y había hecho lo que mejor se le daba: replegarse.

Su error había sido permitir que Sera se diera cuenta de lo que deseaba. Lo que había sucedido después no había sido agradable.

Miró al cielo y vio el rostro de Matteo, con gesto triste y sus pequeños dedos apretados contra el cristal de un coche de la ONU, mientras el equipo de rescate lo sacaba de la embajada de El Cairo. No había aprendido nada aquel día.

—Si quieren mandar mensajes o correos electrónicos, esta es su última oportunidad —anunció uno de los guías—. Aquí arriba sí hay cobertura. En unos minutos, nos pondremos en marcha.

Sera seguía sentada al pie del árbol, abrazándose las rodillas contra el pecho. Todavía le quedaban un par de semanas allí. Y por muy fuerte que Sera pensara que era, iba a sufrir durante todo ese tiempo. A menos que hiciera aquello por lo que le pagaban: protegerla.

Brad sacó su móvil y apretó el número dos de su memoria.

Para ser un hombre grande y con una presencia imponente, Brad se las arreglaba muy bien para volverse invisible. La seguía a todas partes que su cometido le exigía, pero en cuanto anochecía, la dejaba a solas. Se quedaba apartado durante el desayuno y la comida, respetaba sus momentos de soledad en su suite y mantenía una distancia respetuosa cuando salía a dar un paseo.

—Sera… —dijo sentándose frente a ella en el restaurante, con expresión seria—. Quería que te enteraras por mí…

—¿Le ha pasado algo a mi padre?

—No, no es eso —contestó rápidamente—. Está bien.

Brad no pudo soportar su mirada y la desvió.

—Me han asignado otra misión —continuó—. Será efectivo de inmediato.

Le costaba respirar. ¿De veras pensaba que se creería su mentira, que no sospecharía de la coincidencia? No, había pedido que le cambiaran de destino para alejarse de la tensión que estaba sufriendo.

—Está muy solicitado —dijo ella, tratando de mostrarse indiferente.

—Es una buena oportunidad. Se trata de unos empresarios americanos que van a venir a conocer los yacimientos petrolíferos del jeque.

—Eso es mejor que estar haciendo de canguro.

—Sera…

—No, está bien. Es la clase de trabajo que te gusta. Enhorabuena.

Nunca antes le había costado tanto unir las palabras.

—Mi sustituto llegó hace una hora. Se está instalando en mi suite. Esta noche le pondré al día y a partir de mañana estará a cargo.

—Espero que le guste compartir cama.

—Dormiré en la terraza por última vez.

—¿En tu terraza o en la mía?

Sus ojos grises irradiaban pesar.

—No me importaría ver por última vez a nuestro órice.

«Nuestro órice». Sería patético que en adelante se despertara pronto simplemente para verlo y recordar a Brad.

Empezaba a asumir la realidad de lo que acababa de decirle. Si hubiera controlado su temperamento la noche anterior, si hubiera impedido que los sentimientos de Brad afloraran… Al comprometer su honradez profesional, se lo había puesto muy difícil para que se quedara.

¿Cómo podía haberse enfadado con alguien por actuar conforme a sus principios? Precisamente eran sus principios, su ética y su pasión, lo que más admiraba de él.

Se había quedado sin tiempo justo cuando empezaba a entender lo que habrían supuesto dos semanas más. Ahora se daba cuenta de lo

que Brad había llegado a significar para ella.

Volvería a su apartamento de Kafr Falwaj y se dedicaría a su nueva misión. Ella volvería a Londres, junto a su padre, al otro lado del mundo, y nunca más volvería a ver a Brad. Porque pedirle que mantuvieran el contacto no era una opción. Al menos, le quedaba algo de orgullo.

Se sintió impotente. Estaba asustada, pero a la vez quería mantener la dignidad. Al fin y al cabo, aquel momento de la despedida habría llegado de todas formas, aunque hubiese sido quince días más tarde. Solo porque aquel hombre la hubiera besado con tanta pasión, no significaba que deseara besarla el resto de su vida.

—Siento que tenga que venir otro en tu lugar.

«No te vayas».

Él la miró con aquella medio sonrisa tan característica suya.

—Piensa en lo que te divertirás volviendo loco al nuevo.

—Salim lamentará no poder presumir de caballos.

«Por favor, no te vayas».

—Lo superará.

—Gracias por cuidar de mí tan bien —dijo ella bajando la vista al mantel.

«No me dejes».

—Ha sido un placer, Sera.

En las últimas dos semanas, Brad había hecho más por su corazón roto que cualquier otra persona, sin ni siquiera pretenderlo. Quizá fuera el hecho de que había empezado a creer que esta vez las cosas saldrían bien.

Una mano bronceada entró en su campo de visión y tomó la suya. Sera levantó la mirada.

—Sera —comenzó—. Estarás bien —le aseguró—. Dwayne es un buen tipo.

Los ojos de Brad brillaron de tristeza. También lo sentía, no era un hombre insensible. Ella nunca se enamoraría de un hombre insensible.

No encontró palabras para responder. No podía pensar más que en lo que acababa de descubrir.

«Creo que te quiero».

—Está bien, te dejaré que cenes —dijo él apartándose de la mesa ante su silencio—. Cuando te despiertes mañana, Dwayne estará de servicio y yo me habré ido.

Su pulso se aceleró ante la idea de que desapareciera y un océano los separara. Pero la vida la había preparado para aquel momento. No era la primera vez que se encariñaba con alguien que luego salía de su vida. Aun así, no era fácil contener lo que su cabeza y su corazón le gritaban.

«Te quiero».

—De acuerdo.

Brad se levantó y se quedó en un rincón haciendo su trabajo. Sera mantuvo la compostura mientras la observaba.

Cuanto más trataba de controlar la respiración, más entrecortada se volvía. Hasta que el miedo de romper a llorar delante de él y de todos los que estaba en el restaurante la hizo levantarse y dejar la servilleta. Rápidamente le aseguró al camarero que la comida estaba tan deliciosa como de costumbre y se apresuró a salir por la puerta más cercana.

Brad casi tuvo que correr para alcanzarla. Aunque no oía sus pasos, no se dio la vuelta porque sabía que la seguía. ¿Desde cuándo sentía su presencia? Metió la llave en la cerradura, entró y cerró la puerta antes de que Brad pudiera salir de las sombras para revisar su habitación. Luego, apagó las luces, se metió en la cama vestida y se tapó con las sábanas hasta la barbilla.

Capítulo 11

A medianoche, Brad entró en su lujosa suite hecho una furia y se puso a guardar sus cosas en una bolsa. Por suerte, aquella mañana había hecho lo que tenía que hacer por teléfono, porque después de haber visto a Sera conteniendo las lágrimas en el restaurante mientras intentaba mantener un poco de dignidad, no habría sido capaz.

Pero tenía que dejar aquella misión. Era un soldado y destrozar cosas, su especialidad. Ella necesitaba a alguien más duro para que la cuidara, alguien con más disciplina.

Todos los hombres que había conocido, la habían defraudado. ¿Qué le hacía pensar que él sería diferente?

Ya tenía comprobado que no podían confiarle corazones frágiles.

Por suerte para él, Sera era más fuerte de lo que ella misma creía, porque, si una sola de aquellas lágrimas que había estado conteniendo en el restaurante hubiera rodado por su mejilla, se habría venido abajo.

Se detuvo en mitad de la suite, con los ojos clavados en uno de los objetos que había guardado. Era una acuarela que había comprado en la pequeña tienda de recuerdos del resort. Algún artista había pintado a Omar durante su estancia en Al-Saqr. Aquel dibujo captaba a la perfección la vulnerabilidad de aquel ave, así como su fuerza. Al instante le había recordado a Sera y lo había comprado para ella en un momento de debilidad. Quería que tuviera un bonito recuerdo de esa Navidad. Pero, en vez de eso, le había añadido otro mal recuerdo a su larga lista. Porque, en vez de recordar el desierto de Umm Khoreem y su preciosa luz de diciembre, iba a recordar al imbécil que la había rechazado, aquel que la había besado y luego le había vuelto la espalda.

Llamaron a la puerta y fue a abrir. Era Dwayne Cooper, el nuevo escolta de Sera. Dwayne era exactamente lo que Sera necesitaba: un profesional serio y leal.

Pasaron unas horas antes de que Sera volviera a saber de él. Seguía despierta después de que terminara de poner al día a su compañero y enseguida distinguió sus pasos en la terraza. La tumbona crujió al sentarse en ella para pasar lo que quedaba de noche, y luego todo

volvió a quedar en silencio.

Cuando empezó a clarear, tenía los dedos agarrotados y sentía calambres en los brazos. Se imaginó el órice bajando por la duna después de beber en la piscina, mientras Brad se despedía de él.

La tumbona volvió a crujir, oyó sus pasos y, unos segundos después, unos suaves golpes en la puerta de cristal. Parecían arañazos de alguna criatura salvaje. Permaneció inmóvil hasta que el ruido cesó. En mitad del silencio, oyó dos voces hablando cerca y, más tarde, unos pasos más pesados en la terraza, el crujido de la tumbona y un sorbido de café.

Inexplicablemente, aquello puso fin a su asedio emocional. Brad nunca sorbía el café. Lo saboreaba. Sabía apreciar lo que importaba en la vida.

—Oiga —dijo Sera, abriendo la puerta.

Dwayne estuvo a punto de echarse el café encima.

—Buenos días, señorita Blaise…

—¿Se meterá en problemas con el jeque por no concluir este trabajo? —preguntó, ignorando su saludo.

—No —respondió después de caer en la cuenta de que hablaba de Brad—. Ha presentado su renuncia, así que no importa lo que piensen.

—¿Cómo?

—El jefe y él han llegado a un acuerdo para rescindir el contrato.

No, eso no estaba bien. El trabajo lo era todo para Brad, el trabajo y la reputación. No podía tirarlo todo por la borda solo por ella. No quería ser responsable de que otro buen hombre perdiera su trabajo.

—¿A qué hora se va? —preguntó volviendo dentro.

—Ahora. Vuelve a casa ahora.

¿A Australia?

—¡Necesito al guía y su todoterreno! —exclamó, levantando la voz, mientras se ponía unos vaqueros—. ¡Ya!

Unos segundos más tarde, Dwayne se enteró de que Eric no empezaba a trabajar hasta las seis y así se lo dijo después de colgar.

—Mandarán a alguien a buscarla.

—No puedo esperar a que vengan a buscarme en uno de esos carritos. Me voy a los coches.

Salió por la puerta y se encaminó hacia la recepción del resort.

El conductor resultó ser Aqil, que la esperaba en uno de los todoterrenos de Al-Saqr. Parecía dispuesto para una aventura.

—¿Sabe conducir este trasto? —preguntó Sera, sentándose a su lado.

Dwayne se subió en el asiento trasero.

—Más o menos —respondió Aqil.

—Adelante.

La estela de polvo del coche de Brad estaba lejos y no parecían

acortar distancia. Si llegaba a la autopista, entonces lo perdería para siempre porque no podía recorrer el aeropuerto con aquella camiseta de pijama tan atrevida.

—¿Podemos salirnos de la carretera?

—No si quiere que los alcancemos —replicó Aqil con mirada apesadumbrada—. Lo siento.

De repente, revolvió en su bolsillo, sacó su móvil y se lo dio a Sera.

—Apriete el cuatro —le pidió.

Sera puso el aparato en altavoz y apretó el botón. Alguien contestó en el idioma local. Aqil dijo algo incomprensible y, después de un diálogo, le hizo un gesto para que colgara.

—El guarda de seguridad los detendrá.

Claro, se había olvidado del control de seguridad para acceder a Al-Saqr.

—Te daría un beso, Aqil.

Siguieron avanzando por la arena compacta, luego por el empedrado y finalmente por el asfalto. Unos segundos más tarde, divisaron la entrada y las enormes verjas. Un todoterreno negro esperaba ante la barrera bajada. El conductor y el guarda de seguridad charlaban tranquilamente.

Aqil frenó y Brad salió del todoterreno y se giró hacia ellos, con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios pasa, Sera?

—No he podido despedirme —dijo consciente de los cuatro pares de ojos masculinos.

—Llamé a la puerta.

—Lo sé. No te hice caso.

—¿Así que te apetecía una excursión movidita para empezar el día?

Sera sintió que se sonrojaba.

—Quédate —balbuceó—. Te contrataré yo misma para que te quedes.

—Al-Saqr se sale de mi presupuesto.

—Puedes quedarte en mi suite, o en la terraza…

No se le daba bien aquello, pero tenía que arriesgarse en algún momento. Brad no era Mark. Nunca antes se había sentido como se sentía con él.

—No puedo, Sera.

—¿No merece la pena saltarse algunas normas por mí? —dijo alzando la barbilla.

—No puedo… No quiero hacerte más daño del que te he hecho.

Justo cuando pensaba que su coraje se vería recompensado. Con lo difícil que le resultaba abrirse… Pero una vez que había empezado, no podía detenerse.

—Entonces, ¿qué te detiene? Porque no es tu trabajo. Dwayne me

contó que has dejado el equipo del jeque.

—Yo mismo —contestó.

Fue el dolor lo que llamó su atención. Su mirada se oscureció y su voz se volvió más profunda. Su marcha le haría daño a ella, pero quedarse le dolería a él. No quería que sufriera por ella, pero tenía que entenderlo. Nunca se lo perdonaría si no lo intentaba una última vez.

—Algunas cosas son más importantes que las normas, Brad, ¿no te parece?

—Sí, algunas cosas lo son —replicó con mirada triste.

De repente, cayó en la cuenta. Algunas cosas eran más importantes que las reglas, pero ella no.

El hecho de que no estuviera preparada para aquella respuesta fue tan sorprendente como oírselo decir. ¿No había aprendido nada de su pasado? Todo aquel asunto del cambio de misión era para evitar herir sus sentimientos al rechazarla. Había mentido para protegerla.

—No soy un hombre adecuado para ti, Sera. Yo no… No puedo ser responsable de tu bienestar emocional.

Sera se quedó de piedra.

—De acuerdo.

—Sera…

—¡No! Entonces, vete. Lo entiendo. Siento haber insistido para que te quedaras.

Se rodeó con sus brazos. Había salido tras él en pijama y había testigos.

Brad se quitó la chaqueta y se la puso a Sera sobre los hombros para abrigarla y protegerla de miradas.

—No pasa nada, Sera.

No podía seguir allí escuchando al hombre que la había rechazado como si tal cosa, así que asintió y se apartó.

—Teníamos una contraseña —dijo bromeando, en un intento por contener el dolor—. Deberías haberla usado

—Capsicum —murmuró a la vez que le acariciaba la mejilla.

Aquello sonaba a disculpa y a despedida.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar. Estaba a punto de venirse abajo y su cuerpo temblaba. Ni siquiera se despidió de él al verlo meterse en el todoterreno, rumbo al aeropuerto. Tampoco lloró mientras volvía con los otros dos hombres por el interminable camino de Al-Saqr porque se sentía demasiado vacía como para sentir algo. Se limitó a arrebujarse en la chaqueta y hundir en ella la nariz, tratando de reconfortarse con su olor.

Capítulo 12

¿Qué le pasaba a la luz? Quizá se estaba produciendo un cambio de estación con la llegada del día de Navidad, a pesar de que Eric le había asegurado que la luz era prácticamente la misma que la de la semana anterior.

Nada de los últimos días le había parecido igual que las semanas anteriores.

Dwayne se había hecho a su papel de protector y ella al de protegida dócil y cooperadora. Hablaban de vez en cuando, pero de nada interesante.

—Hora de irnos —dijo Dwayne, llamando a la puerta a la vez que la empujaba para que se abriera.

Ese era su estilo. Nunca entraba salvo para revisar la habitación, ni dormía en la terraza, ni comentaba las actividades diarias en las que Sera participaba. No le parecía mal porque no esperaba eso de él.

Pero lo echaba de menos. El desierto le parecía un lugar solitario y vacío, tal y como le había anunciado Brad que le resultaría.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó a Dwayne.

Se levantó y se dirigió a la puerta, distraída. Se lo había dicho la noche anterior, pero no lo recordaba.

—Tiro con arco.

Estupendo, le apetecía dispararle a algo. Por suerte, el campo de tiro estaba en medio de una duna y no había nada alrededor. No estaba de tan mal humor como para empezar a matar a aquellos animales salvajes que había empezado a querer.

En su cabeza, Brad rio ante su broma. Suspiró. Otra vez él. A pesar de que tuviera un montón de recuerdos de antes de conocer a Brad, parecía que todo se limitaba a las dos semanas que había pasado con él.

¿Sería eso lo que se sentiría ante una ruptura? Claro que, para romper, había que tener una relación previa. También había que estar abierto a otras personas para entablar una relación. ¿Qué habría pasado si hubiera sido más valiente, si no hubiera temido perder el cariño de los demás? Quizá habría sido más feliz de niña, quizá estaría casada y con una docena de hijos.

O quizá habría sufrido más.

Dwayne le ofreció su brazo para ayudarla a subirse al carrito que

había ido a recogerlos y lo aceptó porque no tenía energía para rechazarlo. El campo de tiro era un lugar muy agradable, rodeado de azufaifos. Dwayne se apartó a un banco y la dejó con Eric, que empezó a explicarle nociones básicas del tiro con arco.

Se quedó mirándolo unos segundos. Eric era un hombre guapo. Quizá pudiera abrirse a él y llenar el hueco que Brad había dejado. Claro que el trabajo de Eric dependía de su trato profesional con los huéspedes. La historia de su vida.

Tenía que empezar a conocer hombres que no estuvieran trabajando a su servicio.

—¿Podemos empezar a disparar con el arco? —preguntó interrumpiendo su explicación—. Otro día me cuenta la historia.

La miró, pero no parecía ofendido. Fuera lo que fuese que había visto en su expresión, se mostró comprensivo. Al fin y al cabo, al igual que ella, no tenía con quién pasar el día de Navidad. Así que se dispusieron a disparar. No tardó en aprender a usarlo y, tal y como había imaginado, la concentración con la que había que apuntar y disparar la fue animando. Cada vez que hacía diana, se sentía satisfecha.

—Vaya —dijo Eric, observando las flechas en la diana—. Recuérdeme que no pase por delante.

Cuando se quedó sin flechas, Eric corrió a buscarlas y Sera se puso a la sombra.

—Escuche —dijo él al volver—. Ha participado en todas las actividades que ofrecemos, excepto en una.

—¿De veras? ¿Qué me he perdido?

—La cena en el desierto.

Sera sintió un nudo en el estómago.

—Eso es para parejas.

—No hace falta estar en pareja para disfrutarlo. Es cierto que es algo muy romántico, pero el desierto es precioso por la noche y hoy es Nochebuena. Por eso se lo propongo. No puede pasar la Nochebuena sola en su habitación.

Por supuesto que sí. Así había pasado las Navidades muchos años.

Pero la idea de volver a pasar otra así le resultó insoportable. Podía disimular durante el resto del año, pero en Navidad resultaba evidente lo sola que estaba. Al menos así tendría una experiencia única, algo que recordar en futuras Navidades.

—¿Pueden prescindir de las antorchas?

—No si quiere ver. Además, mantiene alejados a los animales.

—¿Y de la mesa para dos?

—Eso podemos hacerlo. Podemos colocar una alfombra y llenarla de cojines. Y poner un telescopio. Normalmente no se pone, pero teniendo en cuenta que su estancia aquí es larga, no creo que la

dirección se oponga. Piénselo y deme una respuesta a mediodía.

—No tengo nada que pensar, Eric. Suena maravilloso. Cuente conmigo.

No podía seguir deprimida para siempre. Estaba visto que los empleados de Al-Saqr estaban empeñados en que así fuera. La sonrisa de Eric era reconfortante. Quizá un huésped triste fuera todo un reto para él.

Dwayne la siguió hasta el centro del resort para desayunar y, de camino, vieron la caravana de camellos a lo lejos. Había visto a Salim una vez desde que Brad se fuera y la había saludado cortésmente con una inclinación de cabeza, evitando mirarla a los ojos. Quizá ya no le resultaba interesante ahora que no tenía ninguna relación con Brad.

Allí donde iba…

El desayuno fue delicioso como de costumbre y se deleitó con el revuelto con queso de cabra y aquel pimiento rojo conocido como capsicum. De nuevo, pensando en Brad.

Aquello tenía que parar. La enfurecía no tener control sobre sus pensamientos.

Pasó el resto del día en su suite leyendo, pensando y, durante largos ratos, con la vista perdida en la arena, dejando pasar el tiempo.

Cuando el sol estaba poniéndose en el horizonte, Dwayne llamó a su puerta para acompañarla. Había llegado el momento de disfrutar de aquella cena tan especial, solo para uno.

Eric la llevó hasta el lugar donde se habían extendido unas cuantas alfombras, cubiertas de cojines. Había cuatro antorchas encendidas marcando cada punto cardinal, y fuentes cubiertas sobre un plinto tallado y adornado con las esferas de vidrio que solían colgarse de los árboles.

Había confiado en que viajar a un lugar que no celebrara la Navidad la protegería de la soledad que para ella conllevaba. ¿A quién pretendía engañar? La soledad viajaba con ella. Era lo que siempre había conocido y no iba a cambiar de repente.

Había más esferas de vidrio en la pequeña nevera que había a un lado, entre agua, vino y el zumo que tanto le había gustado desde que llegara.

Volvió la vista hacia el todoterreno aparcado a cierta distancia y vio a Eric y a Dwayne dentro, tomando algo que no llegaba a distinguir si era agua o cerveza. Se sirvió un zumo y se acercó al telescopio. Las estrellas serían su compañía.

Oteó el desierto con el telescopio mientras todavía había luz, deteniéndose aquí y allá en lo que le llamó la atención. A lo lejos vio un grupo de huéspedes de Al-Saqr dando un paseo guiado bajo la puesta del sol y a Salim con dos de sus camellos y otra persona recorriendo las arenas. Y órices por doquier.

Tan pronto como anocheció, volvió a la alfombra, se echó un chal sobre los hombros y se sentó a disfrutar del silencio. Luego, descubrió las fuentes y se sirvió en un plato aquellas delicias, algunas de ellas desconocidas. Seguramente algo así debieron de comer los tres Reyes de Oriente mientras seguían la estrella. Le recordó al banquete en la tienda de Salim.

Comer a solas no llevaba mucho tiempo, así que entre plato y plato se recostó en la alfombra para observar el cielo estrellado. Acabó la cena con un delicioso pudin de frutas y después se quedó tumbada a la luz de las antorchas, con la atención puesta en la inmensidad del espacio que tenía ante ella. El único sonido que le llegaba era el de su respiración.

Aunque eso no era del todo cierto. Más allá del círculo de claridad que formaban las antorchas, oía un resoplido parecido al del órice que visitaba su piscina cada mañana. Lentamente se incorporó. Los órices tenían unos cuernos afilados con los que no quería encontrarse. Entonces, el resoplido se convirtió en bramido y distinguió unos pasos sobre la arena. Camellos.

¿Había camellos deambulando dentro de los dominios de Al-Saqr? En la oscuridad, miró hacia donde estaba el todoterreno, confiando en que Dwayne y Eric advirtieran que algo estaba pasando.

Entonces, dos camellos aparecieron al límite del círculo que formaba la luz de las antorchas. Al principio vio las patas, pero alguien silbó y uno se arrodilló, seguido enseguida por el otro.

—¿Salim?

Lo había reconocido por la forma de su sombra. Le agradaba verlo allí, pero ¿por qué? ¿Acaso un paseo a camello era parte de aquella cena? No iba vestida adecuadamente para ello.

Salim asintió, pero no se acercó. En vez de eso, se volvió y se quedó a la espera de que algo pasara.

De repente, recordó las advertencias que Brad le había hecho sobre rufianes a camello. ¿Dónde estaban Dwayne y Eric? Podía pasarle cualquier cosa allí en la oscuridad y nadie se enteraría. Claro que, si alguien fuera a secuestrar a la hija de un cantante famoso, lo haría en un vehículo, ¿no? Aun así, se puso de rodillas y se preparó para salir corriendo.

—No pasa nada, Sera. Estás a salvo.

Suerte que sus piernas ya estaban dobladas. Eso evitó que se desplomara al oír la voz de Brad en medio de la oscuridad. Su alta y fuerte silueta avanzó hacia ella, saliendo de las sombras como si de un espejismo se tratara.

—¿Brad? —preguntó sorprendida.

—¿Acaso esperabas que llegara alguien a camello?

—No esperaba a nadie.

—Siento esta estratagema —dijo acercándose al área iluminada por las antorchas—. Pensé que, si no, no vendrías.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que estabas en Australia.

—No —replicó manteniéndose a una distancia prudente de ella—. No he salido del campamento de mi tío —añadió mirando a Salim, que estaba susurrando algo a los camellos.

—¿Por qué te has quedado?

—No podía marcharme.

Sera evitó hacerse ilusiones. Quizá fuera porque su pasaporte había expirado.

—¿Puedo acercarme? —preguntó desde el borde del círculo iluminado.

—Claro. Límpiate los pies —contestó, haciéndole un gesto para que pasara.

Tras ella, el todoterreno arrancó y empezó a bajar la duna. Sera se giró y se quedó mirando los faros.

—¿Quieres sentarte? —dijo Brad avanzando otro paso.

—No.

Prefería mantener aquella conversación de pie.

—De acuerdo.

Su voz sonaba dubitativa. Siempre lo había oído hablar con total seguridad.

—Toma. Te he comprado esto —dijo ofreciéndole un pergamino atado con una cinta brillante—. Es un regalo de Navidad.

De todo lo que había imaginado que pasaría aquella noche, no esperaba camellos ni regalos ni ver a Brad.

—Mañana es Navidad.

—Lo sé, pero… Puedes dejarlo sin abrir hasta mañana.

¿Acaso no la conocía? Tiró de la cinta y desenrolló el pergamino, antes de acercarse a una de las antorchas. Era una acuarela en los tonos marrones y dorados del desierto, y representaba un rostro familiar.

—Omar —dijo sintiendo un nudo en la garganta.

—Pensé que sería un buen recuerdo de tu viaje. Algo a lo que aferrarte cuando estuvieras… Feliz Navidad.

Sera volvió a enrollar el pergamino, a pesar de que deseaba abrazarlo contra su pecho.

—¿Has vuelto para darme esto? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí, en parte —respondió lentamente—. Esta última semana me ha venido bien. He pasado tiempo hablando con Salim. Me ha ayudado a entender muchas cosas.

—¿Sobre qué?

—Principalmente sobre mí, sobre algunas equivocaciones que he

cometido últimamente.
—¿Como cuáles?
—Las más recientes, dejar de trabajar al servicio del jeque —respondió y tragó saliva antes de continuar—, y dejarte a ti de la manera en que lo hice.
¿Había vuelto para romperle una vez más el corazón?
—¿Acaso no eran lo mismo?
—No, Sera —contestó bajando la mirada—. Dejé mi trabajo porque les fallé y te dejé porque tenía miedo.
—¿De qué?
—De decepcionar a las personas a las que protejo —dijo y respiró hondo—. A Matteo y a ti.
—Matteo sobrevivió…
—A punto estuvo de morir por mi culpa —replicó y bajó la vista—. No debí dejar que se encariñara conmigo, debí mantener las distancias.
—Al referirte a Matteo, ¿te refieres también a mí? ¿Me consideras igual que a Matteo?
—Pensé que todo iba a salir bien —contestó frunciendo el ceño—, que solo iba a tener que preocuparme de su integridad física y de mantenerla alejada de Internet.
—Dijiste que no querías ser responsable de mi bienestar emocional.
—Dije que no podía. No quería que nadie me confiara su corazón. Si pensara por un segundo que podía hacerte bien emocionalmente, haría lo que hiciera falta.
El corazón de Sera empezó a latir con un optimismo que nunca pensó que fuera posible.
—Solo quería que te quedaras —dijo ella.
Tomó sus manos entre las suyas, deseando hacerle entender.
—Le rompí el corazón, Sera. Era un niño y le causé más dolor que bien.
—No es bueno que un niño crea que no se preocupan por él, especialmente si se trata de alguien con quien pasa su día a día. Créeme.
—Pero su sufrimiento…
—Le habría durado meses y le habría hecho cambiar para siempre. Al menos, pensaría que la revuelta fue el motivo de que te perdiera, en lugar de creer que fue culpa suya por no merecerse tu cariño.
Aquellas palabras resonaron en el silencio del desierto.
—¿Eso es lo que pensaste?
—Sigo pensándolo —contestó ella sonriendo—. Ese es el mensaje que recibía cada vez que alguien guardaba las distancias, cada vez que un chico pensaba que no merecía la pena, cada vez que alguien me utilizaba por mis contactos.

—Tu padre…

—Nunca debería haber sido padre. Es lo que pienso y creo que, en el fondo, él también. Está demasiado concentrado en sus logros y éxitos. No me malinterpretes, le quiero porque es mi padre, pero tuve que esforzarme mucho para ganarme su respeto y cariño. Traté de encontrarlos en las personas que me rodeaban, pero ellos no me querían —dijo y desvió la vista de las llamas para mirar a Brad a los ojos—. Al menos, Matteo tuvo el amor y el respeto del hombre al que admiraba, por mal que terminara. Eso es bueno, Brad, no algo que lamentar.

—Nunca lo había pensado de esa manera.

—Llegaste a la conclusión de que nadie podía confiarte su corazón. La persona más fiable que he conocido…

—¿Estás enfadada? —preguntó confundido.

—Sí, estoy enfadada porque te has estado castigando durante años. Supongo que ni siquiera le mandaste a ese niño una postal desde El Cairo.

—No quería…

—Seguramente lleva un par de años sufriendo innecesariamente, preguntándose qué hizo mal o incluso si sobreviviste a la revuelta —dijo Sera acercándose a él hasta apoyar las manos en su pecho—. Llevo sufriendo una semana, preguntándome qué demonios tengo que hacer para merecer el amor de alguien.

—Sera…

Su voz se quebró. Sera se aferró a su camisa y tiró de ella para unir su boca a la de él. Brad deslizó un brazo alrededor de ella para sujetarla.

—¿Por qué los hombres sois tan idiotas? Podíamos haber pasado toda la semana haciendo esto.

—Porque las mujeres nos confundís y conseguís que no sepamos qué dirección tomar.

—¿Así que esto es culpa mía? —preguntó ella desafiante.

—No. Estoy convencido de que eres la única persona cuerda de esta conversación.

Uno de los camellos bramó y Sera recordó que el tío de Brad estaba sentado en la oscuridad, presenciando aquella escena. Intentó separarse de Brad, pero él se lo impidió.

—¿Por qué has vuelto?

—Olvidé hacer algo antes de irme.

Sera se preparó para lo peor, pero era incapaz de articular palabra.

—Lo cierto es que ha sido muy poco profesional por mi parte irme sin cumplir debidamente mi deber como escolta. No he redactado el informe de evaluación para tu expediente. ¿Debería presentarlo ahora?

—Si tienes que hacerlo… —dijo ella intentando zafarse.

—Seraphina Blaise —comenzó, sujetándola para mantenerla cerca —. Veinticuatro años. Apasionada hija de un padre que no la merece… Pasó su juventud levantando barreras para protegerse de aquellos que deberían haber estado protegiéndola. Fuerte y optimista, considerando las veces que la han decepcionado en la vida, no es consciente de su verdadero coraje.

Sera se mordió el interior del carrillo para evitar ponerse a llorar.

—Le gusta ayudar a los demás, e incluso se saltó las leyes en defensa de aquellos que no podían defenderse por sí solos. Se crio con su padre, fue rechazada por su madre y de ella se aprovecharon sus amigos. Recientemente ha sido traicionada por el hombre al que confió su seguridad.

Sera se quedó mirándolo. En los ojos de Brad había un brillo especial.

—Aun así, alberga más amor en su dedo meñique de lo que cualquiera de los anteriores alberga en todo su cuerpo —dijo él y se llevó la mano de Sera a los labios.

—¿Incluyendo ese hombre al que confió su seguridad?

—Especialmente él. Está empezando a sospechar que no tenía ni idea de lo que era el amor.

—No me traicionaste. Tan solo te fuiste.

—Esa es la peor traición. Prometo no volver a hacerlo nunca.

En cualquier otra pareja, ese sería el momento en el que el hombre se pondría de rodillas y le declararía su amor incondicional. En cualquier otra pareja, ella se arrojaría en sus brazos y vivirían felices para siempre.

Pero no eran una pareja normal.

Él era el orgulloso Brad y ella la prudente Sera. Aquel hombre sabía que tenía que hacer las cosas de manera diferente porque ella necesitaba algo más que oír esas palabras.

Necesitaba creérselas.

La tomó de las manos y la miró a los ojos, mostrándose tal cual era.

—Oh, Dios mío. ¿Me…?

No era fácil olvidar lo que había aprendido en su infancia. Una voz en su interior le gritaba que no lo dijera, que no se arriesgara. Pero Brad iba a permanecer allí, en silencio, hasta que encontrase el coraje necesario para pronunciar aquellas palabras.

—¿Me quieres? —preguntó en un susurro.

—Parece que sí —contestó él.

Tenía muchos motivos para no confiar, pero no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Me quieres.

Brad también sonrió.

—Lo dices como si fuera un milagro.

—¡Lo es!

—¿Por qué? Eres increíble.

—Porque nunca me había pasado, eso es lo que lo hace inconcebible.

De repente, estar tan cerca de él sin abrazarlo se le hizo insoportable. Lo rodeó por el cuello con los brazos y volvió a estrecharse contra él.

—Creo que me enamoré de ti en el momento en que empezaste a coquetear conmigo al venir del aeropuerto —le confesó Brad.

—¿Qué te hizo pensar que estaba coqueteando contigo?

—Me estuviste poniendo a prueba constantemente. Llevas toda la vida poniendo a la gente a prueba para conocer sus límites. Estabas esperando a la persona que te hiciera retroceder.

—¿Piensas que era yo la que mantenía las distancias que tanto me fastidiaban?

—Quizá —dijo apartándole un mechón de pelo de la cara—. Suerte que soy obstinado, ¿no?

—Pensé que me conocía.

Brad la besó en un párpado y luego en el otro.

—Tenemos toda una vida para conocernos.

—¿Qué estás diciendo?

—No es una proposición. No quiero presionarte —dijo y miró a su alrededor—. Aunque no puede haber un sitio más perfecto que este. Quizá podamos volver al año que viene y retomar esta conversación.

Sera se sintió aliviada.

—¿Crees que nos volverán a acoger en Al-Saqr?

—En Al-Saqr pueden organizar lo que queramos.

—¿Crees que me dejarían quedarme con Omar?

—Ni de broma. Tendrás que conformarte con la acuarela.

—¿Y contigo?

—Sí —dijo Brad apoyando la barbilla en su cabeza—, eso sí se puede negociar.

—¿Por qué siento como si te conociera de toda la vida?

—Se te han hecho largas estas dos semanas, ¿verdad?

—Me pregunto si todas serán así de largas.

—Eso espero. Así podremos recuperar el tiempo perdido.

Las lágrimas inundaron los ojos de Sera y se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Sabes que eres el primero por el que siento algo especial?

—En lo bueno y en lo malo, para amarte y respetarte…

—Hasta que las víboras nos separen.

Se puso de puntillas y unió los labios a los suyos. Sus besos eran más deliciosos que cualquiera de los manjares de Al-Saqr.

—Te quiero, Brad Kruger.
—Será mejor que así sea —murmuró junto a sus labios.

Epílogo

«En lo bueno y en lo malo, para amarte y respetarte».

Habían pasado doce meses desde el día que le había dicho aquellas palabras.

Cumpliendo con su palabra, Brad la había llevado de vuelta a Al-Saqr, a aquella cena en medio del desierto para hacerle la proposición bajo aquel inmenso cielo. Sera le había hecho sufrir un poco antes de lanzarse en sus brazos, y su compromiso había sido muy breve al casarse al día siguiente.

Al-Saqr les había obsequiado con la suite nupcial y Salim había insistido en que la celebración se hiciera en su campamento, para lo que se había asegurado que los camellos estuvieran engalanados.

Sera miró aquellos rostros que se congregaban a su alrededor, bajo la enorme carpa beduina. Allí estaba la gran familia de Salim, incluyendo al padre de Brad. A su izquierda, en un rincón, Aaliyah y Eric fingían ignorarse el uno al otro, a pesar de que su actitud revelaba un interés mutuo.

Incluso Matteo y su padre, invitados en secreto por Sera, habían hecho un largo viaje para estar allí con ellos.

Al fondo, comenzó a sonar música tradicional después de que el padre de Sera y su banda, actuaran con sus guitarras acústicas. Aquello era una verdadera fusión de culturas.

—Mira a tu alrededor. En cualquier momento podría producirse un incidente internacional. Todo ha salido muy bien.

Sera apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Hasta cuándo me amarás? —preguntó Brad.

—Hasta que la última de las estrellas deje de brillar —respondió ella mirando el manto de estrellas que tenían sobre su cabeza.

—Buena respuesta.

—¿Y tú?

—Hasta que me pidas que deje de hacerlo.

—¿Que dejes de hacerlo? ¿Estás de broma? Llevo toda mi vida esperándote.

Aquellos ojos grises la hicieron derretirse.

—La espera ha acabado, preciosa. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Brad la besó apasionadamente, aprovechando que estaban en un rincón en sombras.

—¿Crees que a Salim le importará si tomamos uno de sus camellos y nos adentramos en el desierto?

La idea de galopar con aquel bonito vestido, abrazada a su cintura…

—¿Pretendes hacer realidad alguna fantasía en el desierto?

—Tengo toda una vida para hacer realidad mis fantasías.

Brad le acarició la mejilla, obligándola a mirarla a los ojos.

—Feliz Navidad, señora Kruger.

—Vaya, no sé si me acostumbraré.

—¿A ser la señora Kruger?

Sera lo besó en los labios.

—A ser feliz.

—¿Estás preparada para serlo?

Con él a su lado, estaba preparada para cualquier cosa.

—Por supuesto.